

Kenzaburo Oé

Una cuestión
personal

Traducción de
Yoonah Kim con la colaboración de Roberto Fernández Sastre

Introducción de Justo Navarro

EN LA ENCRUCIJADA

Un hombre quiere huir a África. Estamos en junio, en Tokio, a las seis y media de la tarde. Mientras el hombre que quiere huir de Tokio, de su casa, de sí mismo, mira un mapa de África en la agencia de viajes, su mujer suda por cada poro y gime de dolor en un hospital, dando a luz. Nace el niño: es un monstruo. Así empieza *Una cuestión personal* (1964), de Kenzaburo Oé (Ose, Japón, 1935). La obra de Kenzaburo Oé descubre, como pocas, las líneas maestras de la literatura japonesa contemporánea: insiste en la vía elegida por los escritores que, después de la derrota en la Guerra del Pacífico y los horrores de Hiroshima y Nagasaki, optaron por una literatura del desastre, una forma de novela que tenía muy en cuenta las tradiciones de la novela occidental. El período literario de posguerra, entre la derrota y la ocupación norteamericana, parece un eco deformado de los años posteriores a la restauración Meiji (1868) y la publicación de *La esencia de la novela* (1885), de Shoyo Tsubouchi, aquel recetario para introducir en la novela japonesa los usos estilísticos y morales del realismo europeo.

Kenzaburo Oé estudió literatura francesa en la Universidad de Tokio. Bird, el héroe caído de *Una cuestión personal*, se desgarrar entre el fervor por África y sus obligaciones como padre de un monstruo: ¿el dilema de Bird, frente al compromiso con la realidad que no puede ser negada y la responsabilidad personal que no puede ser eludida, sólo es una versión novelesca, japonesa, de las lecciones de Jean-Paul Sartre y Albert Camus? Bird, de 27 años, que se siente envejecido y acabado, frustrado, que sueña con África, es un recuerdo del propio Kenzaburo Oé, que, como Bird, llegó a Tokio desde un pueblo del interior, y se sintió perdido como Bird, y, como Bird, debió plantearse el significado de vivir con un hijo anormal. Los modelos literarios extraídos de otras tradiciones adquieren valor nuevo en las historias de Kenzaburo Oé. La literatura es una operación de la memoria, un ejercicio moral: Oé utiliza la fábula para pensar la propia vida. Así, más allá de la superficie existencialista, no es difícil detectar las obsesiones de la moral tradicional japonesa, basada en el respeto de las obligaciones familiares y el deber de aplastar los deseos personales.

Pero la fábula moral está llena de aventuras, de sensorialidad. Kenzaburo Oé encuentra siempre el signo que ilumina la página: quiso aprender a escribir poemas, domina el arte de las diecisiete sílabas del *haiku* y las treinta y una sílabas del *waka*, las formas poéticas clásicas de Japón. Oé captura y fija el mundo con la mayor precisión. Es inquietante el choque entre la nitidez de las frases de Oé y la experiencia de una realidad desquiciada; en *Una cuestión personal* abundan las metáforas, las dislocaciones: la tarde de junio se enfría como el cuerpo de un gigante muerto, los ojos de una mujer se cierran como los de un faisán abatido por un disparo, las manos sucias de una dependienta son las patas de un camaleón que se agarra a un arbusto. Los seres humanos se animalizan; las cosas, los vegetales, los animales se humanizan: los árboles amenazan, el viento se queja, los pájaros son descarados. En las coks de los gatos callejeros hay gotas de agua como piojos. La cuna blanca del niño monstruoso, vacía, le destroza los nervios a Bird como un tiburón rechinando los dientes. Bird se encierra en sí mismo como un molusco atacado.

Kenzaburo Oé imagina personajes cercados, a punto de deshacerse: así es Bird, que, después de casarse, se convirtió en un Robinson embrutecido, perdido en un mar de alcohol. Descuidó sus estudios, sus obligaciones, y arruinó una incipiente carrera universitaria. Se perdió en una dolorosa borrachera. Sufrió en sí mismo la desolación de una ciudad derrotada por la guerra: como si el individuo Bird asumiera en un instante, miserablemente, el destino japonés. Cuando lo conocemos, Bird quiere irse a África para escribir sus impresiones de África; sabe que los exploradores que

vuelven de África hablan de las celebraciones con alcohol en las aldeas de Sudán, donde la vida carece de algo fundamental y profundas insatisfacciones llevan a sus habitantes a la desesperación y el abandono de sí mismos. Bird es ahora alguien que no merece que se le tome en cuenta. Es, según antiguos condiscípulos, un personaje singular que se fue de juerga sin ningún motivo y dejó la Universidad: un hombre dominado por una pasión inexplicable. A nadie le extraña que alguien tan raro como Bird se haya topado con un accidente inaudito, con el niño monstruoso. De acuerdo con la moralidad tradicional, cada uno tiene lo que se merece.

Oé acierta a conciliar tradición e innovación. Quiso crear un lenguaje nuevo: el premio Nobel Yasunari Kawabata le parecía vago, impreciso, ingenuo. Kenzaburo Oé, que aceptaba su deuda con los modelos narrativos de Europa y Estados Unidos, lector de traducciones, buscó un estilo impersonal, semejante a una traducción, lejos del japonés literario. Conocía los pasos de Taijun Takeda, Yukio Mishima, Rinzo Shiina, Hiroshi Noma, Shoei Ooka, Kobo Abe, los novelistas de posguerra. Pero las aventuras de Bird, el héroe de *Una cuestión personal*, se distribuyen en cuadros, como si cumplieran el rito de una antigua representación teatral: el encuentro con el travesti y los muchachos con la cazadora del dragón; la reunión con los médicos espantosos; las visitas al hospital; las escenas con Himiko, la amiga; la Universidad; el desastre en la academia; la historia de Delchef, el diplomático huido de una embajada; el final en el bar del travesti, cuando los signos empiezan a repetirse con significados nuevos. Oé inventa siempre una realidad monstruosa, habitada por demonios personales que lo han seguido atormentando en obras posteriores como *Fútbol en el primer año de la era Manen*, *Inundación en mi alma*, *El jugador de béisbol*, *Juegos contemporáneos*. Las deformaciones de Kenzaburo Oé me recuerdan a veces el universo fantástico de Kurt Vonnegut.

Una cuestión personal narra una pesadilla. Bird está soñando que se encuentra a orillas del lago Chad, al este de Nigeria. Está en África, sin equipo, sin preparación, en busca de tribus desconocidas y peligros mortales: cuando lo ataca una fiera, suena el teléfono. Trae malas noticias el teléfono que suena de madrugada: el hijo es anormal. Así empieza la vergüenza de Bird, la conciencia de que es incapaz de tener un hijo normal. La cosa, el niño recién nacido, parece que tuviera dos cabezas. Bird le mira la cabeza vendada y piensa en el poeta Apollinaire, herido en el campo de batalla. Mi hijo ha sido herido en un campo de batalla oscuro y silencioso, lo enterraré como un soldado muerto en combate, piensa Bird, que siente una extrema vergüenza personal que no puede discutir con nadie, ni compartir con nadie: la vergüenza es una cuestión personal.

El viajante de comercio de Kafka se despertó una mañana transformado en insecto. A Bird lo despierta el teléfono, y también sufre una transformación: ya conoce la vergüenza, la angustia que te ahoga como una tina de alquitrán. ¿Puede huir, desaparecer como el jugador de baloncesto que abandona la pista por sus repetidos errores, malhumorado, desdeñoso, disgustado? ¿Qué significaría para Bird y su mujer vivir con un monstruo, prisioneros de un monstruo? Comete la vileza de plantearse la pregunta. Decide librarse del fenómeno. Emprende una batalla, no una batalla heroica, sino lamentable: desembarazarse del monstruo, sin mancharse las manos con un asesinato. La vergüenza es un tumor maligno, mientras adivina que la suegra lo apremia para que mate al niño, para que elimine la perturbación. Todo el mundo, piensa Bird, representa un papel, todo es la mala comedia de una banda de canallas: todo es una comedia, menos el bebé monstruo, lo único real. Y siente Bird la vergüenza de no ser lo suficientemente bueno para hacer que viva el niño, ni lo suficiente malvado para matarlo.

Kenzaburo Oé estuvo comprometido con las luchas estudiantiles a favor del desarme y contra las armas nucleares y, más tarde, participó en las movilizaciones contra la guerra del Vietnam: *Una cuestión personal* demuestra la sutileza crítica con la que Oé trata asuntos así. Me acuerdo de Himiko, la amiga de Bird, antigua compañera de universidad, casada con un licenciado que se ahorcó un año después de la boda. Poco a poco conocemos la historia de las relaciones entre Himiko y Bird, su primer y accidental, ridículo y sórdido amante. Y fue Bird quien liberó el cuello del marido suicida, como un carnicero descuelga una red del gancho. Himiko ocupa ahora sus días

en la meditación metafísica y de noche recorre la ciudad en un deportivo rojo: busca a los niños que no pueden dormir. Himiko es un personaje emblemático: su habitación es una elaborada confusión de libros, revistas, cajas y botellas vacías, conchas, cuchillos, tijeras, flores marchitas y ramas secas, especímenes de insectos, cartas viejas y recientes, el tocadiscos y el televisor. Le preocupa la radiactividad atmosférica: la Unión Soviética ha reanudado las pruebas nucleares. Le preocupa menos la realidad inmediata, el asesinato del niño, las devastaciones de todos los días, aunque reconforta a Bird en la borrachera y el espanto, y quiere ayudarlo a que se deshaga del niño, huir con Bird a África. Esa conciencia de la fisura entre los problemas tratados de un modo tan general que se debilitan, se alejan, y los problemas de los individuos, únicos, de carne y hueso, la tuvo presente Kenzaburo Oé en sus *Apuntes de Hiroshima*, publicados en la misma época que *Una cuestión personal*, y en la antología de relatos sobre la bomba atómica *Hacia un futuro inescrutable*, publicada en inglés bajo el título *Atomic Aftermath*.

1976 puede ser la fecha de irrupción de una nueva generación literaria en Japón: en 1976 se publicó *Azul casi transparente*, de Ryu Murakami. Kenzaburo Oé, en la encrucijada de la nueva narrativa japonesa, ha señalado que la nueva generación, nacida después de la Segunda Guerra Mundial y educada bajo una fuerte influencia estadounidense, supone una nueva aptitud frente a las cosas y la cultura. Pero las técnicas de dislocación de Oé están muy presentes en los nuevos escritores: pienso en Kenji Nakagami, en Michitsuna Takahashi, en el propio Ryu Murakami. No es una casualidad que un personaje de *La caza del carnero salvaje*, de Haruki Murakami, otro de los nuevos narradores, lea a Mickey Spillane, Kenzaburo Oé y Alien Ginsberg, todos revueltos, mientras oye música de los Doors en la emisora de las fuerzas de ocupación norteamericanas.

Justo Navarro

CAPÍTULO PRIMERO

Mientras miraba el mapa de África, desplegado en el escaparate como un ciervo altivo y elegante, Bird apenas consiguió reprimir un suspiro. Las dependientas no le prestaron atención. Tenían de carne de gallina la piel de sus cuellos y brazos. La tarde caía y la fiebre de comienzos del verano había abandonado el ambiente, al igual que la temperatura abandona a un gigante muerto. La gente parecía buscar en la penumbra del subconsciente el recuerdo del calor de mediodía, cuya ligera reminiscencia aún permanecía en la piel. Respiraban pesadamente y suspiraban de modo ambiguo. Junio, seis y media: ya nadie sudaba en la ciudad. Sin embargo, en ese momento la esposa de Bird rezumaba sudor por todos los poros del cuerpo mientras gimoteaba de dolor, ansiedad y esperanza, desnuda y acostada en un colchón de caucho, con los ojos cerrados como los de un faisán abatido del cielo por un disparo.

Estremecido, Bird miró con atención los detalles del mapa. El océano en torno de África estaba coloreado con el azul desgarrado de un amanecer invernal. Los paralelos y meridianos no eran líneas mecánicas trazadas a compás, sino gruesos trazos negros, que evocaban, en su irregularidad y soltura, la sensibilidad del dibujante. El continente parecía el cráneo distorsionado de un hombre gigantesco que, con ojos melancólicos y entrecerrados, mirase hacia Australia, el país del koala, el ornitorrinco y el canguro. El África en miniatura que, en una esquina del mapa, mostraba la densidad de población, parecía una cabeza muerta en proceso de descomposición; la otra, que mostraba las vías de comunicación, parecía una cabeza despellejada con las venas y arterias al descubierto. Ambas Áfricas diminutas sugerían la idea de una muerte brutal, violenta.

-¿Quiere consultar el mapa, señor?

-No, no se moleste -dijo Bird-. Lo que busco son mapas de carreteras *Michelin* de África Occidental y Central, y de África del Sur.

La muchacha empezó a rebuscar en un cajón lleno de mapas *Michelin*.

-Son los números 182 y 185 -especificó Bird, con tono de experto en viajes por África.

El mapa que Bird había contemplado entre suspiros era una página de un pesado atlas encuadernado en piel, no tanto un atlas propiamente dicho como un objeto decorativo para una sala. Ya sabía su precio. Unas semanas antes había calculado que le costaría cinco meses de sueldo en la academia preuniversitaria [Academias privadas de preparación para los exámenes de ingreso en las universidades. Muy numerosas en Japón. (*N. de la T.*)] donde dictaba clases. Si añadía, además, lo que pudiera conseguir haciendo de intérprete, seguramente lograría reunir el dinero en tres meses. Pero Bird tenía que mantenerse a sí mismo y a su esposa, y ahora, también al niño que estaba a punto de nacer. Muy pronto Bird sería cabeza de familia.

La dependienta cogió dos mapas de tapas rojas y los puso sobre el mostrador. Tenía manos pequeñas y sucias, de dedos flacos, como las patas de un camaleón agarrándose a un arbusto. Bird atisbó bajo aquellos dedos la marca característica de *Michelin*. El inflado hombre de goma que hace rodar un neumático por la carretera le hizo pensar que aquella compra era una tontería. Sin embargo, estos mapas tendrían gran importancia para él.

-¿Por qué está abierto el atlas en la página de África? -preguntó Bird pensativo.

La dependienta, algo suspicaz, no contestó. ¿Por qué estaría siempre abierto por la página de África? ¿Acaso al gerente esa página le parecía la más bella del libro? Pero África estaba experimentando un proceso de cambios vertiginosos que pronto harían obsoleto cualquier mapa. Y, puesto que la corrosión iniciada en África alcanzaría a todo el atlas, abrirlo por esa página

implicaba aumentar la inminente caducidad del resto. Habría sido más conveniente un mapa inmutable al paso del tiempo, en el que las fronteras políticas estuvieran definitivamente establecidas. ¿Había que escoger, así pues, América? ¿Norteamérica, en particular?

Bird pagó los dos mapas y se dirigió hacia las escaleras. Pasó, mirando al suelo, entre un arbusto plantado en un tiesto y un corpulento desnudo cuyo vientre de bronce tenía el brillo aceitoso y húmedo, como la nariz de un perro, provocado por el contacto de muchas palmas nostálgicas. En su época de estudiante, él mismo solía recorrer con los dedos ese vientre; ahora ni siquiera se atrevía a mirar la cara de la estatua. Bird recordó al doctor y a las enfermeras frotándose los brazos con desinfectante, junto a la mesa donde yacía su esposa desnuda. Los antebrazos del doctor estaban cubiertos de vello.

Bird deslizó los mapas dentro del bolsillo de la chaqueta y, apretándolos contra su costado, se abrió paso hacia la puerta. Eran los primeros mapas de África que compraba con intención de usarlos en el propio lugar. Se preguntó con inquietud si alguna vez llegaría a pisar suelo africano y a mirar su cielo a través de unas gafas oscuras. ¿O en ese preciso instante estaba perdiendo de una vez para siempre toda oportunidad de emprender el viaje a África? ¿Se vería obligado, muy a su pesar, a despedirse de la última ocasión de experimentar su única y obsesiva tentación de juventud? Pero si fuese así, ¿qué podía hacer para evitarlo?

Molesto, Bird empujó bruscamente la puerta y salió a la calle. Era el final de una tarde de principios de verano. La acera parecía envuelta en niebla a causa de la polución atmosférica y las penumbras del atardecer. De pronto, un electricista que cambiaba las bombillas del escaparate donde se exhibían las novedades en libros extranjeros, salió de él delante mismo de Bird. Sorprendido, Bird retrocedió y permaneció inmóvil. Se contempló en el amplio escaparate ensombrecido. Envejecía con la rapidez de un corredor de corta distancia. Tenía veintisiete años y cuatro meses. A los quince años le habían apodado «Bird» y desde entonces se le conocía con ese nombre. Su figura parecía flotar torpemente, como el cadáver de un ahogado, en el oscuro lago de los escaparates, y seguía pareciéndose a un pájaro. Era pequeño y delgado. Sus amigos habían comenzado a engordar en cuanto acabaron los estudios y empezaron a trabajar; incluso los que habían mantenido la línea aumentaron de peso cuando se casaron. Pero Bird, salvo la pequeña prominencia del vientre, siguió tan flaco como siempre. De pie o andando, adoptaba la misma postura: los hombros alzados y la frente inclinada. Parecía un anciano atleta demacrado.

Pero no sólo los hombros alzados, como alas plegadas, le asemejaban a un pájaro. La nariz, bronceada y lisa, sobresalía de su cara como un pico y se encorvaba hacia abajo. Sus ojos despedían un brillo indefinido y casi nunca expresaban emoción alguna, salvo en las raras ocasiones en que se abrían manifestando una leve sorpresa. Los labios, delgados y duros, estaban siempre tensos sobre los dientes. Las líneas desde sus altos pómulos hasta el mentón eran afiladas. Y su cabello rojizo se elevaba al cielo como lenguas de fuego. Tal aspecto, aproximadamente, presentaba Bird a los quince años. A los veintisiete no había cambiado en absoluto. ¿Cuánto tiempo más seguiría pareciéndose a un pájaro? ¿Sería el tipo de persona que no tiene más alternativa que vivir con la misma cara y la misma postura desde los quince a los sesenta años? De serlo, la imagen que le devolvía el escaparate compendiaría toda su vida. Bird se estremeció y experimentó un disgusto tan visceral que le vinieron ganas de vomitar. ¡Qué revelación! Un Bird agotado, con un montón de hijos, viejo, senil...

De pronto, una extraña mujer surgió del lado oscuro del escaparate y avanzó lentamente hacia él. Era una mujer grande, de hombros anchos, tan alta que superaba el reflejo de la cabeza de Bird en el cristal. Con la sensación de que un monstruo lo atacaba por la espalda, Bird se giró e instintivamente adoptó una postura defensiva. La mujer se detuvo frente a él y escudriñó su rostro con gravedad. Bird le devolvió la mirada. Un segundo después, la urgencia dura y afilada de los ojos de ella se transformó en indiferencia aflagada: como si la mujer hubiera intentado establecer una posible relación, y luego hubiese advertido que Bird no era la persona adecuada para ello. Entonces Bird percibió lo anormal de su cara que, enmarcada en un cabello rizado y abundante, le

recordaba a un ángel de Fra Angélico; en particular, observó el vello rubio que había escapado al afeitado en el labio superior: atravesaba la gruesa capa de maquillaje y temblaba.

—¡Hola! —exclamó la mujer con una resonante voz masculina ya sin esperanzas.

—¡Hola! —Bird sonrió y saludó con su voz ronca y chillona, otro de sus atributos de pájaro.

El travesti dio media vuelta sobre sus tacones altos y se alejó lentamente calle abajo. Bird lo contempló durante un instante y luego tomó la dirección contraria. Atravesó un callejón estrecho y luego, con precaución, una ancha calle surcada por tranvías. Hasta la misma cautela histérica que de tanto en tanto se apoderaba de él con la violencia de un espasmo, evocaba a un pajarillo enloquecido de miedo. El apodo le sentaba a la perfección.

El travesti había visto que Bird observaba su propio reflejo en el escaparate, como esperando a alguien, y le había tomado por un pervertido. Un error humillante, pero como lo advirtió en cuanto Bird se dio la vuelta, su honor había sido redimido. Ahora gozaba lo cómico de la situación. Ningún saludo hubiese sido más adecuado en tales circunstancias que ese «¡Hola!» informal. El travesti debía de tener las cosas claras. Bird experimentó una sensación de afecto hacia el joven travestido de mujer. ¿Lograría embaucar a alguien esta noche y convertirlo en su cliente? Tal vez Bird hubiese debido tener el valor suficiente para acompañarlo.

Alcanzó la acera opuesta y se metió en una calle de bares y restaurantes baratos. Seguía imaginándose lo que habría ocurrido de haber seguido al joven hasta algún sórdido rincón de la ciudad. Probablemente nos hubiéramos acostado juntos, tan cerca como hermanos, y hablado. Yo también me hubiese desnudado para que no se sintiera turbado. Quizá le hubiera dicho que mi mujer dará a luz esta noche, y también que durante años he querido ir a África, y que mi mayor ambición consiste en escribir una crónica de mis aventuras que titularé *El cielo en África*. Incluso hasta le hubiese dicho que el viaje a África será imposible si cuando nazca el bebé me encierro en la jaula que significa una familia. (Desde que me casé he estado en la jaula, pero hasta ahora siempre me pareció que la puerta permanecía abierta; el bebé a punto de llegar bien podría cerrarla definitivamente.) Hubiera hablado sobre montones de cosas, y el travesti se habría esforzado por recoger las semillas de la neurosis que me acecha, juntarlas una a una hasta comprenderme. Porque un joven que, fiel a lo retorcido que hay en él, termina buscando pervertidos en las calles, un joven así tiene que poseer unos ojos, unos oídos y un corazón exquisitamente sensibles al terror que habita en lo más profundo de su subconsciente. Mañana por la mañana podríamos habernos afeitado juntos, escuchando las noticias de la radio, compartiendo la misma jabonera. El travesti era joven pero su barba parecía dura y... Bird interrumpió sus divagaciones y sonrió. Pasar la noche con un travesti hubiera significado ir demasiado lejos, pero por lo menos hubiera debido invitarlo a una copa.

Se encontraba en la calle de los bares baratos. Entre la multitud que desfilaba a su lado había muchos borrachos. Tenía la garganta seca y necesitaba un trago, aunque tuviese que beberlo solo. Giró la cabeza sobre su largo cuello delgado e inspeccionó los bares a ambos lados de la calle. En realidad, no tenía la menor intención de detenerse en ninguno de ellos. Podía imaginar la reacción de su suegra en caso de que llegara apestando a whisky junto a la cama de su mujer y su hijo recién nacido. No quería que sus suegros lo vieran borracho; nunca más.

El suegro de Bird daba clases en una pequeña universidad privada, pero hasta su retiro había sido director del departamento de inglés de la universidad a la que asistía Bird. No tanto gracias a su suerte como a la buena voluntad de su suegro, Bird pudo conseguir, a su edad, un puesto de profesor en una academia preuniversitaria. Estimaba al anciano y le temía reverencialmente. Nunca había conocido a una persona mayor tan noble como su suegro. No quería volver a decepcionarlo.

Bird se casó en mayo, a la edad de veinticinco años, y durante ese primer verano permaneció borracho cuatro semanas seguidas. De pronto, como un Robinson Crusoe embrutecido, había comenzado a ir a la deriva por un mar de alcohol. Descuidó sus obligaciones como licenciado, su trabajo, sus estudios de posgrado. Lo abandonó todo sin pensar, y pasaba el día entero, e incluso hasta bastante tarde por la noche, sentado en la cocina de su departamento, a oscuras, escuchando

música y bebiendo whisky. Ahora recordaba esos terribles días y le parecía que, a excepción de escuchar música, beber y sumirse en un sueño alcoholizado, no había realizado ninguna actividad propia de un ser humano. Cuatro semanas más tarde, Bird se recuperó de una dolorosa borrachera de setecientas horas y descubrió en sí mismo, desgraciadamente sobrio, la desolación de una ciudad destrozada por la guerra. Era como un débil mental al que sólo le quedara una mínima oportunidad de recuperarse, pero tenía que volver a ordenarlo todo, no sólo a sí mismo sino también sus relaciones con el mundo exterior. Dejó los seminarios universitarios y pidió ayuda a su suegro para conseguir un puesto de profesor. Ahora, dos años después, su esposa estaba a punto de tener su primer hijo. Si llegaba a presentarse en el hospital tras envenenar nuevamente su sangre con alcohol, su suegra huiría de allí presa de una histeria frenética, llevándose consigo a su hija y a su nieto.

A Bird le preocupaba el deseo, oculto pero arraigado en lo más profundo de sí, que todavía le atraía hacia el alcohol. Tras cuatro semanas sumido en el infierno del whisky, muchas veces se preguntó cómo pudo permanecer borracho durante setecientas horas. Pero nunca llegó a una respuesta definitiva. Y mientras su descenso a los abismos del whisky constituyera un enigma, cabía un riesgo constante de recaída repentina.

En uno de los libros sobre África que leía tan ávidamente, había encontrado el siguiente pasaje: «Los exploradores coinciden invariablemente en que las celebraciones con abundante alcohol siguen siendo frecuentes en las aldeas africanas. Ello permite suponer que la vida en este hermoso país todavía carece de algo fundamental. Profundas insatisfacciones llevan a sus habitantes a la desesperación y el abandono de sí mismos». Releyendo este trozo, referido a las pequeñas aldeas de Sudán, Bird comprendió que se negaba a reconocer y analizar las carencias e insatisfacciones existentes en su propia vida. Pero como estaba seguro de que las había, se cuidaba de no volver a recaer en el alcohol.

Bird llegó a la plaza situada en el centro del barrio del placer, donde todo el bullicio y la actividad de las calles aledañas parecían concentrarse como los radios de una rueda. El reloj de bombillas eléctricas del teatro situado en medio de la plaza marcaba las siete de la tarde: era hora de averiguar cómo estaba su esposa. Desde las tres de la tarde Bird había telefonado cada hora a su suegra, que permanecía en el hospital. Echó un vistazo a la plaza. Había varias cabinas telefónicas, pero todas ocupadas. Más que en el parto de su mujer, pensó en los nervios de su suegra rondando el teléfono reservado para los pacientes internos. Esto le irritó. Desde que había llegado al hospital con su hija, la mujer estaba obsesionada con la idea de que el personal hospitalario intentaba humillarla. Si por lo menos el teléfono estuviera ocupado por los familiares de otros pacientes... Con una débil esperanza, Bird volvió sobre sus pasos y miró en bares y cafeterías. Había tiendas de tallarines chinos, restaurantes que servían cerdo rebozado y camiserías. Podía entrar en algún sitio y telefonar. Pero en lo posible no quería entrar en un bar, y ya había cenado. ¿Y si compraba polvos de bicarbonato para apaciguar su estómago?

Mientras buscaba una farmacia, se detuvo en una esquina ante un curioso establecimiento. En el gigantesco anuncio colgado encima de la puerta, había un vaquero en cuclillas empuñando un revólver y a punto de disparar. Bird leyó el nombre de la tienda, escrito sobre la cabeza del indio caído a los pies del vaquero: Gun Comer. En el interior, bajo banderas de papel de todos los países y espirales de papel crepé verde y amarillo, un montón de gente mucho más joven que Bird se movía en torno a las máquinas de juegos que, como grandes cajas multicolores, llenaban la tienda. A través de las puertas de cristal ribeteadas con cinta roja y añil, comprobó que había un teléfono público en un rincón del fondo. Bird entró en el Gun Comer. Pasó junto a una máquina de coca-cola y un *jukebox* que aullaba un viejo *rock and roll*, y se dispuso a cruzar el polvoriento suelo de madera. Sintió que en sus oídos estallaban naves espaciales. Bird atravesó la sala con dificultad, como si se tratase de un laberinto; pasó junto a las máquinas *pinball*, los juegos de dardos, y un diminuto bosque poblado de ciervos, conejos y gigantes sapos verdes que se movían sobre una cinta sin fin. Al pasar entre los adolescentes, Bird vio que uno de ellos abatía un sapo ante las

miradas de admiración de sus amigas, y el tablero lateral del juego indicaba cinco puntos. Finalmente llegó al teléfono. Puso una moneda y marcó de memoria el número del hospital. Uno de sus oídos percibía la distante señal de llamada; el otro estaba abocado al estrépito del *rock and roll* y a un ruido como de diez mil cangrejos corriendo: los adolescentes, ensimismados en los juegos automáticos, refregaban contra la desgastada madera del suelo las suaves suelas de sus zapatos italianos. ¿Qué opinaría su suegra sobre semejante barullo? Tal vez sería mejor que cuando se excusase por llamar tarde también comentase algo sobre aquel ruido.

El teléfono sonó cuatro veces antes de que respondiera la voz de su suegra, parecida a la de su mujer pero más pueril. Bird preguntó enseguida por su esposa, sin ningún preámbulo.

-Nada todavía. Se resiste a venir. La pobrecilla está sufriendo lo indecible y el bebé se resiste a venir.

Sin conseguir articular palabra, Bird contempló por un instante los numerosos agujeros del auricular. La superficie, como un cielo nocturno salpicado de estrellas negras, se nublaba y aclaraba al ritmo de su respiración.

-Volveré a llamar a las ocho -dijo luego. Colgó el auricular y suspiró.

Junto al teléfono había un juego de conducir coches, y un muchacho con aspecto de filipino estaba sentado al volante.

Por debajo del Jaguar modelo E en miniatura, montado sobre un cilindro en el centro del tablero, pasaba continuamente la representación de un paisaje campestre tal como si el coche fuera a toda velocidad por una hermosa autopista suburbana. A medida que el camino se prolongaba en zigzag, aparecían obstáculos amenazantes: ovejas, vacas, ayas con niños. La habilidad del jugador consistía en evitar las colisiones girando el volante y variando la velocidad. El joven filipino estaba encorvado, plenamente concentrado; profundas arrugas surcaban su entrecejo corto y moreno. Conducía sin parar, mordiéndose los finos labios con sus agudos caninos y salpicando el aire con una saliva sibilante, como convencido de que su Jaguar modelo E llegaría a destino alguna vez. Pero el camino presentaba más y más obstáculos. De tanto en tanto, cuando la cinta disminuía la velocidad, el muchacho metía una mano en el bolsillo, rebuscaba una moneda y la insertaba en la máquina. Bird se quedó donde estaba, en una línea oblicua por detrás del joven, y observó el juego durante un rato. De pronto, sus pies experimentaron una insoportable sensación de fatiga. Se encaminó hacia la salida posterior, pisando el suelo como si fuera una placa metálica chamuscada. En la parte trasera de la tienda encontró un par de máquinas realmente extrañas.

El juego de la derecha estaba rodeado por una pandilla de jóvenes con idénticas cazadoras de seda, bordadas con dragones de oro y plata, el tipo de *souvenir* de Hong Kong para turistas norteamericanos. Producían fuertes ruidos que resonaban como impactos duros y pesados. Bird se acercó al otro juego, en ese momento libre. Parecía un instrumento de tortura medieval. Una hermosa doncella de tamaño natural, hecha con tiras de acero rojas y negras, protegía su pecho desnudo con unos brazos cruzados firmemente. El jugador debía intentar apartar esos brazos para poder ver los ocultos senos metálicos; la fuerza aplicada se cuantificaba en números que aparecían en los ojos de la doncella. Encima de su cabeza había una tabla cronológica que indicaba la fuerza de asimiento y la tracción promedio para cada edad.

Bird insertó una moneda en la ranura de los labios de la doncella y se dedicó a obligarla a que apartase los brazos de los senos. Pero el acero se resistía con firmeza. Bird tiró con más fuerza. Poco a poco, su rostro se fue acercando al pecho metálico. Como la cara expresaba una inconfundible angustia, Bird tuvo la sensación de estar cometiendo una violación. Se tensó tanto que todos los músculos empezaron a dolerle. De pronto, el pecho de la joven retumbó y en sus ojos huecos aparecieron unos números color sangre aguada. Exhausto y jadeando, Bird comparó su marca con la tabla de promedios. Había obtenido 70 puntos de asimiento y 75 de tracción. La tabla indicaba 110 de asimiento y 110 de tracción para la edad de 27 años. Increíblemente, Bird comprobó que su marca equivalía a un hombre de cuarenta años. ¡Cuarenta años! La sorpresa le golpeó el estómago y le provocó un eructo. Tenía veintisiete años y cuatro meses, y su fuerza de asimiento y

tracción correspondía a la de un hombre de cuarenta años. Pero ¿cómo podía ser? Para peor, sabía que el hormigueo en los hombros y el costado se convertiría en un obstinado dolor muscular.

Decidido a resarcirse, se acercó al juego de la derecha. Probar este juego constituía ahora una cuestión de honor. Los muchachos con cazadoras de dragón se quedaron inmóviles, alertas como animales salvajes que asisten a la invasión de su territorio. Observaron a Bird con miradas desafiantes. Nervioso pero aparentando indiferencia, analizó la máquina situada en el centro del círculo formado por los jóvenes. Semejaba un patíbulo en una película del oeste, a excepción de una especie de yelmo eslavo de caballería suspendido donde debía colgar el eventual ajusticiado. El yelmo recubría en parte un saco de arena forrado con piel de gamo negro. Insertando una moneda, el jugador podía bajar el saco de arena y la aguja indicadora se situaba en cero. En el centro del medidor una caricatura del Ratón Robot gritaba, con la boca amarilla totalmente abierta: «¡Venga, hombre! ¡Veamos la fuerza de tu puñetazo!». Como Bird sólo observó el juego y no hizo nada por acercarse, uno de los jóvenes con cazadora de dragón se adelantó como para hacer una demostración. Dejó caer una moneda en la ranura del yelmo, que brillaba como el ojo de un cíclope, y bajó el saco de arena. Luego retrocedió un paso y a continuación echó el cuerpo hacia delante violentamente, golpeando de lleno el saco de arena. Un ruido sordo: la cadena se sacudió al chocar contra el yelmo y la aguja dio un brinco que superó los números del medidor. La pandilla prorrumpió en carcajadas. El puñetazo había rebasado el límite del medidor y el mecanismo no volvía a su lugar. El victorioso joven pateó suavemente el saco de arena, como en un golpe de karate, y la aguja descendió al 150 mientras el saco subía al interior del yelmo. La pandilla volvió a rugir.

Una indescriptible pasión se apoderó de Bird. Cuidando no arrugar los mapas, se quitó la chaqueta y la dejó sobre una mesa de bingo. A continuación echó una moneda al yelmo. La pandilla seguía con atención cada uno de sus movimientos. Bird bajó el yelmo, retrocedió un paso y preparó los puños. Después de que lo expulsaran del instituto, en la época que preparaba el examen de ingreso en la universidad, Bird se peleaba casi todas las semanas con otros muchachos díscolos de su ciudad de provincias. Le temían, y siempre estaba rodeado de jóvenes admiradores. Confiaba en la fuerza de su puñetazo y ahora lo emplearía de forma ortodoxa: volcó su peso sobre la parte anterior del pie, dio un breve paso adelante y golpeó el saco con la derecha. ¿Acaso había superado el límite de 2.500 y estropeado el medidor? ¡Mierda! ¡La aguja se había quedado en 300! Doblado sobre sí, con el puño contra el pecho, Bird la contempló estupefacto. La sangre le subió a la cara. A sus espaldas, la pandilla permanecía silenciosa e inmóvil. Sin duda concentraban la atención en Bird y el medidor: la presencia de un hombre con un puñetazo tan endeble debía de mantenerles atónitos.

Sin preocuparse por los jóvenes de cazadora de dragón, Bird insertó otra moneda y bajó nuevamente el saco. Ahora no se fijó en nada que no fuese golpear con toda la fuerza de su cuerpo. Su brazo derecho quedó insensible del codo a la muñeca y la aguja se detuvo apenas en 500.

Confundido, Bird recogió su chaqueta y se la puso, de cara a la mesa de bingo. Luego se giró y miró a los adolescentes. Le observaban en silencio. Ensayó una sonrisa de hombre experimentado, que expresaba comprensión y sorpresa: un ex campeón retirado hace mucho sonreía a un joven campeón. Pero los muchachos simplemente le miraban con caras inexpresivas, duras, como si Bird fuera un perro. Se ruborizó hasta las orejas, bajó la cabeza y se alejó a toda prisa. Fuertes risotadas burlonas brotaron a sus espaldas.

Avergonzado y humillado, Bird cruzó la plaza a grandes zancadas y se metió en una oscura calle lateral; ya no tenía valor para dejarse arrastrar por el gentío desconocido del barrio del placer. Las prostitutas alineadas en la calle advirtieron la expresión iracunda de Bird y no se atrevieron a insinuársele. Tomó por un callejón desierto y avanzó hasta que un montículo le cerró el paso. Por el aroma de hojas verdes que le llegaba de la oscuridad, supo que en la ladera crecía abundante hierba de verano. En lo alto del montículo corrían las vías férreas. Bird echó un vistazo a ambos lados para comprobar si se aproximaba un tren y no vio nada. Miró hacia arriba, al cielo de laca negra. La niebla rojiza que flotaba sobre el suelo era un reflejo del neón del barrio del placer. Una gota de

lluvia humedeció la mejilla de Bird: el césped olía tan bien porque estaba a punto de llover. Bajó la cabeza y se puso a orinar furtivamente. Mientras lo hacía, oyó unos pasos precipitados que se le acercaban por la espalda. Se giró pero ya estaba rodeado por los muchachos con cazadoras de dragón.

Bird no podía distinguir sus expresiones pero recordó el profundo desprecio que se ocultaba tras su inexpresividad en el Gun Corner. La debilidad de Bird había despertado los instintos salvajes de la pandilla: urgidos por la necesidad que siente un niño violento de atormentar al compañero de juegos más débil, se habían lanzado tras el pobre corderito que tenía un puñetazo de sólo 500 puntos. Bird sintió miedo y ganas de escapar de aquella encerrona. Pero para alcanzar la plaza iluminada tendría que abrirse paso por el punto más fuerte del semicírculo que formaba la pandilla. La fuerza de Bird (¡equivalente a la de un hombre de cuarenta años!) descartaba tal posibilidad. A su derecha había un callejón que terminaba en una valla de tablas. El estrecho callejón de la izquierda, entre el montículo y una alta alambrada que circundaba el patio de una fábrica, desembocaba a lo lejos en una concurrida calle. Bird tenía esa oportunidad si conseguía cubrir los casi cien metros sin que le cogieran. Resuelto a ello, fingió dirigirse al callejón ciego de la derecha y, de pronto, giró y se lanzó hacia la izquierda. Pero el enemigo conocía este tipo de artimañas, del mismo modo que Bird lo había conocido cuando tenía veinte años. La pandilla se había movido en bloque hacia la izquierda y reagrupado en tanto Bird simulaba huir por la derecha. Chocó contra la oscura silueta de un cuerpo tensado como un arco. No tuvo tiempo ni espacio para eludirlo. Inmediatamente Bird recibió el impacto del peor puñetazo de su vida y cayó sobre el montículo. Gimiendo, escupió sangre y saliva. Los adolescentes rieron con estridencia. Luego observaron a Bird, a la vez que lo encerraban en un semicírculo aún más estrecho. Estaban aguardando.

Bird pensó que los mapas estarían estropeándose bajo el peso de su cuerpo. Y que su primer hijo estaría naciendo. Ese pensamiento cobró una repentina intensidad.

La ira y la desesperación le dominaron. Hasta ese momento, víctima del miedo y la confusión, sólo había atinado a escapar. Pero ahora no tenía intenciones de hacerlo. Si huyo no sólo perderé para siempre la oportunidad de ir a África, sino que además mi bebé llegará al mundo sin otra posibilidad que llevar la peor de las vidas. Era como una voz interior, y Bird la obedeció.

Las gotas de lluvia mojaron sus labios partidos. Sacudió la cabeza, gimió y se levantó lentamente. Los adolescentes retrocedieron un paso, expectantes. El más fornido de ellos se adelantó. Bird dejó sus brazos colgando y adelantó la barbilla, con la mirada perdida de un muñeco de feria. El muchacho se preparó para atacar, pero cuando lo hizo, Bird agachó la cabeza y le golpeó como un toro salvaje en el estómago. El muchacho gritó y cayó vomitando bilis. Bird se enfrentó al resto. Volvía a sentir el júbilo de la batalla; hacía años que no lo experimentaba. Los muchachos con chaquetas de dragón se miraron entre sí.

De pronto, uno gritó a los demás:

—¡Vamonos de aquí! Este tío no es adversario para nosotros. No es más que un viejo gilipollas.

De inmediato todos se relajaron. Se despreocuparon de Bird, que permanecía en guardia, y tras levantar a su colega inconsciente se alejaron hacia la plaza. Bird quedó solo bajo la lluvia. Un cosquilleo le subió por la garganta y rió silenciosamente. Su chaqueta estaba manchada de sangre, pero el agua de la lluvia la lavaría. Sintió una especie de paz interior. Naturalmente, le dolía el mentón en donde había recibido el puñetazo. Y los brazos, la espalda, los ojos. Pero estaba de buen humor por primera vez desde que su mujer comenzara las labores del parto. Avanzó cojeante por el callejón, entre el montículo y el predio de la fábrica. Una antigua máquina de vapor que escupía brasas se acercaba resoplando por las vías. Pasó a una altura superior a la cabeza de Bird, que imaginó al tren como un gigantesco rinoceronte negro galopando a través de un cielo de laca negra.

En la plaza, mientras aguardaba un taxi, se tocó con la lengua un diente roto. Bird lo escupió en la calle.

CAPITULO II

En el dormitorio matrimonial, Bird dormía hecho un ovillo. Yacía por debajo del mapa de África fijado en la pared con chinchetas y sucio de barro, sangre y bilis. La cuna blanca del bebé, todavía envuelta en su capucha vinílica, se hallaba entre las camas de los cónyuges, como una inmensa jaula llena de insectos.

Bird tenía una pesadilla y, mientras dormía, de tanto en tanto gruñía contra el fresco de la madrugada. Permanecía de pie en una meseta, en la orilla occidental del lago Chad al este de Nigeria. ¿Qué estaría haciendo allí? De pronto aparecía un gigantesco *phacochoerus*. La terrible bestia arremetía levantando una polvareda. Bird estaba en África en busca de aventuras, tribus desconocidas y peligros mortales, en busca de un atisbo de lo que hay más allá del horizonte de una vida rutinaria y una frustración permanente. Pero carecía de armas para luchar contra el *phacochoerus*. He venido a África sin equipo ni preparación alguna, pensó, y el miedo le invadió. La bestia se acercaba más y más. Bird recordó que solía llevar una navaja cosida en el dobladizo del pantalón, durante su etapa de gamberro en una ciudad de provincias. Pero hacía mucho tiempo que había tirado esos pantalones. Resultaba curioso que no lograra recordar cómo se decía *phacochoerus* en japonés. ¡*Phacochoerus!* Se dio cuenta de que el grupo que le acompañaba le había abandonado en pos de un refugio seguro. Desde allí, le gritaban:

—¡Cuidado! ¡Corre! ¡Es un *phacochoerus!*

El animal, enfurecido, ya estaba junto a los matorrales, a escasos metros de distancia. Bird no tenía ninguna oportunidad de salvarse. Entonces descubrió, hacia el norte, una zona protegida por una línea azul oblicua. Debía de ser un alambre de acero. Si lograba situarse tras la línea estaría a salvo. Bird comenzó a correr, pero el *phacochoerus* ya estaba casi encima de él. He venido a África sin equipo ni preparación alguna. No tengo escapatoria. Bird desesperaba, pero el miedo le impulsaba hacia adelante. Numerosos ojos de *personas que estaban a salvo* tras la línea lo observaban correr hacia ella. Los horribles dientes del *phacochoerus* ya comenzaban a cerrarse, agudos y firmes, sobre el tobillo de Bird...

Sonó el teléfono. Bird despertó. Era de madrugada y continuaba lloviendo. Se levantó y, descalzo, fue saltando como un conejo hasta el teléfono. El suelo estaba húmedo. Levantó el auricular y una voz masculina, sin más, le preguntó su nombre. Luego dijo:

-Venga inmediatamente al hospital. Hay ciertas anomalías en el bebé... Tenemos que hablar con usted.

Bird se sintió desamparado. Tuvo ganas de regresar a la meseta nigeriana para saborear el residuo del sueño, a pesar de que había sido una pesadilla como un erizo de mar, llena de espinas de miedo. Pero se contuvo y, con voz neutra y desprovista de sentimientos, preguntó:

-¿La madre está bien?

Tuvo la impresión de haberse escuchado formular esa pregunta miles de veces, dirigida a sí mismo y con idéntica voz.

-Su esposa está bien. Pero usted debe venir en seguida.

Bird colgó el auricular y corrió hacia el dormitorio, como un cangrejo que regresa a su agujero. Cerró los ojos con fuerza e intentó sumergirse en la tibieza de su cama, como si negando la realidad pudiera desterrarla instantáneamente, como la meseta nigeriana del sueño. Pero nada cambió. Sacudió la cabeza con resignación y recogió la camisa y los pantalones del borde de la cama. El dolor del cuerpo al agacharse le recordó la pelea de la noche anterior. Había dado la talla. ¡Qué

orgulloso se había sentido! Intentó experimentar aquella sensación de orgullo nuevamente pero, desde luego, no lo consiguió. Mientras se abotonaba la camisa, dirigió la mirada al mapa de África occidental. La meseta del sueño estaba situada en un lugar llamado Deifa. Encima había una ilustración: un suido africano lanzándose a la carga. Un suido africano. El *phacochoerus* era un suido africano. Y la línea azul oblicua trazada en el mapa significaba que allí había un coto de caza. Es decir, que no hubiera estado a salvo ni aunque hubiese logrado llegar a la valla inclinada que aparecía en el sueño.

Bird volvió a sacudir la cabeza, se puso la chaqueta y bajó las escaleras de puntillas. Su anciana casera vivía en el primer piso. Si despertaba y se asomaba a saludarle, Bird tendría que responder a sus preguntas afiladas de curiosidad y buena voluntad. En ese caso, ¿qué le diría? Sólo sabía lo que le habían comunicado por teléfono: ¡que el bebé era anormal! Probablemente se trataba de lo peor. A tientas, buscó sus zapatos en el suelo de tierra del vestíbulo, abrió la puerta principal haciendo el menor ruido posible y salió a la claridad del amanecer.

La bicicleta estaba de lado sobre la gravilla, debajo de un seto. Bird la enderezó y con la manga de su chaqueta secó la lluvia pertinaz del sillín de cuero corroído.. Antes de que estuviera suficientemente seco, montó de un salto y, haciendo saltar la gravilla, pasó junto a los setos como un caballo enfurecido y salió a la calle pavimentada. En seguida sintió frío y humedad en las nalgas. Llovía otra vez, y el viento hacía que las gotas le golpearan en la cara. Se mantuvo vigilante, para no caer en los baches ocultos en los charcos de la calle. Las gotas se le metían en los ojos. Torció a la izquierda y enfiló una calle más ancha y luminosa. Ahora la lluvia le golpeaba el flanco derecho y el andar se hacía más soportable. Bird se inclinó contra el viento para mantener el equilibrio de la bicicleta. Las ruedas agitaban la capa de agua sobre la calle asfaltada y la dispersaban en una fina niebla. Viendo cómo el agua se alejaba en ondas de los neumáticos, Bird comenzó a marearse. Levantó la mirada: en la calle no había nadie, hasta donde alcanzaba a divisar. Era el amanecer. Los árboles de ginkgo a ambos lados estaban tupidos de hojas oscuras, cada una hinchada por toda el agua absorbida. Troncos negros que sostenían profundos océanos de verde. Si todos se desplomaran a la vez, Bird y su bicicleta sucumbirían bajo un diluvio con olor a verde fresco. Tuvo la sensación de que los árboles le amenazaban. Muy por encima de su cabeza, las hojas apiñadas en las ramas superiores gemían al viento. Bird miró hacia arriba y, a través de las frondas, divisó un trozo de cielo por el este. Todo era color gris negruzco, sólo al fondo se filtraba un débil atisbo de luz rosácea. Un cielo humilde, con aspecto avergonzado, que las nubes perturbaban con violencia, como perros lanudos a todo correr. Una bandada de urracas pasó como una flecha frente a Bird, tan descaradas como los gatos callejeros, y casi lo derribaron. Vio gotas de agua plateada arracimadas como piojos sobre sus colas azul celeste. Bird tomó conciencia de que cualquier cosa le sobresaltaba y que sus ojos, oídos y olfato se habían agudizado en exceso. Tuvo la vaga sensación de que ello era un mal presagio: lo mismo le había sucedido durante la época de interminables borracheras.

Agachó la cabeza, se puso de pie sobre los pedales y cogió velocidad. Revivió la inútil impresión de huida que lo había acompañado en su sueño. Pero igual continuó pedaleando. Una rama delgada de ginkgo se le enganchó en el hombro y le rasguñó la oreja. Tampoco esto le hizo disminuir la velocidad. Sintió que las gotas, silbantes como balas debido al viento, le rozaban la oreja palpitante.

Bird dio un patinazo a la entrada del hospital y se detuvo con un chirrido de frenos como salido de su propia garganta. Estaba calado hasta los huesos y temblaba como un perro después de nadar. Mientras se sacudía el agua, le pareció que acababa de recorrer un largo trayecto, inmensamente largo, a toda velocidad.

Se detuvo frente a la sala de consulta y recuperó el aliento. Luego se asomó y se dirigió a los desdibujados rostros que le esperaban en la penumbra.

-Soy el padre -dijo con voz ronca, y se preguntó por qué estarían sentados en una habitación a oscuras.

Entonces reconoció a su suegra, con la cara medio escondida en la manga de su kimono, como

esforzándose por no vomitar. Bird se sentó en una silla a su lado y sintió que la ropa se le pegaba a la espalda y el trasero. Empezó a temblar, no con la intensidad de cuando había aparcado la bicicleta en la entrada, sino con la desvalidez de un polluelo. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de la habitación. Descubrió el tribunal de tres médicos que lo observaban en silencio desde que se instalara en la silla. Al igual que la bandera nacional en la sala de un juzgado, el diagrama anatómico colgado en la pared a sus espaldas constituía un símbolo de sus prerrogativas.

—Soy el padre —repitió Bird, irritado. La voz denotaba que se sentía amenazado.

—Desde luego que sí —replicó un poco a la defensiva el doctor que permanecía en el centro, flanqueado por sus colegas, como si hubiera notado cierta desmesura en la voz de Bird.

Era el director del hospital; Bird recordó haberlo visto restregándose las manos junto a su mujer. Le miró, esperando que dijera algo. Pero en vez de comenzar las explicaciones, el director sacó una pipa de su arrugada bata de cirujano y la llenó de tabaco. Era un hombre bajo, con aspecto de tonel, obeso en extremo, lo que le daba un aire melancólico, pesado y de pretenciosa pompa. Tenía la bata sucia y abierta a la altura del pecho, tan peludo como el lomo de un camello. Las mejillas, el labio superior y el buche de grasa que le colgaba hasta la garganta estaban cubiertos de barba. Quizá no había tenido tiempo de afeitarse esta mañana: desde ayer por la tarde luchaba por salvarle la vida al bebé. Bird se sintió agradecido, por supuesto, pero algo sospechoso en ese doctor peludo y de mediana edad le impedía bajar la guardia. Como si, por debajo de su piel hirsuta, se ocultara algo peligroso.

Finalmente, el director se quitó la pipa de sus gruesos labios y, sosteniéndola con una mano regordeta, enfrentó de pronto la mirada firme de Bird y preguntó:

—¿Quiere ver la cosa antes? —La voz sonó excesivamente alta para las circunstancias.

—¿El bebé está muerto? —preguntó Bird.

Durante un segundo, el director lo miró con extrañeza, pero en seguida borró la expresión con una sonrisa ambigua.

-Claro que no -dijo-. De momento, tiene voz fuerte y movimientos vigorosos.

Bird escuchó el suspiro profundo y grave de su suegra, como queriendo insinuarle algo. Si no hubiera tenido la boca bajo la manga del kimono, el suspiro habría sonado tan grotesco como el de un borracho y atemorizado a todos los presentes. O la mujer estaba por completo agotada o, caso contrario, había querido indicarle cuan profundamente era la ciénaga de la calamidad en que él y su esposa estaban metidos. Una de dos.

-Pues bien, ¿quiere usted ver la cosa?

El doctor situado a la derecha del director se puso de pie. Era un hombre joven, alto y delgado, con un rostro de pómulos salientes y ojos que en cierta forma desequilibraban su simetría horizontal: un ojo era móvil y de mirar tímido; el otro, sereno e inmóvil. Bird, que también se había puesto de pie, se derrumbó en la silla al darse cuenta que un ojo era de vidrio.

—¿Podría informarme antes, por favor? —dijo Bird con voz cada vez más atemorizada. En su mente, las palabras del director le inspiraban repulsión: «¡la cosa!».

—Quizá tenga usted razón. Cuando se lo ve por primera vez, resulta chocante. Yo mismo me sorprendí cuando salió.

Inesperadamente, los gruesos párpados del director enrojecieron y prorrumpió en una risita infantil. Bird había intuido algo peligroso bajo la piel peluda, y ahora supo que era esa risita que, antes de manifestarse, se revelaba como una sonrisa vaga. Lanzó al sonriente doctor una mirada airada, pero se dio cuenta de que reía porque se sentía incómodo: había extraído de entre las piernas de la mujer de otro hombre una especie de monstruo inclasificable. Tal vez se trataba de un monstruo con cabeza de gato y cuerpo hinchado como un globo. Aparte lo que fuera la criatura, el doctor se sentía avergonzado por haberla traído al mundo. Por eso reía de esa manera. Su comportamiento no era propio de la dignidad profesional de un obstetra experimentado y director de un hospital, sino más bien de un comediante barato y avergonzado.

Inmóvil, Bird esperó a que el director se recuperara de su ataque de risa. Un monstruo. Pero ¿de qué tipo? La palabra empleada, «la cosa», se asociaba en Bird a «el monstruo»; las espinas de semejante palabra le rasguñaban el plexo solar. Al presentarse había dicho: «Soy el padre», y los doctores habían hecho una mueca. Porque en sus oídos quizá sonó algo muy diferente: *Soy el padre del monstruo*.

Enseguida el director dominó la risita y recuperó su dignidad melancólica. Pero conservó el tono rosáceo en los párpados y mejillas. Bird apartó la mirada, luchando contra un repentino torbellino de rabia y miedo. Luego dijo:

—¿Qué es lo que resulta tan sorprendente?

-¿Se refiere a la apariencia, al aspecto que tiene? Pues, verá usted..., parece que tuviera dos cabezas. ¿Conoce la obra de Josef Wagner *Bajo la doble águila*?... De todos modos, impresiona.

El director estuvo a punto de comenzar otra vez con su risita, pero se contuvo justo a tiempo.

-Entonces ¿es algo así como los siameses? -preguntó Bird con timidez.

-En absoluto. Tan sólo parece que tuviera dos cabezas... ¿Quiere verle ahora?

-Pero, en términos médicos... —titubeó Bird.

-Lo llamamos hernia cerebral. El cerebro asoma por una abertura en el cráneo. Fundé este hospital cuando me casé y desde entonces nunca había visto un caso semejante. Es sumamente raro. Puedo asegurarle que me ha sorprendido.

Hernia cerebral. Bird buscó mentalmente una imagen concreta, algo, pero no encontró nada.

-¿Hay alguna esperanza de que se desarrolle con normalidad? —preguntó aturdido.

—¡Con normalidad! —La voz del director se elevó como si se hubiera enfadado—. ¡Estamos hablando de una hernia cerebral! Se podría abrir el cráneo y meter dentro el cerebro, pero incluso así, y con suerte, sólo conseguiríamos una especie de ser humano vegetal. ¿A qué se refiere usted al decir «normalidad»?

El director movió la cabeza y miró a los doctores jóvenes como consternado ante la insensatez de Bird. El doctor del ojo de vidrio en seguida asintió con la cabeza. Lo mismo hizo el otro, un hombre taciturno, recubierto desde la frente ancha hasta la garganta por la misma piel cetrina e inexpresiva. Ambos miraron severamente a Bird, como catedráticos que desaprueban el bajo rendimiento de un examinado en una prueba oral.

—¿Morirá en seguida? —preguntó Bird.

-No apresure los acontecimientos. Tal vez mañana, o quizá no tan pronto. Es un crío muy vigoroso —observó el director desde un punto de vista clínico—. Pues bien, ¿qué quiere usted hacer?

Desconcertado, Bird permaneció en silencio. ¿Qué demonios *podía* hacer? Primero te llevan a un callejón sin salida y luego te preguntan qué quieres hacer. Ese hombre parecía un ajedrecista malvado. ¿Qué *debería* hacer? ¿Hincarse de rodillas y llorar a gritos?

—Si usted lo acepta, puedo hacer que trasladen al bebé al hospital de la Universidad Nacional... Si usted lo acepta.

El ofrecimiento sonó como un acertijo con trampa incorporada. Se esforzó por ver más allá del laberinto, pero no lo consiguió. Sólo se reservó una vana cautela.

—Si no hay otra alternativa...

—Ninguna otra —cortó el director—. Pero le quedará la satisfacción de saber que hizo todo lo posible.

—¿No podríamos dejarle aquí?

Todos se volvieron hacia quien había formulado la abrupta pregunta: la suegra de Bird permanecía sentada e inmóvil, como la ventrílocua más fúnebre del mundo. El director la observó como el tasador que fija un precio. Cuando habló, fue tan evidente que intentaba protegerse a sí mismo, que resultó casi grotesco:

—¡Imposible! Se trata de una hernia cerebral. ¡Completamente descartado!

La mujer escuchó, sin moverse y con la boca todavía oculta bajo la manga del kimono.

-Lo llevaremos al otro hospital -afirmó Bird.

El director aprovechó la decisión de Bird para desplegar sus numerosos y complicados conocimientos administrativos. Cuando los dos subalternos se marcharon con órdenes de establecer contactos con el hospital universitario y disponer lo necesario para conseguir una ambulancia, el director volvió a llenar su pipa y, como si se hubiera librado de un fatigoso peso, dijo aliviado:

-Haré que un miembro del equipo vaya en la ambulancia. Así estará usted tranquilo de que el bebé llegará sano.

-Gracias.

—Sería mejor que su suegra permaneciera aquí con su esposa. Y usted, ¿por qué no vuelve a casa y se cambia de ropa? La ambulancia no estará preparada hasta dentro de veinte minutos.

—Eso haré —dijo Bird.

El director se le acercó y, con excesiva confianza, le susurró como contándole un chiste verde:

-Por supuesto, usted puede negarse a que le operen, si así lo prefiere.

Pobrecillo, pensó Bird, la primera persona que mi bebé encontró en el mundo tuvo que ser este doctor peludo y rechoncho como un cerdo.

Pero Bird seguía aturcido: su ira y su tristeza estallaron como una burbuja en el instante mismo de su cristalización.

Bird, su suegra y el director caminaron en grupo hasta la sala de espera, al lado de la entrada del hospital, en silencio y evitando mirarse a la cara. En la entrada, Bird se volvió para despedirse. Su suegra le devolvió la mirada con ojos tan parecidos a los de su esposa que bien podían haber sido hermanas. La mujer intentaba decirle algo. Bird esperó. Pero ella no hacía más que mirarle en silencio, contrayendo los ojos oscuros hasta vaciarlos de toda expresión. Bird percibía su desconcierto: como si estuviera de pie, desnuda y avergonzada, en una calle pública. Pero ¿qué podía hacerla sentir tan avergonzada como para apagarle los ojos e incluso la piel del rostro? Bird apartó la mirada antes que ella, y preguntó al director:

—¿Es niño o niña?

La pregunta le cogió desprevenido y nuevamente se le escapó aquella risita curiosa.

—Vamos a ver... No lo recuerdo exactamente, pero tengo la impresión de que lo vi, claro que sí... Tiene pene -dijo como si fuera un joven interno.

Bird salió solo. Ya no llovía y el viento empezaba a amainar. Las nubes aparecían brillantes y secas. El capullo de penumbras de la madrugada se había convertido en una mañana radiante, y en el aire se notaba un olor agradable, típico de comienzos de verano. Todos los músculos y órganos de su cuerpo se distendieron. En el hospital se mantenía una suavidad nocturna, pero ahora, la luz matinal reflejada en el pavimento húmedo y en los árboles frondosos se clavaba como carámbanos en sus ojos desprevenidos. Pedalear en bicicleta hacia la luz era como estar suspendido en un trampolín: Bird se sentía separado de la certidumbre de la tierra, aislado, entumecido, como un indefenso insecto atrapado por una araña.

Puedes conducir esta bicicleta hasta un paraje desconocido y atiborrarte de alcohol durante cien días. Bird escuchó esta dudosa revelación. Y mientras se dejaba ir calle abajo, bañado por la luz de la mañana, esperó a que la voz volviera a hablar. Pero sólo hubo silencio. Como aletargado, comenzó a pedalear...

Bird estaba inclinado hacia delante en la cocina-comedor, intentando alcanzar la ropa interior limpia puesta sobre el televisor, cuando se dio cuenta de que estaba desnudo. Instantáneamente, como persiguiendo con la mirada a un ratón que huye, miró hacia abajo, a sus genitales: el fuego de la vergüenza le quemó. Se vistió a toda prisa. En ese momento, Bird era un eslabón en la cadena de vergüenzas que conectaba con la de su suegra y la del director. El cuerpo humano, imperfecto, frágil, a expensas del peligro, le hacía ruborizarse. Bird salió temblando del apartamento, con la cabeza gacha, y huyó escaleras abajo, huyó a través del vestíbulo y huyó en su bicicleta de todo lo que quedaba a sus espaldas. Si fuera posible, hubiera querido huir de su propio cuerpo. A toda velocidad en la bicicleta, le pareció que así huía de su cuerpo más lejos de lo que hubiera hecho a

pie.

Cuando Bird entró en el sendero de acceso al hospital, un hombre vestido de blanco bajaba a toda prisa las escalinatas llevando algo que parecía una cesta de heno y se abría paso entre la gente hasta la parte posterior de una ambulancia. La parte suave y blanda de Bird, la parte que quería escapar, intentó ver la escena como si ocurriera en un lugar lejano y no tuviera relación con él, tan sólo una persona que había salido a dar un paseo matinal. Pero Bird no pudo hacer más que avanzar, luchando como un topo que horadara un muro de barro imaginario, a través de una resistencia fuerte y viscosa que le estorbaba.

Bird se apeó de la bicicleta y mientras sujetaba una cadena alrededor de la rueda delantera, una voz enérgica le sobresaltó:

-¡No puede dejar ahí esa bicicleta!

Se dio la vuelta y buscó con la mirada hasta encontrar los ojos reprobadores del director rechoncho y peludo. Luego llevó la bicicleta hasta unos arbustos. Las gotas de lluvia arracimadas en las hojas de fatsia le mojaron el cuello y resbalaron espaldas abajo. En general, Bird tenía un carácter susceptible, pero esta vez ni siquiera chasqueó la lengua en señal de irritación. Lo que le ocurriera de aquí en adelante parecía formar parte de un designio inevitable.

Regresó de entre los arbustos con los zapatos embarrados. El director parecía algo arrepentido de su anterior brusquedad. Rodeó a Bird con un brazo corto y grueso, le condujo hacia la ambulancia y, como si le revelara un maravilloso secreto, le dijo con énfasis:

-¡Sí que *es* niño! ¡Sabía que había visto un pene!

El doctor de un solo ojo y un anestesista estaban sentados en la ambulancia, con una cesta y un cilindro de oxígeno entre ellos. La espalda del anestesista ocultaba el contenido de la cesta. Pero el débil siseo del oxígeno, que parecía la señal de un transmisor secreto, daba a entender que *aquello* vivía. Bird se acomodó en una banqueta frente a ellos y observó a través de la ventanilla. Se estremeció: desde cada una de las ventanas del segundo piso, e incluso desde el balcón, probablemente recién salidas de la cama, con las caras recién lavadas brillando, blancas, al sol de la mañana, un grupo de mujeres embarazadas miraban a Bird. Todas vestían ligeros camisones de fibra sintética, rojos o azulados. Las que estaban en el balcón, con los camisones ondeando alrededor de los tobillos, parecían ángeles danzando en el aire. Bird vio angustia en sus rostros, expectación, júbilo. Y bajó la mirada. La sirena comenzó a sonar y la ambulancia se puso en movimiento. Bird apoyó los pies con firmeza para no resbalar de la banqueta, y pensó en la sirena. Hasta ahora, las sirenas siempre habían sido objetos en movimiento que pasaban a toda velocidad. Sin embargo, ahora Bird llevaba una sirena adherida al cuerpo como una enfermedad: esta sirena nunca se alejaría.

-Todo va bien -dijo el doctor del ojo de vidrio, dándose la vuelta para mirar a Bird. Daba la impresión de poseer una autoridad serena pero incontestable, y, bajo sus efectos, Bird comenzó a derretirse como manteca.

—Gracias —musitó. Su pasividad, propia de un perro derrotado, borró los vestigios de duda del ojo bueno del doctor, que a continuación utilizó toda su autoridad.

—Es un caso muy raro, sin duda. También para mí es la primera vez. -Reafirmó sus palabras con un movimiento de cabeza y luego se sentó junto a Bird, sin preocuparse de que la banqueta fuera incómoda e inestable.

-¿Es usted especialista en enfermedades cerebrales? -preguntó Bird.

-Soy obstetra. En nuestro hospital no hay especialistas en cerebro. Pero los síntomas son clarísimos: una hernia cerebral, sin la menor duda. Desde luego, sabríamos algo más si hubiésemos extraído un poco de líquido espinal de la protuberancia craneal. Pero hay riesgo de perforar el cráneo y entonces sí que habría problemas. Por eso le llevamos al hospital universitario sin tocarlo. Soy obstetra, pero me considero afortunado de haber encontrado un caso así... Espero poder presenciar la autopsia. Dará su consentimiento para la autopsia, ¿no? Probablemente en este momento le apene hablar de autopsia, pero, en fin, mírelo desde este punto de vista: el progreso de

la medicina es acumulativo. La autopsia de su hijo puede permitirnos saber lo necesario para salvar al próximo bebé con hernia cerebral. Además, si me permite ser sincero, creo que el bebé estará mejor muerto, y lo mismo le ocurrirá a usted y a su mujer. Algunas personas son extrañamente optimistas en este tipo de casos, pero créame, cuanto antes muera el niño mejor para todos. No lo sé, quizá sea la diferencia de generaciones. Yo nací en 1935. ¿Y usted?

—Más o menos por la misma época —respondió Bird, incapaz de convertir con rapidez el calendario occidental [En Japón, es habitual contabilizar los años según el tiempo de reinado de cada emperador. Por ejemplo, 1987 es el año Showa (era del emperador actual) 62, ya que este reinado comenzó en 1925. (*N. de la T.*)] —. Me pregunto si sufrirá.

-¿Quién? ¿Nuestra generación?

-El bebé.

—Depende de lo que usted entienda por sufrimiento. Quiero decir que el bebé no ve ni oye ni huele. Y apuesto a que los nervios del dolor tampoco le funcionan. Es como dijo el director, ¿lo recuerda?, una especie de vegetal. ¿Usted cree que los vegetales sufren?

¿Creo que los vegetales sufren? Bird se interrogó en silencio. ¿Alguna vez pensé que una col podía sentir dolor mientras una cabra la masticaba?

-¿Usted cree que un bebé vegetal puede sufrir? -insistió el doctor confanzudamente.

Bird sacudió la cabeza en actitud sumisa, como significando que el problema superaba la capacidad de su cerebro aletargado, pese a que él no hubiera cedido jamás ante un recién conocido sin intentar cierta resistencia...

-El oxígeno no va bien -informó el anestesista.

El doctor se puso de pie y se dio la vuelta para controlar el tubo de goma. Bird vio por primera vez a su hijo.

Un bebé feo, de cara apretada, colorada, llena de arrugas y residuos de grasa. Tenía los ojos completamente cerrados, como las conchas de un bivalvo, y unos tubos de goma penetraban por las fosas nasales; la boca permanecía abierta en un grito mudo, y podía verse la mucosa interior, color perla rosáceo. Bird se levantó a medias de la banqueta y logró ver la cabeza vendada. Bajo el vendaje, el cráneo estaba recubierto de algodón ensangrentado. Pero no había manera de ocultar que allí había algo anormal.

Bird apartó la mirada y se sentó. Apretó la cara contra el cristal de la ventanilla y vio cómo se alejaban de la ciudad. Los peatones, alarmados por la sirena, se quedaban mirando con curiosidad y expectación la ambulancia, tal como habían hecho los ángeles embarazados. Daban la impresión de haberse detenido en medio de un movimiento, como un fotograma inmóvil: vislumbraban un fallo infinitesimal en la superficie plana de la vida cotidiana y eso les inspiraba un candido respeto.

Mi hijo tiene la cabeza vendada como Apollinaire cuando fue herido en el campo de batalla. Mi hijo fue herido en un campo de batalla oscuro y silencioso que nunca he visto, como Apollinaire, y ahora grita sin sonidos...

De pronto, Bird comenzó a llorar. La cabeza vendada, como Apollinaire: la imagen simplificó y orientó sus sentimientos. Se dio cuenta de que estaba convirtiéndose en una gelatina sentimental; pero al mismo tiempo se sentía justificado: incluso descubrió cierta dulzura en las lágrimas.

Como Apollinaire, mi hijo fue herido en un campo de batalla oscuro y silencioso que no conozco, y ha llegado con la cabeza vendada. Tendré que enterrarlo como a un soldado muerto en combate.

Bird continuó llorando.

CAPÍTULO III

Bird estaba en la escalera, frente a la unidad de cuidados intensivos, luchando contra la fatiga que sentía desde que se le secaran las lágrimas, cuando de pronto el doctor de un solo ojo salió de la sala con aspecto aturdido. Bird se puso de pie.

—¡Este hospital es tan burocrático que ni las enfermeras escuchan lo que se les dice! —dijo el doctor.

El hombre había sufrido un cambio sorprendente, había perdido su aire de autoridad y su voz sonaba preocupada.

—Tengo una carta de presentación de nuestro director para un profesor que trabaja aquí. Son parientes por alguna parte, pero ni siquiera consigo averiguar dónde está.

Bird comprendió el repentino abatimiento del doctor. Aquí, en esta sala, trataban a todos como a novatos y el joven médico comenzaba a dudar de su propia importancia.

—¿Y el bebé? —preguntó Bird, sorprendiéndose del tono autoritario de su propia voz.

-¿El bebé? ¡Ah, sí! Sabremos la situación exacta cuando el cirujano acabe su examen..., si el niño dura lo suficiente. En caso contrario, la autopsia revelará datos más precisos. Dudo de que el crío resista hasta mañana. En cualquier caso, usted podría pasarse por aquí mañana por la tarde, alrededor de las tres. Pero le advierto que aquí la burocracia es reina y señora... ¡Incluso en las enfermeras!

Como decidido a no escuchar más preguntas, el doctor se alejó. Bird lo siguió como una lavandera, apretando contra su costado la cesta vacía del bebé. En el pasillo que conducía al ala principal se les unieron el conductor de la ambulancia y el anestesista, que enseguida advirtieron que el doctor había perdido su anterior jovialidad. Ellos tampoco conservaban su aire de dignidad, el que habían manifestado mientras la ambulancia atravesaba a toda velocidad el corazón de la ciudad, con la sirena abierta y saltándose los semáforos. Vistos desde atrás, los dos bomberos [En Japón, los servicios de transporte de enfermos de urgencia están a cargo del cuerpo de bomberos. (*N. de la T.*)] parecían gemelos. Ya no eran jóvenes, y su estatura y constitución física era media. Los dos estaban quedándose calvos por el mismo lado.

El médico tuerto no les prestaba atención. Bird preguntó al anestesista:

—Con respecto a la ambulancia... ¿pueden usar la sirena para saltarse los semáforos también en el camino de regreso?

—*¿En el camino de regreso!*

Los dos bomberos repitieron la pregunta al unísono, intercambiaron una mirada con los rostros encendidos como borrachos y soltaron una carcajada que dilató las aletas de sus narices. Bird se sintió molesto tanto por la estupidez de su pregunta como por la respuesta obtenida. Su malestar estaba relacionado, a través de un delgado tubo, con el tanque de ira, inmensa y oscura, comprimida dentro de él. Una ira que no lograba liberar había crecido en su interior desde la madrugada, cada vez más intensa.

Pero ahora los dos hombres parecieron sosegar, como si lamentaran haberse reído de un joven padre desafortunado. Su evidente aflicción aplacó la ira de Bird. Incluso le remordió la conciencia. ¿Acaso no había sido él mismo el promotor de la situación, con una pregunta absurda y fuera de lugar? ¿Y esa pregunta acaso no había salido de un cerebro, el suyo propio, avinagrado por la pena y la falta de sueño?

Bird miró el capacho del bebé que llevaba bajo el brazo.

Ahora era como un agujero vacío que hubiera surgido en vano. En el capacho sólo quedaba una sábana doblada, un poco de algodón y un rollo de gasa. La sangre que había en el algodón y la gasa, aunque conservaba el rojo intenso, ya no evocaba la imagen del bebé con la cabeza vendada, inhalando oxígeno por los tubos de goma aplicados a su nariz. Bird ni siquiera lograba recordar con precisión lo grotesco de la cabeza del bebé, ni el débil destello de la película de grasa que le recubría su piel. Incluso ahora, el bebé se alejaba de él a toda velocidad. Bird experimentó una mezcla de alivio culpable y temor infinito. Pensó: Muy pronto le olvidaré por completo. Una vida procedente de la oscuridad eterna y que se mantuvo latente durante diez meses de existencia fetal, [En Japón, el período de embarazo se considera como de diez meses. (*N. de la T.*)] saboreó algunas horas de cruel incomodidad y volvió a descender a la oscuridad, definitiva y permanente. Tal vez le olvide enseguida. Pero cuando llegue mi hora final quizá le recuerde, y si al recordarle aumentan mi agonía y mi temor a la muerte, habré cumplido una pequeña parte de mis obligaciones como padre.

Llegaron a la entrada principal del ala central. Los dos bomberos corrieron en dirección al aparcamiento. Como su profesión los mantenía siempre relacionados con emergencias, el correr sin aliento debía de representar su actitud normal ante la vida. Cruzaron la resplandeciente plaza de cemento a toda prisa, como perseguidos por un demonio hambriento. Entretanto, el doctor de un solo ojo telefoneó a su hospital desde una cabina y habló con el director. Le explicó la situación en pocas palabras. La suegra de Bird se puso luego al teléfono.

-Es su suegra -le dijo el doctor, dándose la vuelta—. ¿Quiere hablar con ella?

¡Mierda, no!, hubiera deseado gritar Bird. Desde las frecuentes conversaciones telefónicas de la noche anterior, el sonido de la voz de su suegra le acosaba como el zumbido inevitable del mosquito, provocándole una sensación de amenaza. Bird cogió el auricular con displicencia.

-El especialista de cerebro todavía no ha efectuado su examen. Tengo que volver aquí mañana por la tarde.

-Pero ¿con qué objeto? ¿Qué esperas conseguir? -La suegra preguntó con un tono de voz como considerándole responsable directo de la desgracia.

— *Tiene* objeto, porque resulta que el bebé sigue vivo —dijo Bird, y esperó a que la mujer le replicase.

Pero ella calló. Sólo se oía el sonido débil de una respiración dificultosa.

—Voy hacia allá y se lo explicaré todo —dijo Bird y se dispuso a colgar el auricular.

—¡No! Por favor, no vengas —exclamó ella, y enseguida agregó—: Mi hija cree que has llevado al bebé a una clínica del corazón. Si vienes ahora, sospechará. Sería mejor que vinieras mañana, cuando ya esté más tranquila, y le dijeras que el bebé murió del corazón. Contacta conmigo sólo por teléfono.

Bird estuvo de acuerdo.

-Entonces iré a la universidad y le explicaré a su esposo lo ocurrido -empezó a decir cuando oyó que del otro lado colgaban el auricular.

De modo que a la mujer también le molestaba la voz de su yerno. Bird colgó y recogió la cesta del bebé. El doctor de un solo ojo ya estaba en la ambulancia. Bird colocó la cesta sobre la camilla y dijo:

-Gracias por todo. Creo que regresaré por mi cuenta.

-¿Volverá solo a casa? -preguntó el doctor.

-Sí —respondió Bird, queriendo significar «*me voy yo solo*».

Tenía que informar a su suegro acerca de las circunstancias del nacimiento. Después le quedaría tiempo libre. En comparación con regresar junto a su suegra y su esposa, una visita al profesor se le aparecía como una promesa de auto-salvación.

El doctor cerró la puerta y la ambulancia se alejó como un vehículo normal, respetando el límite de velocidad y con la sirena apagada. Bird atisbó que el doctor y el anestésista se acercaban al conductor, seguramente para chismorrear sobre él y su bebé. Pero no le importó. La conversación con su suegra le había proporcionado un inesperado tiempo para él mismo, para pasarlo como le

apeteciera. Esa idea le refrescó el cerebro.

Comenzó a cruzar la plaza del hospital, ancha y larga como un campo de fútbol. A mitad de camino, se dio la vuelta y contempló el edificio donde acababa de abandonar a su primer hijo, un bebé al borde de la muerte. El edificio era gigantesco, de aspecto altanero, como una fortaleza. Brillante a la luz del sol de comienzos de verano, hacía que el bebé que gemía en alguno de sus rincones pareciera más insignificante que un grano de arena.

¿Qué ocurrirá si, *efectivamente*, vuelvo mañana? Podría extraviarme en el laberinto de esa fortaleza, vagar aturdido por pasillos y escaleras. Quizá no encontraría nunca a mi bebé moribundo, o tal vez ya muerto. Esta idea apartó todavía más a Bird de su infortunio. Atravesó el portal de entrada y se alejó calle abajo.

Media mañana: las horas más estimulantes de un día a principios de verano. La brisa le hacía recordar las excursiones escolares, y sintió que las mejillas y los lóbulos de las orejas se le estremecían de placer. Alejadas de cualquier restricción consciente, las neuronas de su piel absorbían la dulzura de la estación y la hora. Y al poco una sensación de liberación alcanzó la superficie de su conciencia.

Antes que nada me lavaré y afeitaré. Bird entró en la primera peluquería que encontró. Y el peluquero le condujo al sillón como a un cliente cualquiera, sin advertir ninguna señal de desgracia. Convirtiéndose en la persona que veía el peluquero, Bird lograría escapar de su tristeza y aprensión. Cerró los ojos. Una toalla caliente y pesada, con olor a desinfectante, bañó en vapor sus mejillas y su mandíbula. Cuando niño, Bird había oído un *Rakugo* sobre una peluquería: el joven peluquero tiene una toalla endiabladamente caliente, demasiado caliente para enfriarla en las manos o incluso para sujetarla, así que la arroja, tal y como está, sobre la cara del cliente. Desde entonces, Bird no podía contener la sonrisa cuando cubrían su rostro con una toalla caliente. Incluso ahora sonreía. Algo intolerable. Bird se estremeció y borró la sonrisa. Pensó en el bebé. La sonrisa había delatado su culpabilidad.

La muerte de un bebé vegetal. Contempló la desgracia de su hijo desde el ángulo más doloroso. La muerte de un bebé vegetal, que sólo tiene funciones vegetativas, no iba acompañada de sufrimiento. Muy bien, pero ¿qué significa la muerte para un bebé así? ¿O la vida? El germen de una existencia aparece sobre una llanura de nada extendida durante millones de años, y allí crece durante diez meses. Evidentemente, un feto no tiene conciencia; tan sólo se acurruca formando una bola y existe en un mundo oscuro y mucoso. Luego sale peligrosamente al mundo exterior, donde todo es duro, frío, estridente, seco y de un fulgor impetuoso. Un mundo que el bebé no puede abarcar por entero y se ve obligado a vivir con numerosos entes extraños. Pero, para un bebé vegetal, esa estancia en el mundo exterior sólo consiste en unas pocas horas de sufrimiento incomprensible. A continuación, el instante de sofocación y, una vez más, vuelve a ser la fina arena de la nada en la llanura que abarca infinitos años. ¿Y si en realidad existía un juicio final? ¿En qué categoría de los Muertos podría emplazarse, juzgarse y sentenciarse a un bebé vegetal muerto a poco de nacer? ¿Acaso las pruebas no resultarían insuficientes para cualquier juez? ¡Pruebas totalmente irrelevantes!, pensó Bird sofocándose. Podrían llamarme como testigo y ni siquiera sería capaz de identificar a mi propio hijo, a no ser por la protuberancia de la cabeza. Bird sintió un dolor agudo en el labio superior.

-¡Estése quieto, por favor! Le he cortado -siseó el peluquero con voz serena, mientras posaba la navaja cerca de la nariz de Bird y le contemplaba.

Bird se tocó el corte y la sangre le provocó una náusea. Su sangre era tipo A, como la de su mujer. Probablemente el litro de sangre que circulaba por el cuerpo de su bebé moribundo también era del tipo A. Bird cerró los ojos y el peluquero continuó rasurándolo.

-¿Querrá lavado de cabeza?

-No, así está bien.

—Tiene el cabello muy sucio y lleno de hierba —objetó el peluquero.

—Lo sé. Anoche me caí.

Bird se bajó del sillón y contempló su cara en un espejo reluciente. Efectivamente su cabello tenía aspecto enmarañado y quebradizo, pero su cara brillaba rozagante y fresca como el vientre de una trucha arco iris. Si sus ojos color pegamento recuperasen su brillo, los párpados consiguieran aflojar la tensión y los labios cesaran de crispase, Bird tendría aspecto más joven y vivaz.

Detenerse en una peluquería había sido una buena idea. Bird estaba complacido. Por lo menos había introducido un elemento positivo en su equilibrio psicológico, que desde el amanecer se había inclinado hacia lo negativo. Le echó un vistazo a la sangre coagulada en el corte bajo la nariz y salió a la calle. Cuando llegara a la universidad, seguramente habría desaparecido el fulgor de sus mejillas, pero de todos modos no daría a su suegro la sensación de un pobre y ridículo hombre atribulado. Mientras buscaba la parada del autobús, recordó el dinero extra que desde ayer llevaba en el bolsillo, y llamó a un taxi.

Se apeó del taxi en medio de una muchedumbre de estudiantes que transitaban por el portal principal. Iban a comer: eran las doce y cinco. En el campus preguntó a un estudiante corpulento cómo llegar al departamento de inglés. Y le sorprendió que el estudiante sonriera y dijese con cierta nostalgia:

—¡Sí que ha pasado mucho tiempo, profesor!

Bird continuaba atónito.

—Fui alumno suyo en la academia preuniversitaria. Como en las universidades estatales no hubo caso, mi padre donó algo de dinero aquí y así pude entrar, por la puerta trasera.

-De modo que ahora estudias aquí -dijo Bird aliviado, recordando quién era el muchacho.

Aunque no era mal parecido, tenía ojos como platos y nariz bulbosa como las ilustraciones de los campesinos alemanes en los cuentos de hadas de Grimm.

—Parece que la academia preuniversitaria no te ha servido de gran cosa -dijo Bird.

-¡Por el contrario, profesor! Estudiar nunca comporta pérdidas. Aunque uno no recuerde nada, el estudio es el estudio.

Bird intuyó cierto aire burlón y le miró ceñudamente. Pero el estudiante sólo intentaba demostrarle simpatía. Bird lo recordaba claramente: en una clase muy numerosa, este chico había destacado por su inocultable estupidez. Y precisamente por ello era capaz de contar simple y jovialmente que había ingresado en una universidad privada de segunda categoría por la puerta trasera, y de expresarle gratitud por unas clases que no le habían servido de nada. El resto de los alumnos hubieran intentado evitar a su instructor preuniversitario.

-Con lo cara que resulta nuestra enseñanza, es un alivio escuchar lo que dices.

-Cada céntimo estuvo bien gastado. ¿Darás clases aquí?

Bird negó con la cabeza.

-Pues... -Con tacto, el estudiante cambió de tema-. Permítame acompañarle hasta el departamento de inglés. Es por aquí. Le aseguro, profesor, que los estudios que realicé en la academia preuniversitaria no se han perdido. Lo tengo todo en algún lugar de la cabeza, como un depósito nutritivo. Algún día esos conocimientos me serán útiles. Hay que saber esperar el futuro. ¿Acaso no es eso el estudio, en definitiva, profesor?

Detrás de su antiguo alumno, tan optimista e ingenuo, Bird atravesó un sendero rodeado de árboles frondosos hasta un edificio de ladrillos ocre rojizo.

-Es en el tercer piso, en la parte posterior. Cuando ingresé aquí me sentía tan contento que exploré todas las dependencias, y ahora las conozco como a la palma de mi mano -dijo el muchacho con orgullo, y se rió de sí mismo con evidente ironía-. Lo que digo suena muy simple, ¿no?

—En absoluto; no tan simple.

-Pues bien, ya nos veremos, profesor. Y cuídese, se le ve un poco pálido.

Mientras subía las escaleras, Bird pensó: Ese chaval manejará su vida adulta mil veces mejor que yo. Seguro que no dejará morir bebés de hernias cerebrales. ¡Vaya extraño moralista que he tenido en clase!

Bird se asomó a la oficina del departamento de inglés y localizó a su suegro. Permanecía

repantigado en una mecedora de roble, en un balcón pequeño, observando la luz proveniente de una claraboya. La oficina parecía una sala de conferencias y era mucho más amplia que la de la universidad en donde se graduara Bird. Su suegro decía a menudo irónicamente que el trato que recibía en esta universidad privada, incluida la mecedora, era mucho mejor que el que solían dispensarle en la Universidad Nacional. Bird comprobó ahora que no se trataba de un chiste.

Sentados a una gran mesa cerca de la puerta, tres jóvenes profesores adjuntos de caras rojizas tomaban café. Bird los conocía de vista: habían estado entre los mejores estudiantes de la promoción universitaria anterior a la suya. Si no hubiera sido por la etapa de la borrachera y su abandono del curso de posgrado, sin duda se hubiera lanzado en pos de sus carreras.

Bird llamó en la puerta abierta, entró en la habitación y saludó a los tres asistentes. Luego cruzó la sala en dirección al balcón. Su suegro se giró y le vio acercarse, con la cabeza hacia atrás y sin dejar de balancearse en la mecedora. Los asistentes también le observaron, con sonrisas idénticas, sin ningún significado concreto. Pese a que consideraban a Bird un fenómeno poco común, era alguien de fuera y, por tanto, no merecía que se le tomara en cuenta. Un personaje extraño y peculiar que se había ido de juerga sin ningún motivo y acabó abandonando la escuela de licenciados; más o menos eso era Bird para ellos.

-¡Profesor! -dijo Bird, dejándose llevar por la costumbre adquirida antes de casarse con la hija del viejo.

Su suegro le indicó una silla giratoria de largos posabrazos.

-¿Ha nacido el bebé? -preguntó.

-Sí, ha nacido... -Bird hizo un gesto de desaliento y comprobó que la voz se le apagaba. Entonces se obligó a decirlo todo de un tirón: Tiene una hernia cerebral y el doctor dice que morirá mañana o pasado mañana. La madre está bien.

La mecedora estaba apoyada contra la pared y el profesor no pudo girar por completo su cuerpo, de modo que quedó en una posición oblicua a Bird. Su rostro, que evocaba la majestuosidad de un león de tez dorada y cabellera plateada, en un instante adquirió una tonalidad bermellón. Incluso las bolas blandas bajo los párpados inferiores refulgieron, como si la sangre se escurriera por ellas. Bird también sintió que el color le subía a la cara. Una vez más se dio cuenta de lo solo y desamparado que estaba desde el amanecer.

-¡Una hernia cerebral! ¿Has visto al bebé?

Bird advirtió un cierto parecido con la voz de su mujer, incluso en la ligera carraspera del profesor. Eso hizo que la echara de menos.

—Sí. Tiene la cabeza vendada, como Apollinaire.

-La cabeza vendada como Apollinaire... -El profesor repitió las palabras para sí mismo, como si estuviera recordando el punto culminante de alguna broma. Cuando habló, a Bird le pareció que se dirigía más a los tres asistentes que a él mismo—: En esta época que nos ha tocado, resulta difícil afirmar que haber vivido es mejor que no haberlo hecho.

Los tres jóvenes rieron con moderación. Bird se dio la vuelta y los miró fijamente. Ellos también lo miraron, como queriendo significar que no les extrañaba en absoluto que alguien tan raro como Bird se hubiese topado con un accidente inaudito. Incómodo, Bird bajó la mirada hasta sus zapatos embarrados.

—Le llamaré cuando todo haya terminado —dijo finalmente.

El profesor se meció de manera casi imperceptible y no respondió. A Bird se le ocurrió que tal vez ahora su suegro no sentía la satisfacción que solía producirle el balanceo de la mecedora.

Bird permaneció en silencio. Sentía que ya había dicho todo lo que tenía que decir. ¿Sería capaz de hacerlo con tanta claridad y sencillez cuando llegara el momento de comunicárselo a su esposa? Probablemente no. Habría lágrimas, preguntas, sensación de futilidad al hablar a toda prisa, la garganta le dolería y la cabeza se le embotaría.

-Será mejor que regrese. Todavía restan papeles por firmar en el hospital -dijo Bird, por último.

-Muy amable de tu parte el haber venido.

El profesor continuó en la mecedora. Bird se alegró de no tener que quedarse más y se puso en pie.

—En ese escritorio hay una botella de whisky —dijo el profesor-. Llévatela.

Bird se puso rígido y supo que los ojos de los tres asistentes permanecían expectantes. Debían de conocer tan bien como su suegro la interminable y desastrosa borrachera de Bird. Dudando, recordó una frase del libro de texto en inglés que leía a sus alumnos. Un joven norteamericano decía, enfadado: *Are you kidding me? Are you looking for a fight?*

No obstante, Bird se inclinó hacia delante, abrió la parte superior del escritorio y cogió la botella de Johnny Walker. Se ruborizó, y sin embargo experimentó un júbilo febril. Era como pedirle a un hombre que pisoteara un crucifijo para probar que no era cristiano. Pues bien, ¿no le verían dudar!

-Gracias -dijo Bird.

Los tres asistentes se relajaron. El profesor movió la mecedora lentamente hasta la posición inicial; la cabeza erguida, el rostro todavía escarlata y lánguido. Bird echó un vistazo a los asistentes, hizo una fugaz reverencia y salió de la habitación.

Escaleras abajo y mientras atravesaba el patio de piedra, así la botella con prudente firmeza, como si fuera una granada. El resto del día le pertenecía. Sus pensamientos se entrecruzaban con la imagen del Johnny Walker y presentía el éxtasis y el peligro.

Mañana o pasado mañana, o quizá tras una semana de largas, cuando mi mujer se entere de la tragedia, quedaremos presos en una mazmorra de neurosis. Por tanto, afirmaba Bird ante la voz aprensiva que burbujeaba en su interior, tengo todo el derecho a gozar de una botella de whisky y de unas horas de esparcimiento. La voz interior retrocedió. ¡Así está bien! ¡A beber! Sólo eran las doce y media del mediodía. En principio, pensó en regresar al apartamento y beber en su estudio. Pero no era buena idea: si regresaba, la anciana casera y sus amigos lo acorralarían, por teléfono o personalmente. Además, en cuanto entrara en el dormitorio, la cuna de esmalte blanco le destrozaría los nervios como un tiburón rechinando los dientes. Bird descartó la idea. ¿Y si se escondiera en cualquier hotelucho donde sólo hubiera desconocidos? Pero la posibilidad de emborracharse encerrado en una habitación de hotel le atemorizó. Observó al jovial escocés, de gran zancada y vestido de chaqué, que recorría la etiqueta de la botella. ¿Adonde iría tan de prisa? De pronto, Bird recordó a una vieja amiga. En invierno y verano se pasaba el día tumbada en su habitación a oscuras, planteándose cuestiones metafísicas y fumando un cigarrillo tras otro, hasta que sobre su cama se formaba una nube de humo. Nunca salía de su casa hasta después del anochecer.

Bird se detuvo a esperar un taxi justo frente a los portales de la universidad. Vio a su antiguo alumno sentado a una mesa con algunos amigos en la cafetería al otro lado de la calle. El estudiante le reconoció enseguida y, como un cachorro afectuoso, le hizo gestos amistosos. Sus acompañantes también contemplaron a Bird con una curiosidad indefinida y adormecida. ¿Qué diría a sus amigos sobre Bird? ¿Que era un instructor de inglés que se había alcoholizado al máximo para poder abandonar sus estudios de posgrado, un hombre dominado por una pasión inexplicable o un temor demencial?

El estudiante siguió sonriéndole hasta que Bird estuvo dentro de un taxi. Mientras se alejaba, sintió como si hubiera recibido una limosna. ¡Una limosna de un zopenco que jamás había distinguido un gerundio de un participio pasivo, un antiguo alumno cuyo cerebro no era más grande que el de un gato!

Bird explicó al conductor cómo llegar a la casa de su amiga, en una de las muchas colinas de la ciudad, en un barrio rodeado de templos y cementerios. La muchacha vivía sola en una casita al final de un callejón. Bird la había conocido durante un ejercicio de presentación en su clase, durante el mes de mayo, [Los cursos escolares en Japón comienzan en abril, o sea que mayo es todavía la época de presentación entre estudiantes. (*N. de la T.*)] el primer año de su carrera. Cuando le tocó a ella ponerse en pie y presentarse, desafió a la clase a que adivinara el origen de su nombre poco frecuente, Himiko -es decir, criatura que ve el fuego-. Bird respondió acertadamente que provenía de las Crónicas de la antigua provincia de Higo: «El emperador ordenó a sus remeros: Allí a lo lejos

brilla una señal de fuego; dirígote a ella de inmediato». A partir de entonces, Bird e Himiko, de la isla de Kyushu, se hicieron amigos.

En la universidad de Bird había pocas chicas, tan sólo un puñado en la facultad de literatura, venidas a Tokio desde provincias. Y todas ellas, por lo que Bird sabía, se habían transformado en monstruos inclasificables poco después de su graduación. Cierta porción de sus células cerebrales fueron desarrollándose en exceso, arracimándose y anudándose hasta que las muchachas comenzaron a moverse con indolencia y a tener aspecto sombrío y melancólico. Por último, la fatalidad las incapacitó para llevar vida cotidiana de posgraduadas normales. Si se casaban, se divorciaban al poco; si se empleaban, las despedían enseguida; y las que se dedicaban a viajar sufrían absurdos y espantosos accidentes automovilísticos. Las graduadas de universidades femeninas se adaptaron con júbilo a sus nuevas vidas profesionales. ¿Por qué sólo mis compañeras de universidad fracasaron?, se preguntó Bird. Himiko, poco después de graduarse, se había casado con un licenciado. Pese a que no hubo divorcio, un año después de la boda su marido se suicidó. El suegro de Himiko le regaló la casa donde vivía la pareja, y todavía le proporcionaba, cada mes, el dinero necesario para cubrir sus gastos. Tenía la esperanza de que Himiko volviera a casarse, pero de momento ella ocupaba sus días en la meditación metafísica y por las noches recorría la ciudad en un coche deportivo.

Bird había oído rumores acerca de que Himiko era una aventurera sexual. Algunas habladoras incluso atribuían el suicidio de su esposo a tales desviaciones y aberraciones eróticas. Bird sólo había dormido en una ocasión con ella, pero ambos estaban terriblemente borrachos y ni siquiera tenía la certeza de haber llegado a la copulación. Había ocurrido mucho antes del desafortunado matrimonio de Himiko, y aunque se le notaba un ardiente deseo y una búsqueda del placer, en esa época sólo era una colegiala inexperta.

Bird se apeó del taxi a la entrada del callejón de Himiko. Calculó rápidamente cuánto dinero le quedaba en la cartera. A la mañana siguiente debería solicitar un anticipo en la academia donde trabajaba.

Metió la botella de whisky en el bolsillo de la chaqueta y avanzó por el callejón precipitadamente. Como todo el vecindario conocería las excentricidades de Himiko, era probable que desde las ventanas se observara con discreción a los visitantes.

Pulsó el timbre de la puerta. No hubo respuesta. Golpeó con los dedos y llamó a la chica suavemente. Luego caminó por el flanco de la casa hasta la parte trasera y vio un polvoriento MG de segunda mano aparcado bajo la ventana de Himiko. El coche parecía abandonado hacía mucho tiempo. Pero era una prueba de que la chica estaba en casa. Apoyó uno de sus zapatos embarrados sobre el parachoques abollado y descansó un momento. El MG escarlata se meció con suavidad, como una barca. Volvió a llamar a Himiko y miró hacia la ventana con cortinas del dormitorio. Un ojo le observaba desde donde las cortinas se juntaban. Bird dejó de sacudir el MG y sonrió: siempre podía comportarse con naturalidad ante Himiko.

-¡Vaya! Pero si es Bird...

La voz, apagada por la cortina y el cristal, sonó como un suspiro débil, tonto.

Bird supo al instante que había encontrado el sitio ideal para destapar una botella de Johnny Walker en pleno día. Sintiendo más aliviado, regresó al frente de la casa.

CAPÍTULO IV

-Espero no haberte despertado -dijo Bird cuando Himiko abrió la puerta.

-¿Despertarme? ¿A estas horas? -replicó burlonamente.

Himiko alzó una mano para protegerse del sol de mediodía. La luz a espaldas de Bird le caía impetuosamente sobre el cuello y los hombros que su bata de algodón violeta dejaban al descubierto. El abuelo de Himiko había sido un pescador de Kyushu que tomó por esposa, o, mejor dicho, raptó a una muchacha rusa de Vladivostok. Ello explicaba la blancura de la piel de Himiko. Además, en su forma de moverse algo sugería la confusión del inmigrante que nunca consigue sentirse cómodo del todo en su nuevo país.

Himiko frunció el entrecejo ante la luz y dio un paso atrás, en dirección a la sombra del interior, con la presteza de una gallina. Se encontraba en la breve etapa de las mujeres que dejan atrás la vulnerable belleza de las jóvenes y se acercan a la plenitud de la madurez. Himiko era una mujer que probablemente pasaría mucho tiempo en ese estado intermedio.

Bird entró rápidamente y cerró la puerta. Por un instante, cegado por la repentina oscuridad, el reducido espacio del vestíbulo le hizo sentirse como en el interior de una jaula para transporte de animales. Parpadeó con rapidez mientras se quitaba los zapatos. Himiko daba vueltas en la oscuridad a sus espaldas, observando.

-No me gusta molestar a la gente cuando duerme -se disculpó Bird.

—¡Qué remilgado estás hoy, Bird! No estaba durmiendo. Si duermo durante el día ya no puedo hacerlo por la noche. Estaba meditando sobre el universo pluralista.

¿El universo pluralista? De acuerdo, pensó Bird, podremos discutirlo con un whisky de por medio. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, olfateó a su alrededor como un sabueso, y siguió a Himiko al interior de la casa. En la sala de estar parecía de noche: la penumbra era profunda y estática; y el aire, húmedo y turbio como el lecho de paja donde reposa el ganado enfermo. Bird miró de soslayo la vieja pero firme silla de caña en la que siempre se sentaba, y se ubicó en ella con cuidado tras apartar algunas revistas. Hasta después de ducharse, vestirse y maquillarse, Himiko no encendería las luces ni, desde luego, abriría las cortinas. Habría que esperar con paciencia, a oscuras. En su última visita, un año atrás, Bird había pisado un bol de cristal y se había cortado el dedo gordo de un pie. Al recordar el dolor y el pánico que había sentido, se estremeció.

Le resultó difícil poner la botella en algún sitio: una elaborada confusión de libros y revistas, cajas y botellas vacías, conchillas, cuchillos, tijeras, flores marchitas y ramas secas, especímenes de insectos, cartas viejas y recientes, cubrían no sólo el suelo y la mesa, sino también la estantería baja para libros junto a la ventana, el gramófono y el televisor. Bird titubeó. Luego hizo un poco de espacio en el suelo y depositó el Johnny Walker entre sus tobillos. Desde la puerta, Himiko dijo a modo de saludo:

-Todavía no he aprendido a ser ordenada, Bird. ¿Estaba todo así la última vez que estuviste aquí?

-Claro que sí. ¡Si hasta me corté el dedo gordo de un pie!

-Sí, ahora lo recuerdo. Alrededor de la silla todo el suelo estaba manchado de sangre. Ocurrió hace siglos, Bird. Pero todo sigue igual por aquí. Y tú, ¿qué tal?

-Pues, verás, he sufrido una especie de accidente.

-¿Accidente?

Bird titubeó. No había pensado en soltarlo tan de repente.

—Tuvimos un niño... pero murió casi enseguida —simplificó.

—¿De verdad? Conozco a dos personas que les ha sucedido lo mismo. Contigo ahora son tres. ¿Crees que la precipitación radiactiva en la atmósfera pueda tener algo que ver?

Bird trató de comparar al bebé, que parecía de dos cabezas, con las imágenes que recordaba sobre las mutaciones producidas por la radiactividad. Pero sólo de pensar en la anormalidad de su hijo, sentía en la garganta el calor de una extrema vergüenza personal. ¡Cómo iba a discutir su desgracia con otras personas si le era inherente a sí mismo! Le parecía que nunca podría compartir su problema con el resto de la humanidad.

—En el caso de mi hijo, aparentemente sólo fue un accidente.

—¡Qué experiencia terrible, Bird! —exclamó Himiko, y lo miró con una expresión en los ojos que parecía nublar sus párpados con tinta negra.

Bird no hizo caso del mensaje oculto en esos ojos. Por el contrario, levantó la botella de Johnny Walker.

-Buscaba un sitio en donde beber y pensé que no te importaría, aunque fuese en pleno día. ¿Bebes conmigo?

Bird advirtió que estaba lisonjeando a su amiga como cualquier joven y desvergonzado chulo. Pero así solían comportarse con Himiko los hombres que ella conocía. Su esposo, más abiertamente que Bird o sus demás amigos, se comportaba con ella como si fuese su hermano menor. Y de pronto, una mañana, se había ahorcado.

-Veo que la tragedia todavía está contigo, Bird. Aún no te has recuperado. Está bien, no preguntaré nada más al respecto.

—Supongo que es lo mejor. De todas maneras, hay poco más que contar.

—¿Tomamos una copa?

-De acuerdo.

—Quiero ducharme; pero empieza tú, Bird. En la cocina encontrarás vasos.

Himiko desapareció en el cuarto de baño y Bird se puso de pie. La cocina y el baño compartían un espacio retorcido al final del vestíbulo, estrecho como un compartimiento de cochecama en un tren. Saltó por encima de la bata y la ropa interior que Himiko acababa de tirar en el suelo, y entró en la cocina. Al regresar con una jarra de agua y vasos, se le ocurrió fisgonear por la puerta de cristal abierta del cuarto de baño, más oscuro aún que el vestíbulo. Vio a Himiko duchándose: con la mano izquierda levantada como queriendo detener el agua de la ducha, y la derecha apoyada en el vientre, la chica se miraba por sobre el hombro derecho las nalgas y la pantorrilla derecha ligeramente arqueada. Bird le vio la espalda, las nalgas y las piernas. La imagen le provocó una repugnancia irreprimible: se le puso carne de gallina. De puntillas, escapó hacia su silla de caña. No sabía desde cuándo, pero había logrado dominar el asco juvenil y la angustia que le producía la visión de un cuerpo desnudo. Sin embargo, ahora volvía a despertar en él. Y tenía la sensación de que el pulpo de la repugnancia extendería sus tentáculos incluso cuando regresara junto a su mujer, que ahora yacía en la cama de un hospital y pensaba que el bebé *se había ido con su padre a otro hospital porque tenía el corazón débil*. Esa sensación, ¿duraría mucho?, ¿se agudizaría?

Bird se sirvió una copa. El brazo le temblaba: el vaso castañeteó contra la botella como una rata enfadada. Frunció el entrecejo y bebió. ¡Cómo quemaba! La tos lo sacudió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero la flecha del placer ardiente traspasó de inmediato su estómago, y Bird dejó de temblar. Eructó con sabor a fresas salvajes, se secó los labios con el dorso de la mano y volvió a llenar el vaso, esta vez con pulso firme. ¿Durante cuántos miles de horas había evitado el whisky? Sintiendo una animosidad general, vació su segundo vaso. En esta ocasión no le quemó la garganta, ni tosió, ni sus ojos lagrimearon. Levantó la botella y observó la imagen de la etiqueta. Suspiró extasiado y bebió un tercer vaso.

Cuando Himiko regresó, Bird comenzaba a sentirse borracho. Ante el cuerpo de Himiko, el asco renació pero el veneno del alcohol amortiguó sus efectos. Además, el vestido de punto negro que llevaba reducía la amenaza de la carne que ocultaba. Después de peinarse, Himiko encendió las

luces. Bird hizo sitio en la mesa y le sirvió whisky y un vaso con agua. Himiko se sentó en una gran silla de madera tallada y se arregló el vestido para no dejar su piel al descubierto más de lo necesario. Bird lo agradeció mentalmente. Aunque la iba superando poco a poco, su repugnancia todavía persistía.

—De todos modos —dijo Bird y vació su vaso.

-De todos modos.

Himiko frunció el labio inferior, como un orangután que prueba un sabor nuevo, y bebió un sorbito de whisky.

Permanecieron sentados, entretejiendo el aire con sus alientos alcohólicos, y se miraron por primera vez a los ojos. Recién salida de la ducha, Himiko no era fea. Se apreciaba tanta diferencia entre la Himiko que le recibiera en la puerta y ésta, como entre una madre y una hija. Bird se sentía contento. A la edad de Himiko todavía se producían estos renacimientos tan sorprendentes.

-Mientras me duchaba recordé un poema. ¿Lo recuerdas?

Himiko susurró un verso de un poema inglés como si fuera un hechizo. Bird escuchó y le pidió que volviera a recitarlo.

—*Sooner murder an infant in its cradle than nurse unacted desires.*

-Pero no es posible asesinar a todos los bebés en la cuna —dijo Bird—. ¿Quién es el autor?

-William Blake. ¿Recuerdas que mi tesis fue sobre él?

—Tienes razón.

Bird giró la cabeza y descubrió una reproducción de Blake en la pared contigua a la habitación. Había visto la pintura muchas veces pero nunca le había prestado atención. Ahora observó lo extraña que era. Una plaza pública rodeada de edificios estilo Oriente Medio. A lo lejos se elevaban un par de pirámides estilizadas: debía de ser en Egipto. La tenue luz del amanecer bañaba la escena. ¿O sería el crepúsculo? Tendido en la plaza, como un pez con el vientre desgarrado, estaba el cadáver de un hombre joven. Junto a él, angustiada, estaba su madre rodeada de un grupo de ancianos con lámparas y mujeres meciendo bebés. Pero lo más impresionante del cuadro era la presencia dominante de un ser gigantesco que, por encima de las cabezas, arremetía contra la plaza con los brazos extendidos. ¿Sería una presencia humana? El cuerpo musculoso estaba recubierto de escamas; los ojos, llenos de dolor y amargura; la boca, hundida en el rostro tan profundamente como una boca de salamandra. ¿Sería un demonio? ¿Un dios? La criatura parecía elevarse hasta la turbulencia del cielo nocturno, mientras ardía en las llamas de sus propias escamas.

-¿Qué hace? ¿Son escamas o es una cota de malla estilo caballero medieval?

-Creo que son escamas -dijo Himiko—. Es la Peste, que intenta aniquilar a los primogénitos de Egipto.

Bird sabía poco acerca de la Biblia. Tal vez fuese una escena del Éxodo. De todos modos, los ojos y la boca de la criatura resultaban tremendamente grotescos. Pena, temor, sorpresa, fatiga, soledad..., incluso un atisbo de risa manaban ilimitadamente de los ojos negros como el carbón y de la boca de salamandra.

-¿No es encantador? -preguntó Himiko.

-¿El hombre de las escamas?

-Por supuesto. Y me agrada imaginar cómo me sentiría si fuese el espíritu de la Peste.

—Probablemente tan mal que tus ojos y tu boca empezarían a parecerse a los de él. —Bird echó un vistazo a la boca de Himiko.

—Da miedo. ¿A que sí? Siempre que pienso en algo que me atemoriza, imagino que sería mucho peor si yo estuviera aterrorizando a alguien. Así obtengo cierta compensación psicológica. ¿Crees que alguna vez le has producido a otra persona tanto miedo como el que has sentido en tu vida?

-No lo sé. Tendría que pensarlo.

—Probablemente no sea algo para meditar.

—Pues entonces supongo que nunca he asustado realmente a nadie.

—Muy bien. Pero ¿no te parece una experiencia que tarde o temprano tendrás? —La voz de

Himiko adoptó un tono cauteloso y profético a la vez.

—Supongo que asesinar a un bebé en su cuna aterrorizaría a cualquiera, incluso a ti.

Bird llenó los vasos. Apuró su whisky de un trago y volvió a llenar el vaso. Himiko no bebía con tanta celeridad.

-¿Qué te ocurre? -preguntó Bird.

-Nada, sólo que luego tendré que conducir. ¿Alguna vez te he llevado en mi coche, Bird?

-Creo que no. Tendremos que hacerlo un día de éstos.

-Ven cualquier noche y te llevaré. De día es peligroso por el tráfico. Mis reflejos funcionan mejor durante la noche. Ya sabes, durante el día...

-¿Por eso permaneces encerrada y pensando todo el día? Llevas la vida de un auténtico filósofo; un filósofo que corre por ahí en un M G escarlata a medianoche. No está mal, ¿sabes? Por cierto, ¿qué es eso del universo pluralista?

Bird observó con ligera satisfacción cómo el rostro de Himiko se contraía de placer. Así la compensaba por lo intempestivo de su visita y por todo lo que pensaba beber. Aparte de él, poca gente prestaría atención a las fantasías de Himiko.

-En este preciso momento, ambos estamos sentados y conversando en una habitación que forma parte de lo que se denomina mundo real -comenzó la chica.

Bird se acomodó para escucharla, sosteniendo cuidadosamente el vaso lleno de whisky en su mano, como un crío haría con su juguete preferido.

-Bueno, resulta que tú y yo también existimos, bajo diversas formas, en numerosos universos diferentes. ¡Ahora mismo! Podemos recordar varias ocasiones, en el pasado, cuando las oportunidades de vivir o morir se equilibraban. Por ejemplo, de niña enfermé de fiebre tifoidea y estuve a punto de morir. Recuerdo perfectamente el momento cuando llegué a la encrucijada: podía descender hacia la muerte o escalar la ladera de la recuperación. Naturalmente, la Himiko que ahora está contigo escogió el segundo camino. ¡Pero en ese mismo instante otra Himiko escogió el primer camino, hacia la muerte! Y un universo de personas que conservan un fugaz recuerdo de la Himiko que murió se puso en movimiento en torno a mi cadáver. ¿Entiendes, Bird? Cada vez que te encuentras en una encrucijada entre la vida y la muerte, se abren ante ti dos universos: uno pierde toda relación contigo porque te mueres, el otro la mantiene porque en él sobrevives. Como si te desnudaras, abandonas el universo donde sólo existes como cadáver y pasas al universo en donde sigues vivo. En otras palabras, en torno a cada uno de nosotros surgen varios universos, tal como las ramas y las hojas se bifurcan y se alejan del tronco.

»Este tipo de división celular universal también se produjo cuando mi esposo se suicidó. Yo lo sobreviví en el universo en el que murió, pero en otro universo, donde sigue viviendo sin haberse suicidado, otra Himiko vive con él. El mundo que un hombre deja atrás cuando muere muy joven, y el mundo en el que se libra de la muerte, siguen coexistiendo... Los mundos que nos contienen se multiplican continuamente. Esto es lo que quiero decir cuando hablo de universo pluralista.

»¿Y sabes una cosa, Bird? No tienes que estar tan apenado por la muerte del bebé. Porque ahora vive en otro universo, en el que tú eres un joven padre borracho de felicidad y yo me siento feliz porque acabo de enterarme de la buena noticia y estamos brindando juntos. ¿Comprendes, Bird?

Mientras bebía whisky, Bird sonreía apaciblemente. El alcohol ya se había extendido por todo su cuerpo y estaba surtiendo efecto; la tensión entre su oscuridad interior y el mundo exterior se había equilibrado. Aunque Bird sabía que tal sensación no duraría mucho.

-Bird, tal vez no lo entiendas por completo, pero ¿comprendes al menos la idea general? En tus veintisiete años de vida debes de recordar momentos en los que te has hallado en una posición dudosa entre la vida y la muerte. Pues bien, en cada uno de esos momentos, has sobrevivido en un universo y has abandonado tus cadáveres en otro. ¿Bird? Tienes que recordar algunos de esos momentos.

-Sí que los recuerdo. Y según tu opinión, en cada ocasión he dejado atrás mi propio cadáver y he escapado a este universo.

—Exactamente.

¿Tendría razón Himiko?, se preguntaba Bird, soñoliento. ¿Habría dejado tras de sí a otro Bird, convertido en cadáver, en cada ocasión crítica? Y entonces, ¿habría numerosos Bird muertos en tantos otros universos? ¿Cuál de todos esos muertos sería el Bird más valioso? Algo era seguro: se trataría de otro, no del Bird que habitaba en este universo.

-¿Y hay una muerte definitiva? Cuando fallas intentando escapar a otro universo y finalmente mueres en este mundo, ¿significa la muerte en todos los demás?

-Supongo que sí. De lo contrario, viviríamos hasta el infinito al menos en un universo. Probablemente la muerte definitiva se produzca por vejez, después de los noventa. Así, todos vivimos en uno u otro universo hasta que morimos de vejez en nuestro último universo. Parece justo, ¿verdad, Bird?

De pronto, Bird lo comprendió todo y la interrumpió:

-Todavía te reprochas por el suicidio de tu esposo, ¿verdad? Y has inventado todo este enredo para quitarle a la muerte su carácter definitivo.

-Puedes creer lo que quieras. Mi vida, desde que él me abandonó en este universo, ha consistido en preguntarme por qué ha muerto... -La piel grisácea que rodeaba sus debilitados ojos se coloreó grotescamente-. Es una vida triste, pero la he aceptado. No evado mis responsabilidades, al menos no en este universo.

-No tengo intenciones de criticarte, Himiko, pero eso significa —Bird sonrió, procurando diluir el veneno de sus palabras— que intentas convertir en algo relativo la irrevocabilidad de la muerte de tu esposo. Te imaginas que hay otro universo en donde él continúa vivo. Pero no puedes convertir lo absoluto de la muerte en relativo, por más trucos psicológicos que emplees.

—Quizá tengas razón, Bird... ¿Puedo beber otro vaso de whisky, por favor? —dijo Himiko, con voz seca como si de pronto perdiera todo interés en su teoría del universo pluralista.

Bird llenó ambos vasos y rogó que Himiko olvidara pronto su crítica espontánea y que, al día siguiente, pudiera volver a soñar con su universo pluralista. Como un viajero en el tiempo que visitara un mundo diez mil años atrás, a Bird le aterrizzaba la idea de provocar cualquier desgracia en el presente. Esta sensación había crecido poco a poco en su interior desde que supo que su bebé era anormal. Ahora quería salir de este mundo por un tiempo, como el jugador que quiere abandonar la partida cuando tiene una mala racha.

En silencio, ambos intercambiaron sonrisas comprensivas y bebieron whisky como escarabajos sorbiendo savia. Los ruidos callejeros le sonaban a Bird como señales lejanas, sin un significado preciso. Se movió y bostezó, y sin motivo derramó una lágrima. Volvió a llenar su vaso y bebió a sorbos, como para asegurarse, en su alejamiento del mundo real...

-¿Bird?

Bird estaba a punto de dormirse y se sobresaltó. Abrió los ojos. Se daba cuenta de que se encontraba en la segunda etapa de su borrachera.

-¿Qué?

-Aquel abrigo de piel de ante que te dio tu tío... ¿Qué fue de él?

También Himiko, presa de la embriaguez, movió la lengua con lentitud y procuró pronunciar con exactitud. Su rostro era redondo y estaba enrojecido como un tomate.

-Hum..., no me acuerdo. Solía llevarlo durante mi primer año de universidad.

-Lo llevabas incluso durante el invierno de tu segundo año universitario...

Invierno... La palabra chapoteó en la piscina de la memoria de Bird, debilitada por la embriaguez.

-Es verdad... Lo extendí sobre el suelo húmedo del depósito de madera la noche en que hicimos el amor. No pude usarlo otra vez, el barro y las virutas lo dejaron imposible. En aquella época las tintorerías no limpiaban abrigos de piel de ante. Creo que lo arrumbé en un armario y más adelante lo tiré a la basura.

Mientras hablaba, Bird recordaba la noche oscura, en pleno invierno, y lo sucedido. Todo parecía

pertenecer a un pasado remoto. Era su segundo año de universidad. Por alguna razón, Bird e Himiko habían bebido juntos y estaban ebrios. Él la acompañó a su casa y la arrinconó en la oscuridad del depósito de madera detrás de la pensión en donde ella vivía. Quedaron muy juntos, tiritando de frío, y sus caricias fueron sencillas hasta que la mano de Bird tocó por azar la vagina de Himiko. Agitado, Bird empujó a Himiko contra la madera apilada junto a la cerca e intentó penetrarla. Ella hizo lo posible por colaborar, aunque de tanto en tanto se le escapaba una risilla sofocada. Ambos estaban excitados. Sin embargo, al darse cuenta de que no podía penetrarla de pie, Bird se sintió humillado y se obstinó aún más. Extendió el abrigo de piel de ante en el suelo y acostó a Himiko sobre él. Ella todavía seguía riendo. Era una muchacha alta, su cabeza y sus piernas descansaban sobre el suelo lleno de virutas. Al cabo de un rato, cesó la risilla y Bird supuso que estaba alcanzando el orgasmo. Pero cuando poco después se lo preguntó, Himiko contestó que tenía frío. Bird interrumpió el acto sexual.

—En esa época yo era un auténtico bárbaro —dijo Bird, reflexivo, como si fuese un viejo centenario.

—Yo también lo era.

—Me pregunto por qué nunca volvimos a intentarlo en cualquier otro sitio.

—Lo sucedido en el depósito de madera pareció tan casual que a la mañana siguiente tuve la sensación de que nunca podría repetirse.

—Sí, fue algo excepcional. Un accidente. Casi una violación —dijo Bird, sintiéndose incómodo.

—¿Casi? *Fue* una verdadera violación —corrigió Himiko.

—Pero ¿de verdad no sentiste placer alguno? Quiero decir, ¿no estuviste a punto de alcanzar el orgasmo? —preguntó Bird con cierto resentimiento en la voz.

—¿Qué esperabas?... Al fin y al cabo, era mi primera vez.

Bird contempló a Himiko, sorprendido. Sabía que ella no era capaz de mentir o bromear en estos asuntos. Atónito, se le escapó una risa breve. Himiko se contagiò y también rió.

—La vida está llena de sorpresas —dijo él, al tiempo que se ruborizaba.

—Bird, no te sientas agobiado. El hecho de que fuera mi primera relación sexual sólo me incumbe a mí... No tiene nada que ver contigo.

Bird llenó su vaso y bebió el whisky de una sola vez. Quería recordar con más precisión lo ocurrido en el depósito de madera. Su pene había sido rechazado una y otra vez por algo elástico y resistente, como un labio contraído. Pero él había supuesto que Himiko estaba tensa por el frío. ¿Y las manchas de sangre que encontró a la mañana siguiente en su camisa? ¿Por qué no sospeché entonces?, se preguntó. Y, como un capricho, el deseo le invadió. Bird se mordió los labios y cogió con firmeza su vaso. Sentía el deseo en lo más profundo de sí: un violento dolor y una aguda aprensión. El deseo que se parece al dolor y la angustia que experimenta un hombre durante un ataque cardíaco. Lo que Bird sentía ahora no era ese deseo exangüe, apenas un lunar sobre la cara laxa de la vida cotidiana, el punto opuesto al sueño africano que centelleaba en los cielos de su mente, que satisfacía una o dos veces por semana cuando penetraba a su mujer; no ese deseo doméstico que se hundía en el fango de la fatiga con un gruñido libidinoso y desganado. Este deseo no se podía mitigar aunque el coito se repitiera mil veces; era un deseo que sólo se podía satisfacer una vez: el que Bird pudo haber satisfecho una noche invernal en un depósito de madera, si hubiese tenido la certeza de que estaba violando a una virgen.

Bird acechó a Himiko con los ojos palpitantes, acalorado de whisky. Su cabeza se infló como un globo de sangre cálida. El humo del tabaco circulaba en la habitación como un cardumen de sardinas atrapadas. Himiko parecía ir a la deriva sobre un mar de niebla. Observaba a Bird con una sonrisa arrobada, simple, pero sus ojos no percibían nada. Se encontraba perdida en un sueño de whisky, y todo su cuerpo parecía más suave y redondeado, en especial su cara roja y ardiente. Apesadumbrado, Bird pensó: Si al menos pudiera repetir con Himiko la escena invernal de la violación nocturna. Pero sabía que no había posibilidad alguna. Si en alguna ocasión llegaban a repetirlo, el coito le recordaría el pene con aspecto de gorrión aplastado que había visto esa mañana

mientras se vestía, y también los genitales distendidos de su esposa contrayéndose lentamente tras la agonía del parto. El sexo, para Bird e Himiko, estaría vinculado a todas las miserias humanas, a las desgracias de la humanidad, tan terribles que quienes no las sufrían actuaban como si no existieran, comportamiento que se denominaba humanismo. ¿La sublimación del deseo? Todo lo contrario, significaría aniquilarlo por completo. Bird tragó el whisky y sus entrañas se estremecieron. Si quería recrear en su maravillosa tensión el momento sexual arruinado aquella noche invernal, probablemente no le quedaba más alternativa que estrangular a la muchacha. Matarla. Una profunda voz interior aleteó desde el deseo que anidaba en su cuerpo: *¡Mátala y copula con su cadáver!* Pero Bird sabía que, tal como se encontraba, jamás emprendería una cosa así. Me lamento porque acabo de enterarme de que aquella noche Himiko era virgen, pensó. Bird sintió desdén hacia su propia confusión e intentó sosegar. Pero el deseo ardiente, lleno de espinas como un erizo de mar, se negó a desaparecer. Si no puedes asesinarla y violar el cadáver, ¡busca algo que te permita experimentar una situación similar! Pero Bird permanecía indefenso, ignoraba todo lo referido a los peligros de la perversión. Bird bebió de su vaso como bebe agua el jugador de baloncesto que ha salido del campo por sus repetidos errores: malhumorado, desdeñoso y disgustado. Ahora el whisky había perdido su aroma y ardor, ni siquiera era amargo como al principio.

-Bird..., ¿siempre bebes el whisky así, como si fuera té? Yo ni siquiera podría hacerlo tan aprisa con té de verdad.

-Siempre lo hago así —masculló Bird.

-¿Incluso cuando estás con una mujer?

-¿Por qué lo preguntas?

-No creo que puedas satisfacer a una mujer después de beber de ese modo. Incluso a ti te costaría mucho alcanzar el orgasmo. Terminarías con el corazón agotado, como un nadador de fondo extenuado... Y dejando una nube de alcohol junto a la cabeza de la mujer.

—¿Estás pensando en irte a la cama conmigo?

—Has bebido demasiado. No tendría sentido para ninguno de los dos.

Bird se metió el dedo por un agujero en el bolsillo del pantalón y exploró algo tibio y suave: una cobaya tonta, adormecida. Y marchita. Totalmente opuesta al erizo de mar que llameaba en su pecho.

-Seguro que no puedes hacer nada, Bird.

-Tal vez no llegue a correrme, ¡pero sin duda podré comportarme como el Song Goku y empujarte por encima del muro!

-No es tan fácil, ¿sabes?..., que tenga un orgasmo. Bird, me parece que no recuerdas muy bien lo ocurrido en el suelo del depósito de madera. No tienes por qué recordarlo. Pero para mí representó un rito de iniciación. Un rito frío y sórdido, además de ridículo y patético. Desde entonces estoy corriendo una carrera de fondo, y todo ha sido una gran batalla, Bird.

—¿Te hice frígida?

—Si te refieres al orgasmo común, lo descubrí muy pronto con la colaboración de algunos compañeros de clase, casi antes de que se secara por completo el barro del depósito de madera que me quedó bajo las uñas. Pero desde entonces busco un orgasmo mejor, y luego otro mejor aún... ¡Como si estuviera subiendo una escalera!

—¿Eso es todo lo que has hecho desde que acabaste la universidad?

—Desde *antes* de graduarme. Ahora comprendo que ése ha sido mi verdadero trabajo desde mi época de estudiante.

-Deberás de estar harta de él.

—No, no es así, Bird. Cualquiera día te lo demostraré... a menos que el único recuerdo sexual que prefieras conservar de mí sea lo del depósito de madera.

—Y yo te enseñaré lo que he aprendido en mi propia carrera de fondo —dijo Bird—. Dejemos de picotearnos como un par de polluelos frustrados. ¡Vámonos a la cama!

-Has bebido demasiado, Bird.

-¿Crees que el pene es el único órgano relacionado con el sexo? Una exploradora que busca el orgasmo supremo debería saber que no es así.

-¿Utilizarás los dedos, entonces? ¿O los labios? ¿O tal vez algún miembro extravagante...? Lo siento, pero no me sirve. Se parecería demasiado a la masturbación.

-Sí que eres sincera -dijo Bird, sorprendido.

-En realidad, Bird, hoy no buscas nada sexual. Presiento que el sexo te daría asco. Supongamos que fuésemos a la cama; todo lo que lograrías sería arrodillarte entre mis piernas y vomitar. Tu repugnancia te abrumaría y embadurnarías mi vientre con whisky y bilis. En cierta ocasión me ocurrió, y fue espantoso.

—Supongo que a veces se aprende por experiencia. Tus observaciones son correctas —dijo Bird, abatido.

—No hay prisa —lo consoló Himiko.

-No, ninguna prisa. Me parece que ha pasado muchísimo tiempo desde la última vez que tuve que darme prisa. De joven siempre tenía prisa. Me pregunto por qué.

-Quizá porque se es niño durante muy poco tiempo. Quiero decir que crecemos tan rápido...

-Crecí muy rápido, es cierto. Y ahora tengo edad suficiente como para ser padre. Pero no la preparación; y no pude procrear un hijo normal. ¿Crees que alguna vez seré padre de un niño normal? No estoy seguro —dijo Bird con tono sentimental.

—Nadie está seguro de ese tipo de cosas, Bird. Cuando tu próximo bebé resulte totalmente sano, tendrás la certeza de ser un padre normal. Y sentirás seguridad también hacia el pasado.

—Te has vuelto sabia en las cosas de la vida. -Bird se sentía animado-. Himiko, quiero preguntarte...

La anémona del sueño lo envolvía en oleadas. Bird se dio cuenta de que no resistiría más de un minuto. Le echó un vistazo al vaso vacío que fluctuaba en su campo visual y sacudió la cabeza. Se preguntó si todavía podría beber, y decidió que no toleraría ni una gota más de whisky. El vaso se le escurrió entre los dedos y cayó al suelo.

-Himiko, quiero preguntarte algo -dijo Bird, mientras intentaba ponerse en pie-. ¿A qué tipo de mundo van los bebés cuando mueren?

—Quizá un mundo muy sencillo, Bird. Pero ¿por qué no aceptas mi universo pluralista? ¡Tu bebé vivirá hasta la madurez de los noventa en su último universo!

-Hum, hum -masculló Bird-. Bien. ¡Me voy a dormir, Himiko! ¿Ya es de noche? Compruébalo por la ventana, por favor.

-Todavía es de día, Bird. Si quieres dormir puedes utilizar mi cama. Yo me iré en cuanto anochezca.

-O sea, abandonas a un amigo en desgracia, te marchas en un coche deportivo escarlata y me dejas aquí.

—Cuando un amigo en desgracia está ebrio, lo mejor que puedes hacer es dejarlo en paz. De lo contrario, ambos podríamos lamentarlo más adelante.

—¡Tienes toda la razón! Dominas lo mejor de la sabiduría humana. ¿Por eso vas a toda velocidad en el MG hasta el amanecer?

-Algunas veces, Bird. Necesito hacer rondas... Como el personaje del cuento que hace dormir a los niños con su arena mágica, yo busco a los niños que no consiguen dormir.

Cuando Bird logró por fin levantarse de la silla, débil y pesado, pasó un brazo alrededor de los hombros robustos de Himiko y se encaminó al dormitorio. Se sentía como si fuese el cuerpo de otro hombre. Un enano alegre bailaba dentro del sol ardiente de su cabeza, desparramando polvo de luz como el hada de Peter Pan en la película de Disney. Bird rió, la alucinación le hacía cosquillas. Al derrumbarse sobre la cama alcanzó a exclamar:

-¡Himiko! ¡Eres como una dulce y comprensiva tía abuela!

Bird se durmió. En su sueño, un hombre cubierto de escamas se movía a través de una plaza

crepuscular. Tenía ojos oscuros y tristes, y una boca horrible como de salamandra. Pero enseguida le envolvió el remolino de un crepúsculo negro rojizo: el ruido de un coche deportivo alejándose. Un sueño profundo, completo.

Durante la noche Bird despertó dos veces. Himiko no estaba. Lo despertaron voces sofocadas y persistentes desde el exterior.

-¡Himiko! ¡Himiko!

La primera voz todavía tenía eco de adolescente. A la siguiente vez oyó la voz de un hombre de mediana edad. Saltó de la cama, separó las cortinas y espió al visitante nocturno. A la pálida luz de la luna vio a un caballero menudo vestido de esmoquin. Con su cabeza redonda, en forma de huevo, alzada hacia la ventana, el hombrecillo llamaba a Himiko con expresión sombría, como desconcertado y asqueado de sí mismo. Bird se dirigió a la habitación contigua en busca de la botella de whisky. Bebió de un trago lo que quedaba, se refugió nuevamente en la cama de su amiga y se durmió al instante.

CAPÍTULO V

El gemido invadió su sueño una y otra vez hasta que, a regañadientes, se despertó. Al principio pensó que él mismo había gemido; de hecho, al abrir los ojos, los numerosos demonios que se reproducían en su vientre perforaron sus entrañas con minúsculas flechas y le obligaron a suspirar de dolor. Pero ahora volvió a oír un gemido que no provenía de su garganta. Sin moverse, levantó sólo la cabeza y miró hacia abajo: Himiko dormía sobre el suelo, en el espacio que había entre la cama y el televisor. Y gemía como un animal poderoso, transmitiendo sonidos como señales del mundo de su sueño. Las señales indicaban temor.

Bird observó que el rostro joven, redondo y ceniciento de Himiko se endurecía, como dolorido, y luego se aflojaba en una expresión estúpida. La sábana se le había deslizado hasta la cintura. Bird le escudriñó el cuerpo. Tenía los pechos como hemisferios perfectos, pero le colgaban a ambos lados de forma poco natural, evitándose el uno al otro. La zona entre ambos era ancha, plana y algo sosa. Bird sintió que ese pecho inmaduro le era familiar: debía de haberlo visto aquella noche invernal en el depósito de madera. Sin embargo, los costados de Himiko y su prominente vientre, casi oculto bajo la sábana, no le producían nostalgia alguna. Podía percibirse un atisbo de la grasitud que la edad comenzaba a instalar en su cuerpo, pero eso pertenecía a una parte de la vida de Himiko que Bird ignoraba por completo. Probablemente esas raíces adiposas se extenderían como el fuego y modificarían por completo la forma de su cuerpo. Incluso sus pechos perderían la poca juventud y frescura que aún conservaban.

Himiko volvió a gemir y de pronto sus ojos se abrieron como sobresaltados. Bird simuló dormir. Cuando un minuto después abrió los ojos, Himiko dormía nuevamente. Ahora permanecía inmóvil como una momia, tapada hasta el cuello por las sábanas, sumida en un sueño tan silencioso e inexpresivo como el de un insecto. Seguramente había llegado a un acuerdo con los ogros que poblaban su sueño. Aliviado, Bird cerró los ojos y volvió a concentrarse en su estómago, que se comportaba como un chantajista amenazante. De pronto, el estómago se le hinchó hasta invadir todo su cuerpo y su conciencia. Algunos fragmentos de pensamiento pretendieron escapar hacia el centro de su cerebro: ¿cuándo había regresado Himiko? ¿Ya habrían llevado al bebé a la mesa de disección, con la cabeza vendada como Apollinaire? ¿Sería capaz de acabar la clase de hoy sin ningún contratiempo? Pero la presión ejercida por su estómago los desalojó uno a uno. Bird se sintió a punto de vomitar y el temor enfrió la piel de su cara.

¿Qué pensará de mí si vomito en la cama? En cierta ocasión, cuando era un buen hombre, le robé la virginidad mediante una especie de violación, a la intemperie, en pleno invierno, ¡y ni siquiera fui consciente de lo que hacía! Años después, vengo a pasar la noche en su habitación, me emborracho por completo y cuando despierto estoy a punto de vomitar en su cama. ¡Cómo se puede llegar a ser tan despreciable! Bird eructó varias veces y se incorporó en la cama, padeciendo un intenso dolor de cabeza. Le costó mucho alejarse de la cama pero, finalmente, logró encaminarse hacia el cuarto de baño. Comprobó sorprendido que sólo llevaba puesta la ropa interior.

Cuando cerró la puerta de cristal y estuvo recluido en el baño, vislumbró con satisfacción cierta posibilidad inesperada: quizá lograra vaciar su estómago sin que Himiko lo pillara. Si al menos pudiera vomitar con la delicadeza de un saltamontes...

De rodillas, apoyó los codos en la taza del retrete, bajó la cabeza y esperó, en actitud de piadosa oración, a que la tensión de su estómago explotara. Su rostro, antes frío por completo, ahora se sonrojaba de calor, y enseguida volvía a entumecerse y helarse. Visto desde su posición, el retrete

era una inmensa garganta blanca, con agua clara en su estrecho fondo.

La primera oleada de náusea lo golpeó. Bird emitió un sonido como un ladrido. El cuello estirado se le endureció y vomitó violentamente. Un líquido picante le llenó la nariz, y las lágrimas se le escurrieron hasta la porquería que tenía pegada alrededor de la boca. Sintió nuevas náuseas y vomitó débilmente los restos que le quedaban en el esófago. La cabeza le daba vueltas; era hora de darse un respiro momentáneo. Se enderezó como un fontanero tras realizar su trabajo, se secó la cara y se sonó la nariz ruidosamente. ¡Ah!, suspiró. Pero aún no había terminado. Una vez empezaba a vomitar, generalmente lo repetía al menos dos veces. Y la segunda vez tenía que valerse de los dedos en la garganta. Volvió a suspirar, previendo la agonía, y bajó la cabeza. El interior del water ofrecía un aspecto desolador. Bird cerró los ojos, asqueado. Buscó a tientas la cadena y tiró de ella. Cuando abrió los ojos, la gran garganta estaba nuevamente limpia, boquiabierta como antes. Bird se metió un dedo en su garganta y vomitó otra vez. Lamentos y lágrimas, chispas amarillas en su cabeza... Cuando terminó, se secó los dedos, las mejillas y la boca, y se desplomó contra el water. ¿Compensaría esto, por lo menos en parte, los sufrimientos del bebé?, se preguntó, y en seguida se ruborizó de su propia desvergüenza. No hay padecimiento más estéril que la agonía de una resaca: a través de él no puede expiarse el sufrimiento de ninguna persona.

No puedes ser tan cretino como para permitirte una compensación tan falsa, ni siquiera el tiempo que dure un parpadeo de tu cerebro, se amonestó Bird severamente. Sin embargo, el alivio que sentía después de vomitar y el relativo silencio momentáneo de los demonios en su estómago, le concedieron los primeros momentos tolerables del día. Hoy tenía que dictar una clase y luego probablemente rellenar impresos en el hospital, si el bebé ya había muerto. También tendría que contactar con su suegra para comunicarle la muerte del bebé y para decidir de común acuerdo cuándo convendría informar a su esposa. Sin duda, un programa abrumador. Y heme aquí, en el cuarto de baño de Himiko, desplomado contra el water y aturdido al máximo. ¡Qué historia más extraordinaria! Pese a ello, Bird no sentía temor ante una situación tan acuciante. Por el contrario, esta media hora de total irresponsabilidad tenía el dulce sabor de la autosalvación. Encogido sobre el suelo, consciente tan sólo del picor que sentía en la nariz y la garganta, Bird era como una especie de hermano del bebé al borde de la muerte. Mi única gracia es que no berreo a gritos como los recién nacidos, pero mi conducta es diez veces más lamentable...

De ser posible, Bird hubiese preferido arrojarse dentro del water cuando tiró de la cadena, y ser arrastrado al infierno de una cloaca. En vez de ello, escupió, se apartó trabajosamente del water y abrió la puerta de cristal. Casi había olvidado a Himiko, pero ahora vio que estaba totalmente despierta y seguramente intuyendo el ridículo drama desarrollado en el cuarto de baño y el silencio que le siguió. La muchacha continuaba acostada en el suelo, con los ojos abiertos e iluminada oblicuamente por un tenue rayo de luz que se filtraba por la ventana. Lo único que podía hacer era escurrirse hacia su ropa, que permanecía al pie de la cama. Mientras tanto, Himiko probablemente observaría su vientre flácido y sus muslos fibrosos.

—¿Me has oído vomitar como un perro? —preguntó con voz tímida.

-¿Como un perro? Los perros no suelen hacer semejante escándalo -respondió Himiko con voz soñolienta, mirando a Bird con sus apacibles ojos abiertos.

—Era un San Bernardo grande como una vaca —dijo Bird.

—Sonaba doloroso... ¿Has terminado?

—De momento, sí.

Bird se tambaleó en dirección a la cama y tropezó con las piernas de Himiko. Finalmente logró llegar hasta los pantalones y, mientras se los ponía, dijo:

—Creo que esta mañana volveré a tener náuseas. Siempre me sucede. Hacía tiempo que no bebía y que no tenía resaca. Así que probablemente ésta será la peor de mi vida. Ahora que lo pienso, me parece que sé el motivo de aquella borrachera interminable: intentaba curarme una resaca con un nuevo trago, y de ese modo caí en una infinita espiral alcohólica.

Bird trató de imprimir a sus palabras un aire burlón, pero terminó con una nota amarga imposible de ocultar.

-¿Por qué no vuelves a intentarlo?

-Hoy no puedo permitirme estar borracho.

-Un zumo de limón te reanimará. En la cocina encontrarás algunos limones.

Bird fue a la cocina. En el fregadero, bañados por un rayo de luz típico de la escuela flamenca - que penetraba a través de una ventana con vidrios mate-, una docena de limones brillaban tan intensamente que los nervios del estómago se le estremecieron.

—¿Siempre compras tantos limones?

Tras ponerse los pantalones y abotonarse la camisa, Bird había recuperado el dominio sobre sí mismo.

-Depende, Bird -respondió Himiko, indiferente a la pregunta.

Bird, otra vez sofocado, preguntó:

-¿A qué hora regresaste? ¿Toda la noche fuiste por ahí en ese MG?

Himiko no contestó y le miró con sorna. Bird agregó apresuradamente, como si tal información fuese crucial:

-En plena noche estuvieron aquí dos amigos tuyos. Uno parecía joven, y el otro un señor maduro con una cabeza como un huevo. Le vi pero no lo saludé.

—¿Saludarlo? Naturalmente que no tenías por qué saludarlo —dijo Himiko.

Bird miró su reloj de pulsera: eran las nueve. Su clase comenzaba a las diez. Un instructor de academia preuniversitaria que tuviera la valentía de quedarse en casa sin dar parte o de llegar retrasado a una clase, sin duda sería un hombre extraordinario. Bird no era ni tan intrépido ni tan tonto. Se anudó la corbata al tacto.

—Me he ido a la cama con ellos algunas veces. Creen que eso les da derecho a presentarse aquí en medio de la noche. El joven es un tipo raro; no le interesa especialmente dormir conmigo, pero sí estar presente cuando estoy en la cama con otro, por si lo necesitamos. Ya sabes, espera a que alguien esté conmigo para presentarse. ¡Y eso que los celos lo consumen!

-¿Le has brindado la oportunidad que está buscando?

-¡Desde luego que no! -replicó Himiko-. Ese chico tiene algo con los adultos. Si alguna vez te lo encuentras, haría lo imposible por complacerte. Tú has recibido esa clase de atenciones muchas veces. ¿Acaso no había chicos en los cursos inferiores que te adoraban? También los habrá en tus clases. Siempre he pensado que los chavales de esas características te considerarían un héroe.

Bird negó con la cabeza y entró en la cocina. Sintió frío en la planta de los pies y se dio cuenta de que todavía no se había puesto los calcetines. No le sería fácil: si contraía el estómago al agacharse por los calcetines, quizá vomitara nuevamente. Se estremeció. Pero era agradable sentir el suelo. Lo mismo que sujetar un limón bajo el grifo abierto. Escogió un limón grande, se hizo el zumo y lo bebió. Una sensación de alivio, que recordaba de otras ocasiones similares, fría y estimulante, le bajó desde la garganta hasta el estómago. Regresó al dormitorio en busca de los calcetines.

—Ese limón ha hecho un buen trabajo —le dijo a Himiko.

-Si vomitas otra vez, tendrá gusto a limón. Quizá te agrade.

-Gracias por alentarme.

Bird sintió que el alivio producido por el zumo se diluía como la niebla bajo el viento.

-¿Qué buscas? Pareces un oso persiguiendo un cangrejo.

-Mis calcetines -murmuró. Sus pies desnudos le parecían ridículos.

-Están dentro de tus zapatos. Los he puesto ahí.

Bird dirigió a Himiko, que yacía aún en el suelo envuelta en una manta, una mirada de duda. Supuso que se trataría de una costumbre de Himiko en cuanto sus amantes se acomodaban en la cama. Probablemente tomaba esa precaución para que ellos pudieran huir, descalzos y zapatos en mano, en caso de que se presentara un amante más grande y apasionado.

-Tengo que irme -dijo Bird-. Esta mañana tengo dos clases. Has sido muy amable.

—¿Volverás? Bird, es posible que nos necesitemos.

El grito de un mudo no hubiese dejado más atónito a Bird. Himiko lo miraba con sus gruesos párpados bajos y el ceño fruncido.

—Quizá tengas razón. Quizá nos necesitemos el uno al otro.

Como un explorador que atraviesa un terreno pantanoso, lleno de espinas, vegetación y alambradas, Bird se abrió camino medrosamente a través de la sala de estar en penumbra. Una vez en el vestíbulo, se inclinó y se calzó calcetines y zapatos a toda prisa, temeroso de una nueva náusea.

—Hasta pronto —dijo Bird—. Que duermas bien.

Himiko permaneció en silencio.

Bird salió afuera. Una mañana de verano, llena de luz tan acre como el vinagre. Al pasar junto al MG observó que la llave de encendido estaba puesta. Cualquiera día lo robarían. La idea lo entristeció. ¡Himiko! ¿Cómo una compañera de estudios diligente, cuidadosa y astuta, se había convertido en una persona tan desconcertante? Se había casado y al poco tiempo su joven esposo se había suicidado. Y ahora, tras la catarsis de conducir a toda velocidad en plena noche, tenía sueños que la hacían gemir de terror.

Bird pensó en retirar la llave. Pero si regresaba a la habitación donde su amiga yacía en la oscuridad, le resultaría muy difícil volver a salir. Bird desechó la idea y miró a su alrededor: en ese momento no había ladrones de coches en la vecindad, se consoló. En el suelo, junto a una de las ruedas, había una colilla de cigarro. Seguramente el hombre con cabeza de huevo la había arrojado allí. Sin duda habría muchas personas que querían cuidar de Himiko con más devoción y afecto que Bird.

Sacudió la cabeza bruscamente y aspiró hondo varias veces para defenderse del cangrejo de la resaca. Pero no pudo librarse de cierto sentimiento que le intimidaba, y abandonó el callejón radiante de luz con la cabeza gacha.

Logró alcanzar y atravesar con destreza el portal de la escuela. Primero fue la calle, luego el andén, por último el tren. Lo peor fue el tren, pero pese a su garganta reseca Bird sobrevivió a las vibraciones y al olor de los otros cuerpos. Bird era el único pasajero que sudaba, como si todo el calor del verano se hubiese aglutinado a su alrededor. Todas las personas que lo rozaban se giraban para observarlo con extrañeza. Bird sólo podía encogerse y, como un cerdo que se hubiese hartado a comer limones, exhalar aliento cítrico. Su mirada vagaba sin descanso por el vagón, buscando un sitio donde refugiarse en caso de que tuviera urgencia por vomitar.

Cuando finalmente llegó al portal de la escuela sin sentir náuseas, se sintió como un viejo soldado, agotado tras una larga retirada del frente. Pero todavía no había pasado lo peor. El enemigo había dado un rodeo y lo esperaba en la retaguardia.

Bird cogió un libro de lectura y una caja de tizas de su armario. Le echó un vistazo al *Concise Oxford Dictionary* que estaba en la parte superior de la estantería, pero hoy parecía demasiado pesado para llevarlo hasta la clase. Entre sus alumnos había varios que dominaban muy bien la dicción y la gramática, mejor incluso que él. Si tropezaba con alguna palabra desconocida o una frase difícil, tendría que recurrir a uno de ellos. Las cabezas de sus alumnos estaban tan llenas de conocimientos detallados y minuciosos que resultaban como almejas superdesarrolladas; en cuanto intentaban percibir un problema en su totalidad, el mecanismo se enredaba y atascaba. Por consiguiente, la tarea de Bird consistía en integrar y resumir el significado de todo un pasaje. Sin embargo, siempre le quedaba la duda de si sus clases servirían para algo en los exámenes de ingreso a la universidad.

Esperando evitar al jefe de su departamento —un licenciado por la Universidad de Michigan, bien parecido y de mirada aguda, surgido del selecto grupo de jóvenes que estudió en el extranjero-, Bird salió por una salita posterior, evitando el ascensor de la sala de profesores. Comenzó a subir por la escalera de caracol, pegada como la hiedra a la pared exterior. Sin atreverse a mirar hacia

abajo, a la perspectiva de la ciudad que se extendía a sus pies; soportando apenas la vibración de la escalera, como el balanceo de un barco, producida por los estudiantes que pasaban a su lado; pálido, sudoroso, jadeante, eructando cada poco. Bird subía tan despacio que los alumnos, sorprendidos por su propia rapidez, se detenían en seco y lo miraban a la cara, dudaban, y después proseguían su carrera, sacudiendo la escalera de hierro. Bird suspiró, la cabeza le flotaba, y se aferró a la barandilla metálica...

Finalmente llegó a lo alto de la escalera y sintió alivio. Entonces, un amigo que lo esperaba allí le llamó. Bird volvió a ponerse tenso. Se trataba de un colaborador en la organización de un grupo de estudio de lenguas eslavas, que Bird había formado junto a otros intérpretes. Pero como en ese momento ya tenía suficiente, jugando al gato y el ratón con su resaca, encontrarse con alguien imprevisto le resultaba un contratiempo insoluble. Se encerró en sí mismo como un molusco atacado.

—¡Hola, Bird! —exclamó su amigo. El apodo seguía vigente en cualquier situación, para amigos de todas clases—. Estoy llamándote desde anoche, pero no he podido localizarte. Así que se me ocurrió venir...

-¿Ah, sí? -dijo Bird con un tono poco sociable.

-¿Te has enterado del rumor sobre el señor Delchef?

-¿Rumor? -preguntó, con una vaga aprensión.

El señor Delchef era agregado en la legación diplomática de un pequeño país socialista de los Balcanes, y profesor del grupo de estudio.

-Parece que se ha ido a vivir con una muchacha japonesa y que no quiere volver a la legación. Dicen que ocurrió hace una semana. La legación quiere que todo quede en familia y ocuparse ellos mismos de que Delchef regrese, pero no conocen mucho de por aquí. La muchacha vive en el barrio más bajo de Shinjuku, una especie de laberinto. Nadie en la legación conoce el lugar como para encontrar allí a Delchef. Aquí entramos nosotros: han pedido ayuda al grupo de estudio. Desde luego, nosotros somos responsables en cierta forma...

-¿Responsables?

—El señor Delchef la conoció en aquel bar al que le llevamos después de una reunión, ¿lo recuerdas?, La Silla. -El amigo de Bird rió con disimulo—. ¿No te acuerdas de aquella chica menuda, extraña y pálida?

La recordó de inmediato: una chica menuda, extraña y pálida.

-Pero ella no hablaba inglés ni ninguna lengua eslava, y los conocimientos de japonés del señor Delchef son bastante precarios... ¿Cómo se entienden?

—Eso es lo peor de todo. ¿Cómo imaginas que han pasado una semana juntos? ¿Sin hablarse y cruzados de brazos?

El amigo pareció incómodo ante su propia insinuación.

—¿Qué sucederá si el señor Delchef no regresa a la legación? ¿Lo considerarán desertor o algo así?

—¡Puedes estar seguro de que sí!

—Realmente se está buscando problemas... —dijo Bird con displicencia.

—Pensamos convocar una reunión del grupo de estudio y analizar la situación. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—¿Esta noche? —Bird quedó desconcertado—. Yo... esta noche no puedo.

—De todos nosotros, tú eres el que mejor se entendía con el señor Delchef. Si decidimos que un representante del grupo vaya a verlo, esperábamos que fueras tú...

—Un representante... En cualquier caso, esta noche me es imposible —dijo Bird. Y se sintió obligado a agregar—: Hemos tenido un bebé, pero tiene algo mal. Se está muriendo...

-¡Dios mío! -exclamó el amigo, estremecido.

Por encima de sus cabezas comenzó a sonar una campana.

—Es espantoso, realmente espantoso. Mira, esta noche nos arreglaremos sin ti. Y procura que no

se lleve lo mejor de ti... ¿Tu esposa está bien?

—Sí, gracias.

—Cuando decidamos qué hacer con lo del señor Delchef, te avisaré. ¡Dios! Pareces agotado... ¡Cuídate!...

—Gracias.

Mientras observaba a su amigo bajar la escalera de caracol moviendo los hombros precipitadamente, como si estuviera escapando de algo, Bird sintió remordimiento por no haber mencionado su resaca. Luego entró en su clase y se enfrentó a cien caras tan grotescas como cabezas de moscas. Automáticamente bajó la cabeza. Enfiló hacia el atril, decidido a no mirar la cara de sus alumnos y sujetando el libro y las tizas contra el pecho, como si fueran armas para defenderse. ¡Ya era hora de iniciar la clase! Bird abrió el libro por la marca, en el pasaje donde quedarán la semana anterior. No tenía idea de lo que trataba. Comenzó a leer en voz alta y enseguida advirtió que era un texto de Hemingway. El libro de lectura incluía una extensa serie de pasajes breves de autores norteamericanos contemporáneos. Al jefe de departamento le gustaban y por eso lo había elegido, además de por las trampas gramaticales que contenía. ¡Hemingway! Bird se alegró. Le gustaba Hemingway, en especial *Las verdes colinas de África*, una de sus lecturas preferidas. El pasaje que ahora leía pertenecía a *Fiesta*, una escena próxima al final, en la que el héroe va a nadar al mar. Lo hace hasta más allá de la rompiente, zambulléndose de tanto en tanto, y cuando llega a mar abierto, donde el agua es serena, se pone de espaldas y flota. No ve más que cielo y no siente más que el movimiento de las olas que suben y bajan...

Bird sintió que en las profundidades de su cuerpo comenzaba una crisis irreprimible. La garganta se le secó y la lengua se le hinchó como si fuera un cuerpo extraño dentro de la boca. El líquido amniótico del temor lo empapó. Pero siguió leyendo, mientras atisbaba astuta y débilmente hacia la puerta, como una comadreja enferma. ¿Llegaría a tiempo si corría en esa dirección? Cuánto mejor sería poder superar la crisis sin necesidad de ello. Ansioso por apartar la mente del estómago, Bird intentó situar el párrafo que leía dentro de su contexto. El héroe permanece acostado en la playa y luego se da otro baño. Cuando regresa al hotel, hay un telegrama de su amante: se ha ido con un joven torero. Bird trató de recordar el telegrama: `COULD YOU COME HOTEL MONTANA MADRID AM RATHER IN TROUBLE BRETT`. [En inglés en el original japonés. `VEN POR FAVOR HOTEL MONTANA MADRID TENGO PROBLEMAS BRETT`. (*N. de la T.*)]

.Pues sí, sonaba bien; y lo recordó con facilidad. Es un buen presagio; de todos los telegramas que he leído, éste es el más interesante. Tendría que lograr eliminar las náuseas... Bird prosiguió su reconstrucción: el héroe se zambulle con los ojos abiertos en el océano y ve que algo fluye por el fondo. Si esto aparece en este pasaje, lograré terminar sin vomitar. Es un hechizo. Bird continuó: héroe salió del agua, regresé al hotel y recogí el siguiente telegrama. Tal como Bird lo recordaba: `COULD YOU COME HOTEL MONTANA MADRID AM RATHER IN TROUBLE BRETT`. Sin embargo, el héroe se había marchado de la playa y no se mencionaba ni una palabra sobre nadar con los ojos abiertos bajo el agua. Bird se sorprendió: ¿la habría confundido con otra novela de Hemingway? La duda rompió el hechizo y Bird perdió la voz. Su garganta se abrió en millones de grietas secas y la lengua se le hinchó desmesuradamente. Levantó la mirada hacia las cien caras como cabezas de moscas, y sonrió. Fueron cinco segundos de ridículo y desesperado silencio. A continuación, Bird se desplomó sobre sus rodillas, apoyó las manos sobre la madera del suelo y, con un gruñido, comenzó a vomitar. Lo hizo como un gato con náuseas, con el cuello tenso y separado de los hombros. Parecía un insignificante demonio retorciéndose bajo el pie de un enorme rey Deva. Bird esperaba que, al menos, su particular estilo de vomitar resultara gracioso, pero su actuación distaba mucho de ser divertida. Eso sí, cuando el vómito volvía a bajarle por la garganta, tenía un marcado gusto a limón, tal como había vaticinado Himiko. Como la violeta que florece en el muro del calabozo, se dijo Bird, mientras intentaba recuperar la compostura. Pero este ardid psicológico se desvaneció ante los violentos espasmos que ahora experimentaba: un gruñido que parecía un trueno le abrió la boca y su cuerpo se puso rígido. A los lados de su cabeza fue creciendo una negrura similar a las anteojeras para caballos, y su campo visual se oscureció. Anheló hundirse en algún

lugar todavía más oscuro, más profundo, y saltar desde allí a otro universo.

Un segundo después constató que seguía en el mismo universo. Lagrimeando, bajó la mirada hasta el charco de vómito. Un charco pálido, ocre rojizo, sembrado de sedimentos de limón amarillo brillante. Vistas desde un avión a baja altura, en una época del año desolada y marchita, las llanuras de África tal vez fueran de ese color; acechando en la sombra de los vestigios cítricos había hipopótamos y osos hormigueros y cabras monteses salvajes. ¡Sujeta el paracaídas, coge tu rifle y salta con la velocidad de un saltamontes!

La náusea había cedido. Bird se frotó la boca con una mano sucia de bilis y se puso de pie.

-Dadas las circunstancias, hoy terminaremos antes la clase -dijo con un tono de voz moribundo.

Las cien cabezas de mosca parecían comprender. Bird empezó a recoger sus cosas. De pronto, una cabeza de mosca se puso en pie de un salto y comenzó a gritar. Los labios rosados del chico gesticulaban, y su cabeza de campesino, redonda y afeminada, adquirió un tono rojo vibrante. Pero la boca amortiguaba sus palabras y tenía un leve tartamudeo, resultaba difícil comprender lo que decía. Poco a poco, la cuestión fue aclarándose. En principio, el alumno había criticado el insólito comportamiento de Bird frente a su clase, pero cuando comprobó que éste sólo respondía con un aire de perplejidad, se lanzó al ataque como un demonio. Durante un rato disertó sobre el elevado coste de la enseñanza, el poco tiempo que restaba para los exámenes de ingreso, las esperanzas que ellos habían depositado en la academia con vistas al ingreso en la universidad, y la indignación ante lo recién sucedido, que traicionaba sus expectativas. Lentamente, como el vino se convierte en vinagre, la consternación de Bird fue convirtiéndose en temor. Sintió que se transformaba en un mono lémur aterrorizado. En breve, la indignación del que hablaba contagiaría a las restantes noventa y nueve cabezas de mosca. Bird sería rodeado por un centenar de individuos furiosos, sin la menor posibilidad de huida. Una vez más comprendió cuan poco entendía a los alumnos que instruía semana a semana. Un enemigo inescrutable apoyado en la fuerza de cien lo había acorralado. Y para peor, las sucesivas oleadas de náusea habían hecho desaparecer todas sus fuerzas.

La agitación del acusador fue en aumento hasta llegar casi a las lágrimas. Pero Bird no hubiese podido responderle, aunque lo hubiera intentado: tenía la garganta totalmente seca y no segregaba ni una gota de saliva. Lo más que podía hacer era emitir un chillido como de pájaro. ¡Ah!, se lamentó en silencio, ¿qué debía hacer? En la vida siempre me acechan estos peligros latentes, a la espera de que tropiece y me caiga. Y esto es muy diferente de los peligros que un aventurero encontraría en África. En esta trampa no puedo desmayarme ni morir en forma violenta. Sólo puedo mirar fijamente, aturdido, hacia la empalizada de la trampa por siempre. Quisiera enviar un telegrama AM RATHER IN TROUBLE... Pero ¿a quién?

En ese momento, un joven de aspecto listo que estaba sentado en medio del aula se puso en pie y dijo pausadamente:

-¡Basta ya!, ¿quieres?... ¡Deja de quejarte!

El ambiente duro y espinoso que crecía en toda la clase desapareció al instante, como si hubiera sido un espejismo. En su lugar cobró vida una excitación divertida, y los alumnos hablaron a viva voz y soltaron carcajadas. Era el momento oportuno. Bird puso el libro sobre la caja de tizas y se dirigió hacia la puerta. Cuando salía, volvió a escuchar gritos y se dio la vuelta: el alumno de la arenga estaba a cuatro patas en el suelo, en idéntica posición a la de Bird vomitando, y olisqueaba el charco de vómito.

-¡Apesta a alcohol! -gritó el muchacho-. ¡Es una resaca! ¡Hijoputa! ¡Apelaré al director y te denunciaré para que te echen de una patada en el culo!

¿Una denuncia?, se preguntó Bird, y de pronto comprendió: ¡Ah! ¡Una denuncia! El joven apaciguador se puso en pie nuevamente.

—¡Oye, tú, no pensarás comértelo! —dijo con un tono de voz que provocó una carcajada general.

A salvo de su acusador, Bird bajó por la escalera de caracol. Quizá Himiko tenía razón y

efectivamente existía un grupo de jóvenes dispuestos a acudir en su ayuda en cuanto se metiera en líos o problemas. Durante los minutos que tardó en descender los escalones, aunque de vez en cuando frunciera el entrecejo ante la acidez que sentía en la boca y la garganta, durante esos escasos minutos, Bird se sintió feliz.

CAPITULO VI

Bird se detuvo, indeciso, en el cruce de corredores que conducían a los diversos servicios del hospital. Un paciente joven que avanzaba en silla de ruedas le obligó a hacerse a un lado con una mirada poco amistosa; donde se suponía que debían estar sus pies llevaba una radio anticuada de gran tamaño. Bird se pegó a la pared, desconcertado. El paciente volvió a mirarlo con hostilidad, como si Bird simbolizara a todos los que llevaban su cuerpo sobre dos pies, y luego avanzó por el corredor a toda velocidad. Bird lo vio alejarse y suspiró. Si su bebé todavía estaba vivo, debía ir inmediatamente a la unidad de cuidados intensivos, en caso contrario tendría que dirigirse a las oficinas de pediatría y hacer los arreglos necesarios para la autopsia y la cremación. Tenía que decidir. Comenzó a caminar hacia las oficinas: había apostado por la muerte del bebé, y lo tuvo presente. En este momento, él era el gran enemigo de su bebé, el primer enemigo que tenía en la vida, el peor. Si la vida fuera eterna y existiera un dios que juzgase, pensó, le declararían culpable. Pero ahora su culpabilidad, al igual que la pena que había sentido en la ambulancia cuando comparó al bebé con Apollinaire, tenía el sabor de la miel.

Apresuró el paso, como si fuera a reunirse con una amante. Buscaba una voz que le anunciara la muerte del bebé, para luego hacer los trámites necesarios (la autopsia sería sencilla porque el hospital cooperaría en las formalidades; la cremación resultaría más problemática). Hoy rezaré sólo yo por el alma del bebé; mañana informaré a mi esposa. El bebé ha muerto de una herida en la cabeza y ahora se ha convertido en un lazo de carne entre nosotros..., le diré algo así. Nos las arreglaremos para que nuestra vida familiar se normalice. Y entonces, una vez más, las mismas insatisfacciones, los mismos deseos postergados, África tan lejos como siempre...

A través de la ventanilla de recepción, Bird le explicó el caso a una enfermera.

—¡Ah, sí! Usted quiere ver al bebé de la hernia cerebral —dijo ella alegremente. Era una mujer de mediana edad. Alrededor de los labios le crecían algunos pelos oscuros—. Vaya directamente a la unidad de cuidados intensivos. ¿Sabe dónde está?

—Sí, pero... —respondió Bird con voz ronca y débil—. El bebé... ¿no ha muerto?

—Desde luego que no. Se alimenta bien y tiene brazos y piernas sanos y fuertes. ¡Enhorabuena!

—Pero... la hernia cerebral...

—Sí, tiene una hernia cerebral. —La enfermera le sonrió—. ¿Es su primer hijo?

Bird asintió con la cabeza y se dirigió a toda prisa hacia la unidad de cuidados intensivos. De modo que había perdido la apuesta. ¿Cuánto tendría que pagar? En un recodo del corredor volvió a encontrarse con el paciente de la silla de ruedas, pero esta vez siguió adelante con decisión y el inválido tuvo que apartarse de su camino. Bird ni siquiera se percató de sus padecimientos y frustraciones por no tener pies. Bird estaba tan vacío por dentro como un depósito sin mercancías. En lo más profundo de su cabeza y su estómago, la resaca seguía entonando una canción venenosa. Avanzando irregularmente, Bird continuó por el corredor a toda prisa. El pasillo que enlazaba las distintas salas internas se elevaba como un puente colgante, lo cual acrecentó la sensación de desequilibrio en Bird. Y el corredor que atravesaba las salas parecía una alcantarilla oscura que se prolongaba hacia una luz débil y distante. Con el rostro ceniciento, Bird aceleró el paso hasta casi correr.

La puerta de la unidad de cuidados intensivos, como la entrada a una cámara frigorífica, estaba recubierta por placas metálicas. Bird susurró su nombre a una enfermera, como si estuviera diciendo algo vergonzoso. Otra vez se sentía incómodo por tener un cuerpo, al igual que cuando se había

enterado de que el bebé era anormal. La enfermera lo condujo al interior de la sala. Mientras ella cerraba la puerta, Bird se miró en un espejo y su cara desencajada le pareció la de un maníaco sexual. Asqueado repentinamente, apartó la mirada, pero el rostro ya le había quedado grabado en la mente. Tuvo el presentimiento de que a partir de entonces sufriría mucho cada vez que recordara ese rostro.

-¿Sabe cuál es el suyo?

De pie junto a Bird, la enfermera le hablaba como si él fuera el padre del bebé más sano y hermoso de todo el hospital. Pero no sonreía, ni siquiera tenía aspecto compasivo. Bird pensó que esa pregunta constituía el interrogatorio habitual en la unidad de cuidados intensivos. Y advirtió que el resto de enfermeras y doctores que se hallaban en la sala habían interrumpido sus quehaceres y le miraban silenciosos y expectantes.

Bird recorrió con la mirada la habitación de los bebés, al otro lado del enorme cristal. La presencia de las demás personas en la sala desapareció de su conciencia. Como un puma que recorre la planicie con ojos secos y feroces en busca de una presa débil, Bird observó a cada uno de los bebés. La sala estaba iluminada chillonamente: ya estaban en verano, en el vientre del verano. Había veinte cunas y cinco incubadoras. Los bebés que estaban en estas últimas sólo se veían como formas desdibujadas envueltas en niebla. Los que estaban en las cunas parecían demasiado desnudos. El veneno de la luz fulgurante los había marchitado a todos. Parecían un rebaño del ganado más dócil del mundo. Algunos apenas movían los brazos y las piernas, pero incluso en ellos los pañales y las batas de algodón parecían tan pesados como trajes de buzo. Todos daban la impresión de personas encadenadas. Algunos tenían las muñecas atadas a la cuna o los tobillos sujetos con tiras de gasa, y de esa manera presentaban un aspecto más nítido de prisioneros débiles y diminutos. Los bebés guardaban un silencio uniforme. Bird se preguntó si el cristal apagaría sus voces. Pero no, como tortugas afligidas y sin apetito, todos mantenían la boca cerrada. La mirada de Bird buscaba. Ya no recordaba la cara de su hijo, pero la cabeza tenía una marca inconfundible. ¿Cómo había dicho el director del hospital?: «¿Apariencia? ¡Parece que tiene dos cabezas! En cierta ocasión escuché algo de Wagner, *Bajo la doble águila...*». Seguro que el hijoputa era fanático de la música clásica.

Bird seguía sin encontrar al bebé con la cabeza adecuada. Una y otra vez examinó la fila de cunas. De pronto, todos los bebés abrieron la boca y comenzaron a llorar y a moverse. Bird titubeó. Se dio la vuelta hacia la enfermera, como preguntando qué sucedía. Pero nadie en la sala prestaba la menor atención al jaleo de los bebés. Todos observaban a Bird, en silencio y expectantes.

—¿Ya lo ha adivinado? Está en una incubadora. Ahora bien, ¿qué incubadora supone usted que es la casa de su bebé? —preguntó la enfermera, continuando con el juego.

Obediente, Bird se inclinó hacia la incubadora más cercana y descubrió a un bebé tan pequeño como un pollo desplumado, con una piel extraña, cuarteada y llena de manchas oscuras. El bebé estaba desnudo, una bolsa de vinilo encerraba su pene como una crisálida y el cordón umbilical estaba envuelto en gasa. Como los enanos de los cuentos de hadas ilustrados, le devolvió la mirada a Bird con una expresión prudente similar a la de un anciano, como si él también participara en el juego de la enfermera. Aunque no se trataba de su bebé, la apariencia de viejo tranquilo que se consume sin rechistar le inspiró a Bird un sentimiento de camaradería. Luego se enderezó y se dio la vuelta hacia las enfermeras, como diciéndoles que no estaba dispuesto a continuar con el jueguecito. Los reflejos y la disposición de las incubadoras impedían ver en el interior de las otras cuatro.

-¿Todavía no lo ha adivinado? Es la incubadora que está al fondo, junto a la ventana. La acercaré para que pueda ver al bebé.

Bird se enfureció. Pero entonces comprendió que el juego era una especie de ritual iniciático en la unidad de cuidados intensivos pues, ante esta señal de la enfermera, los demás médicos y enfermeras volvieron a sus cosas y conversaciones.

Observó con paciencia la incubadora que le habían indicado. Desde que había entrado en la sala

se encontraba bajo la influencia de esta enfermera, y poco a poco iba perdiendo su resentimiento y la necesidad de resistirse. Ahora se sentía débil y resignado, incluso podría haber estado con tiras de gasa como los bebés que lloraban al unísono. Bird suspiró, se secó las manos sudorosas y luego la frente, los ojos y las mejillas. Se presionó los párpados con los dedos y saltaron llamas negruzcas, tuvo la sensación de que se despeñaba a un abismo, se tambaleó...

Cuando abrió los ojos, la enfermera ya estaba del otro lado del cristal y le acercaba la incubadora. Bird se animó, se puso tenso y apretó los puños. Entonces vio al bebé. Ya no tenía la cabeza vendada como Apollinaire. A diferencia de los demás bebés, tenía la piel tan roja como un langostino hervido y con un extraño aspecto lustroso. El rostro le resplandecía como recubierto por tejido nuevo procedente de una quemadura recién sanada. Considerando el modo en que tenía cerrados los ojos, parecía como si soportara una gran incomodidad, sin duda originada por el bulto que sobresalía de la parte posterior del cráneo como otra cabeza roja. Seguro que producía una sensación de pesadez, de molestia, como un ancla sujeta a la cabeza. ¡Esa cabeza larga y afilada, modelada por el útero! Machacaba dentro de Bird las aristas del shock con más brutalidad que el propio bulto, y le producía una náusea espantosa que afectaba su existencia de manera fundamental. Para la enfermera que observaba sus reacciones, Bird hizo un gesto con la cabeza como diciendo «¡Ya estoy harto!» o algo que ella no podía comprender. El bebé ya no estaba al borde de la muerte, ¿crecería con su bulto craneal? El bebé seguía vivo y oprimía a Bird, incluso comenzaba a atacarle. Envuelto en esa piel roja de langostino, el bebé comenzaba a vivir ferozmente con un ancla a rastras en el cráneo. ¿Una existencia vegetativa? Quizá. Un cactus mortal.

La enfermera asintió con la cabeza, como satisfecha por las reacciones de Bird, y retiró la incubadora. Una ráfaga de llanto infantil volvió a soplar. Bird bajó los hombros y dejó la cabeza colgando. El llanto cargaba su cabeza inclinada, como la pólvora carga una pistola de pedernal. Deseó que hubiera una cuna o una incubadora para él, llena de vapor flotando como niebla; Bird estaría acostado en ella, respirando a través de sus branquias como un pez.

Cuando regresó, la enfermera le dijo:

-Por favor, haga el trámite de hospitalización cuanto antes. Deberá dejar un depósito de treinta mil yenes.

Bird asintió.

—El bebé toma leche y mueve los brazos y las piernas sin problemas.

¿Por qué diablos tenía que tomar leche y hacer ejercicio?, se preguntó Bird... y se contuvo. Sus continuas quejas, que estaban convirtiéndose en un hábito, le asqueaban.

—Si espera aquí, llamaré al pediatra que lleva el caso.

Bird quedó solo. Nadie le prestaba atención. Las enfermeras que pasaban con pañales y bandejas de biberones lo empujaban con sus codos extendidos, pero nadie lo miraba a la cara. Bird se disculpaba con un susurro. Entretanto, había aparecido un hombrecillo que parecía enfadado con uno de los médicos:

—¿Cómo puede estar seguro de que no hay hígado? ¿Y cómo puede ocurrir semejante cosa? Ya he oído la explicación un centenar de veces, pero no acabo de comprenderlo. ¿Es verdad que el bebé no tiene hígado? ¿Es verdad, doctor?

Bird se instaló en un lugar que no estorbara los desplazamientos apresurados de las enfermeras. Allí permaneció, inclinado como un sauce, mirándose las manos sudorosas. Parecían guantes húmedos. Bird recordó las manos del bebé, manos grandes como las suyas, de dedos largos. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y miró al hombrecillo. Rondaba los cincuenta años y desarrollaba una lógica pertinaz en su conversación con el doctor; llevaba calzones marrones y camisa deportiva demasiado grande para su cuerpo delgado. Sus brazos y cuello estaban tostados en una tonalidad tan oscura como el cuero; eran nervudos y le daban un aspecto de notable vulgaridad. Era la clase de piel y de músculos que tienen los trabajadores manuales que no poseen capacidad física para realizar su tarea y sufren fatiga crónica. El cabello ensortijado del hombrecillo estaba pegado a la frente y tenía un gran cráneo plano; el conjunto daba un aspecto aceitoso e indecente.

La frente era demasiado ancha y los ojos, opacos. La pequeñez de los labios y la mandíbula rompía el equilibrio del rostro. Era un obrero manual, evidentemente, pero no un simple operario. Probablemente colaboraba tanto en el trabajo pesado como en la responsabilidad de llevar una pequeña empresa. La forma de hablar y comportarse del doctor correspondían a las de un funcionario de rango secundario, y el hombrecillo parecía querer inclinar los argumentos en su favor, aduciendo una ambigua autoridad. Pero de tanto en tanto se daba la vuelta y miraba a las enfermeras y a Bird con ojos que traslucían una inminente derrota, como si reconociera una desgracia de la que nunca conseguiría recuperarse. Un hombrecillo extraño.

—No sabemos cómo ha podido ocurrir. Supongo que no es más que un accidente. Pero de hecho su bebé no tiene hígado. Las deposiciones son blancas, ¡completamente blancas! ¿Alguna vez ha visto algo así? —interrogó el doctor con soberbia, intentando desembarazarse del tozudo hombrecillo.

—He visto pollos recién nacidos deponer blanco. Y los pollos tienen hígado, ¿no es cierto? La mayoría de los pollos tienen hígado, ¡pero los recién nacidos deponen blanco!

-Ya lo sé, pero no estamos hablando de pollos... Se trata de un bebé humano.

—Pero ¿de verdad es tan raro un bebé con disposiciones blancas?

-¿Disposiciones blancas? -interrumpió el doctor, enfadado-. Un bebé con disposiciones blancas sería algo más que raro, sin duda. ¿Acaso se refiere usted a deposiciones blancas?

—Sí, eso, deposiciones blancas. Las criaturas sin hígado hacen blanco, eso lo comprendo. Pero ¿automáticamente todos los bebés que hacen deposiciones blancas no tienen hígado? ¿Es así, doctor?

—¡Se lo he explicado cien veces, señor mío!

La voz indignada del médico sonó como un grito de dolor. Pretendía mofarse del hombrecillo pero su rostro estaba contraído y los labios le temblaban.

-¿Sería tan amable de repetírmelo una vez más, doctor? —La voz del hombrecillo de pronto sonaba tranquila y amable—. El hecho no es cuestión de risa, ni para mí ni para mi hijo. Es un problema serio, ¿verdad, doctor?

El médico se rindió. Sentó al hombrecillo frente a su escritorio, cogió un historial médico y comenzó a explicar. El diálogo entre ellos ahora no se oía, salvo cuando la voz del hombrecillo sobresalía con un tono de duda. Bird intentaba escuchar lo que hablaban, cuando un hombre de bata blanca entró presuroso por la puerta y cruzó enérgicamente la sala hasta un punto situado a espaldas de Bird.

—¿Está aquí el padre del bebé de la hernia cerebral? -preguntó el hombre, seguramente un médico, con voz aguda.

—Sí —dijo Bird dándose la vuelta—, soy el padre...

El doctor le examinó con ojos de tortuga. También la barbilla y la garganta colgante y flácida recordaban a una tortuga..., una tortuga brutal y altanera. Sin embargo, en sus ojos blancuzcos e inexpresivos se advertía un atisbo de sencillez y bondad.

-¿Es su primer hijo? —preguntó el doctor, mientras observaba a Bird desconfiado-. Debe de sentirse desconcertado...

-Sí...

-Hasta ahora no se detectan cambios dignos de mención. En los próximos días lo examinará un experto en cirugía cerebral. Nuestro subdirector es una eminencia en ese campo. Desde luego, antes de la operación el bebé tendrá que fortalecerse, de lo contrario sería un fracaso. ¿Sabe?, tenemos demasiado trabajo de cirugía cerebral, los cirujanos no pueden perder tiempo innecesariamente.

—Entonces... ¿Lo someterán a una operación?

—Si el bebé se fortalece lo suficiente como para resistirla, sí —respondió el doctor, malinterpretando la vacilación de Bird.

—¿Existe posibilidad de que crezca con normalidad si lo operan? En el hospital donde nació dijeron que, a lo sumo, podría esperarse una especie de vida vegetativa.

—Vegetativa... no sé si es la denominación adecuada...

El doctor no dijo más. Bird lo miró a la cara, esperando que volviera a hablar. Y de pronto sintió crecer en su interior una pregunta de extrema bajeza, una especie de neblina negra que había nacido cuando se enteró de que el bebé seguía vivo: ¿Qué significaría para nosotros, mi esposa y yo, pasar el resto de nuestras vidas prisioneros de un ser casi vegetal, de un bebé monstruoso? Tengo que... librarme de él. Además, ¿qué ocurriría con mi viaje a África? En un impulso de autodefensa, como si el bebé estuviera atacándole desde la incubadora, Bird se preparó para la batalla. Al mismo tiempo se ruborizó y comenzó a sudar, avergonzado de sí mismo. Tenía un oído sordo a causa del ruido de la sangre que se precipitaba a su través, y los ojos se le enrojecieron como golpeados por un puño inmenso e invisible. El sentimiento de vergüenza le hizo lagrimear. Si al menos pudiera librarme de la carga que implica un bebé vegetal, pensó. Pero no podía preguntarle al doctor cómo hacerlo, su bochorno era demasiado pesado. Desesperado, con la cara roja como un tomate, inclinó la cabeza.

—Oiga, ¿acaso no quiere que operen al bebé y se recupere al menos en parte?

Bird se estremeció: sentía como si un dedo sabio acabara de tocar la parte de su cuerpo más horripilante y más sensible al placer, como los pliegues carnosos de su escroto. Bird habló en un tono de voz tan ruin que apenas pudo soportarlo:

—Incluso con cirugía... si hay tan pocas probabilidades... de que crezca normalmente...

Se dio cuenta de que acababa de dar el primer paso hacia el precipicio de la infamia. Y todo indicaba que correría hacia allí a toda velocidad: su infamia crecería como una bola de nieve, mientras él la contemplaba. Volvió a estremecerse, consciente de la inevitabilidad de los acontecimientos. Sin embargo, sus ojos nublados y febriles miraban implorantes al médico.

—¡Se dará cuenta de que no puedo tomar ninguna medida directa para acabar con la vida del bebé!

Despectivo, el doctor miró a Bird con un destello de repugnancia en los ojos.

—Desde luego que no... —dijo Bird atropelladamente, como si acabara de escuchar algo inesperado.

Entonces se dio cuenta de que el doctor no se había dejado engañar ni un solo momento. La humillación de Bird se duplicó y ni siquiera intentó explicarse.

-Ciertamente es usted un padre joven..., vamos, de mi edad, más o menos.

El doctor giró lentamente su cabeza de tortuga y miró a los demás miembros del personal hospitalario que estaban allí. Bird sospechó que el médico intentaba burlarse y se aterrorizó. Si intenta pasarse de listo ¡lo mataré!, murmuró inútilmente en el fondo de su garganta. Pero el doctor tenía intenciones de colaborar en el abyecto plan de Bird. En voz muy baja, le dijo:

—Procuraremos regularle la leche. O darle una mezcla de agua con azúcar. Veremos qué sucede, pero si ni siquiera así se debilita no tendremos otra opción que operar.

—Gracias —dijo Bird y suspiró ambiguamente.

—De nada. —El tono de voz del doctor le hizo pensar otra vez si no estaría tomándole el pelo. Entonces, con voz tranquilizadora, agregó—: Venga dentro de tres o cuatro días. No habrá cambios significativos hasta esa fecha. Tampoco tiene sentido inquietarnos y apresurar las cosas. —Luego cerró la boca como una rana que engulle una mosca.

Bird apartó la mirada del doctor, inclinó la cabeza y se dirigió hacia la puerta. La voz de la enfermera le llegó antes de abandonar el recinto:

—¡Lo antes posible, por favor, los trámites de hospitalización!

Bird atravesó rápidamente el corredor en penumbra, como si escapara de la escena de un crimen. Hacía calor, y se dio cuenta de que la sala de cuidados intensivos estaba climatizada. Bird se secó furtivamente las lágrimas calientes de la humillación. Pero el interior de su cabeza estaba más caliente que la atmósfera y que las lágrimas. Torció por el corredor con andar inseguro. Cuando pasó, sollozando todavía, frente a la puerta abierta del pabellón de ingresados, los enfermos, parecidos a animales sucios, acostados o sentados en las camas, lo observaron con gestos

inexpresivos. El llanto se le calmó cuando pasó por una zona de habitaciones particulares, cuyas puertas daban al corredor, pero la vergüenza se había convertido en un grano alojado detrás de los ojos, como un glaucoma. Y no sólo allí sino en todas las partes del cuerpo, a la vez que se endurecía. La vergüenza: un tumor maligno. Bird era consciente de ese cuerpo extraño, pero no podía repelerlo: su cerebro se había quemado, consumido. Una de las habitaciones estaba abierta, pero una joven delgada, joven y completamente desnuda permanecía de pie junto a la puerta como impidiendo el paso y miraba a Bird con ojos agudos. En la penumbra, su cuerpo parecía no haber llegado todavía a la plenitud. Mientras se apretaba con una mano los diminutos pechos, con la otra se acariciaba un vientre plano y se tironeaba el vello púbico. Luego separó los pies poco a poco y hundió un dedo suavemente en su vulva perfilada con toda claridad, durante un momento, por la escasa luz que penetraba por una ventana a sus espaldas. Bird se compadeció de la ninfómana y pasó a su lado sin darle tiempo a que alcanzara su climax solitario en presencia suya. La vergüenza que sentía era demasiado intensa como para permitirse pensar en nadie que no fuera él mismo.

Cuando Bird salió al exterior, el hombrecillo del cráneo plano y el pelo pegado a la frente le alcanzó y se puso a caminar a su lado. Mostraba el mismo aire arrogante de antes y avanzaba brincando entre las plantas para compensar la diferencia de altura con Bird. Empezó a hablar con firme determinación. Bird le escuchó en silencio.

-Hay que presentarles batalla, ¿sabe? ¡Luchar! ¡Luchar! ¡Luchar! -dijo—. ¡Es una lucha contra el hospital y en especial contra sus médicos! Pues bien, hoy les he golpeado duro. Lo ha oído, ¿no?

Bird asintió, mientras recordaba las «disposiciones» blancas del hombrecillo.

-Mi hijo no tiene hígado, ¿sabe usted? Así que tengo que luchar y seguir luchando. De lo contrario podrían cortarle en rebanadas aunque siguiera vivo. Pues no, ¡es una verdad como un templo! Si uno quiere que las cosas funcionen en un hospital, lo primero es hacerse a la idea de que hay que luchar. Es inútil comportarse correctamente, con tranquilidad, e intentar caerles bien. Los pacientes moribundos están tan quietos como cadáveres, pero sus familiares no podemos hacer lo mismo. ¡Hay que luchar! Verá usted, hace unos días les dije directamente: si el bebé no tiene hígado, ustedes le hacen uno. Y agregué que hay bebés sin recto a los que les ponen recto artificial, así que también podrán hacer un hígado artificial. Además, les dije, ¡un hígado artificial no se ve todos los días!

Se encontraban ante la puerta principal del hospital. A Bird le parecía que el hombrecillo pretendía alegrarlo, pero él no tenía ningunas ganas de alegrarse.

-¿Se recuperará su bebé antes del otoño? -preguntó como disculpándose por su indiferencia.

-¿Recuperarse? ¡Ni en sueños! ¡Mi hijo no tiene hígado! Yo simplemente presento batalla a los dos mil funcionarios que tiene este hospital.

Bird quedó atónito. El hombrecillo se ofreció a llevarle en su extraño vehículo de tres ruedas hasta la estación. Bird declinó el ofrecimiento y se dirigió solo a la parada de autobús. Pensaba en los treinta mil yenes para el hospital. Decidió de dónde cogería el dinero, pero cuando tomó la decisión una ira ciega desplazó a la vergüenza: tenía algo más de esa cantidad en el banco, pero era dinero ahorrado para el viaje a África. Ese dinero en su cuenta era un indicador de su voluntad. Pero ahora estaba a punto de desaparecer. A excepción de los mapas *Michelin*, ya no le quedaría nada que lo vinculase a África. Sudaba intensamente y sintió frío en los labios, las orejas y las yemas de los dedos. Se puso al final de la cola para el autobús y, con una voz que parecía el zumbido de un mosquito, dijo:

—¿África? ¡Una mierda!

El anciano que estaba delante comenzó a darse la vuelta, pero desistió y lentamente irguió su gran cabeza calva. Todo el mundo parecía extenuado a causa del verano que consumía la ciudad antes de tiempo.

Bird entrecerró los ojos y, estremeciéndose por un escalofrío, continuó sudando. Poco después advirtió que su cuerpo empezaba a apestar. El autobús no llegaba y el calor era intenso. Avergonzado, Bird se sintió aletargado e insensible a la luz y el ruido de alrededor. Y entonces, un

incipiente deseo sexual fue abriéndose paso a través de la oscuridad de su mente, y ante la sorpresa de Bird creció como un árbol de caucho joven. Manteniendo los ojos cerrados, se tanteó por dentro del bolsillo y comprobó que tenía una erección. Se sintió miserable, ruin; deseó lo peor del sexo más corrompido que pudiera existir. Abandonó la cola y buscó un taxi, cegado por el resplandor; veía la plaza como si fuera un negativo. Tenía la intención de regresar a la habitación de Himiko, donde no entraba la luz del sol. Si me rechaza, pensó irritado, la golpearé hasta dejarla inconsciente y luego la follaré.

CAPITULO VII

-Pero Bird, siempre que me pides que me vaya a la cama contigo estás hecho una piltrafa — suspiró Himiko, cuando Bird interrumpió sus argumentos con el rostro pálido por la fatiga que arrastraba desde ayer—. En este momento, eres el Bird menos atractivo que he visto nunca.

Bird mantuvo un silencio obstinado.

—Está bien, dormiré contigo. Desde el suicidio de mi marido ya no soy quisquillosa en cuestiones sexuales. Además, aunque intentes las relaciones sexuales más repugnantes y aberrantes que existan, estoy segura de que descubriré algo verdaderamente *genuine*, sea lo que sea que hagamos.

Genuine: auténtico, genuino, verdadero, real, puro, natural, sincero. El profesor de inglés organizó las palabras dentro de su cabeza para traducir el concepto. En su estado actual, pensó, ninguno de esos significados le era aplicable a él.

-Bird, métete en la cama. Mientras, me lavaré.

Bird se fue quitando poco a poco la ropa sudada y se acostó sobre la manta desgastada. Sostuvo la cabeza entre las manos y miró de soslayo hacia la prominente barriga y el pene pálido, que no estaba lo suficientemente erecto. Himiko dejó la puerta de cristal abierta y se sentó en el water. Se lavó los genitales mientras Bird la miraba desde la cama y suponía que esa costumbre era fruto de experiencias sexuales con hombres de otros países. Luego volvió a mirar su barriga y su pene, tranquilamente, mientras esperaba.

-Bird... -gritó Himiko, secándose con una gran toalla-. Hoy existe riesgo de embarazo. ¿Has venido preparado?

-No.

¡Embarazo! Las espinas al rojo vivo de la palabra le perforaron hasta el tuétano. Dejó escapar un gemido de aflicción.

-Pues entonces tendremos que pensar en algo, Bird.

Himiko depositó la jarra en el suelo, que produjo un ruido parecido a un martillazo, y regresó junto a Bird frotándose el cuerpo con la toalla. Bird tapó con una mano su pene lánguido, avergonzado.

—Lo perdí de repente —dijo—. ¡Himiko! Ahora no sirvo para nada.

Respirando fuerte, Himiko bajó la vista y le miró sin dejar de secarse el cuerpo. Parecía especular sobre el significado oculto en las palabras de Bird. El olor de su cuerpo despertó intensos recuerdos de los veranos en la universidad, cuando estaban juntos, y Bird contuvo la respiración: el olor de la piel mojada tostándose al sol. Himiko arrugó la nariz como un cachorro de Shinainu [Un tipo de perro de lanas indígena de Japón. (*N. de la T.*)], y lanzó una carcajada cortante y seca. Bird se puso escarlata.

—Eso es lo que tú crees —dijo ella como al pasar y se dispuso a echarse sobre él.

Sus pequeños senos sobresalían como colmillos. Bird se sintió urgido por un instinto de autodefensa. Escondió más su pene y puso el otro brazo sobre el vientre de Himiko. Entonces, palpando la suave carne de la chica, sintió un hormiguelo en la piel.

-La palabra «embarazo» tiene la culpa -dijo, intentando justificarse.

-No es para tanto -objetó Himiko.

-Me ha golpeado con mucha fuerza. ¡«Embarazo» es la única palabra que no soporto!

Himiko se cubrió los pechos y el abdomen con los brazos, tal vez porque Bird se obstinaba en

ocultar el pene. Como los luchadores de otros tiempos que se enfrentaban desnudos: defendían sus partes más vulnerables con las manos y se mantenían alertas a cualquier movimiento del adversario.

-¿Qué te ocurre, Bird?

Bird empezó a comprender la gravedad de la situación.

-Esa maldita palabra me ha afectado...

Himiko juntó las rodillas y se sentó junto al muslo de Bird, que le hizo sitio en la estrecha cama. Ella tocó suavemente la mano de Bird que ocultaba su pene.

—Bird, puedo lograr que se endurezca lo suficiente —dijo en voz baja pero con convicción—. Ha transcurrido mucho tiempo desde el depósito de madera.

Bird se sumergió en un desamparo oscuro y lúgubre y soportó el cosquilleo que los dedos de Himiko le producían en la mano. ¿Sería capaz de presentar convincentemente su propio caso? Lo dudaba. Pero tenía que explicarse, saltar la barrera de esa situación difícil.

—No es cuestión de técnica -dijo, apartando la mirada de los pechos de Himiko—. El problema es el miedo.

—¿El miedo?

La chica pareció darle vueltas a la palabra, intentando descubrir el meollo de una broma.

—Le temo a las cavidades oscuras donde fue engendrado mi monstruoso bebé -intentó explicarse Bird—. Cuando le vi con la cabeza envuelta en vendas, pensé en Apollinaire. Suena cursi, pero sentí que al bebé lo habían herido en el campo de batalla. A él le alcanzaron en una batalla solitaria, dentro de un agujero oscuro y sellado que nunca he visto...

Mientras hablaba, recordó las lágrimas dulces y salvadoras que había derramado en la ambulancia,.. Pero las lágrimas de vergüenza derramadas en el corredor del hospital, éstas sí que eran imperdonables.

—... No puedo mandar mi pene enfermizo a ese campo de batalla.

—Pero ¿no es algo entre tú y tu mujer? Quiero decir, ¿no es un miedo que experimentarías sólo con ella?

—Suponiendo que alguna vez volvamos a hacerlo... —titubeó Bird, que ya se sentía angustiado por la consternación que experimentaría cuando se presentase el momento-. Sé que cuando ocurra, aparte del miedo, sentiré como si estuviera manteniendo una relación incestuosa con mi bebé. ¿No basta eso para aflojar el pene más vigoroso?

-Pobre Bird. Si te diera la oportunidad, enumerarías un centenar de complejos con tal de justificar tu propia impotencia.

Satisfecha tras su ironía, Himiko se acostó boca abajo junto a Bird. Él aguardaba aterrado. Si ella ya había conectado la clavija del deseo, se vería obligado a hacer algo..., cualquier cosa menos hundir su pene ciego y frágil en esa alcantarilla oscura y cerrada. El lóbulo de la oreja de Himiko rozó, ardiente, su sien. El cuerpo de la chica, pese a su silencio, parecía atacado por un millón de insectos de deseo. Bird consideró la posibilidad de aliviarla con los dedos, con los labios, con la lengua. Pero la noche anterior ella había mencionado que esas prácticas no le interesaban por su semejanza con la masturbación. Luego se le ocurrió que podrían hacer algo, siempre que Himiko fuera algo sádica. Estaba dispuesto a intentarlo todo, menos el agujero del que había salido la tragedia. Ella podía golpearlo, patearlo o pisotearlo; él lo soportaría sin rechistar. Incluso estaba dispuesto a beberse la orina de Himiko. Por primera vez en su vida, Bird descubrió al masoquista que llevaba dentro. Pero como ocurría después de hundirse en un pantano de vergüenza infinita, tales aberraciones frívolas le atrajeron en cierta medida.

Supuso que en circunstancias semejantes a las suyas la gente se inclinaba al masoquismo. Pero ¿por qué no reconocerlo y aceptarlo? Dentro de algunos años, cuando fuera un masoquista consumado y cuarentón, Bird podría celebrar este día como el aniversario de su conversión al culto.

-¿Bird?

-¿Sí? -contestó resignado. El ataque había comenzado.

-Tienes que destruir los tabúes sexuales que te has creado. De lo contrario, tu vida sexual se

pervertirá.

—Ya lo sé. Justamente estaba pensando en el masoquismo.

Esperaba que Himiko picara el anzuelo y que aceptara que ella también pensaba con frecuencia en el sadismo. Pero a Bird le faltaba la honestidad temeraria del aspirante a pervertido. Resultaba claro que sólo el veneno de la vergüenza le arrastraba a esa extrema degeneración. Sin embargo, cuando tras un silencio perplejo Himiko habló no fue para continuar con el acertijo de Bird.

—Para dominar el miedo, Bird, tienes que aislarlo. Y para ello tienes que definir su objeto con precisión.

Sin llegar a comprender del todo esas palabras, Bird guardó silencio.

—¿Tu miedo se limita a mi vagina y mi útero? ¿O temes también a toda mi feminidad, a toda mi existencia de mujer?

Bird pensó unos momentos.

—Supongo que se limita a la vagina y el útero. Porque tú, personalmente, no tienes parte en mi desgracia. Entonces, el único motivo por el que tu desnudez me acobarda necesariamente tiene que ser la vagina y el útero.

-Siendo así, ¿no debería eliminar simplemente la vagina y el útero? —dijo Himiko con cuidada imparcialidad—. Si consigues delimitar tu temor en esas zonas precisas, el enemigo sólo habitará en ese ámbito. ¡Bird! ¿Qué elementos de la vagina y el útero te atemorizan?

-Antes te lo mencioné. Intuyo que hay otro universo allí detrás. Oscuro, infinito, atestado de cosas no humanas: un universo grotesco. Y temo entrar en él, quedar atrapado en el espacio de otra dimensión temporal y no poder regresar... Mi miedo se parece al vértigo de las alturas que experimentan los astronautas.

Bird se había percatado de que la lógica de Himiko apuntaba hacia algo que agravaría su vergüenza, y por eso se ocultaba tras una pantalla de palabras, porque quería evitarlo, fuera lo que fuera. Pero no era fácil disuadir a Himiko.

-¿Te parece que no temerías el cuerpo femenino si excluyeras de él la vagina y el útero?

Bird titubeó. Después dijo ruborizándose:

-No es muy importante pero, en fin, los pechos...

-¿Te refieres a que no sentirías miedo de acercarte a mí por detrás?

-Pero...

-¡Bird! -Himiko no quería oír más-. Siempre he pensado que eres el tipo de hombre que los jóvenes tienden a idealizar. ¿Nunca te has ido a la cama con uno de ellos?

El plan de Himiko bastaba y sobraba para dejar de lado el puritanismo sexual de Bird. Quedó pasmado. No importa cómo resulte para mí, pensó, aliviado un momento de la preocupación por sí mismo. Pero a ella le dolería mucho, probablemente se rasgaría e incluso sangraría. ¡Quizá ambos se llenaran de mierda! De pronto, Bird sintió un nuevo deseo, enroscándose como una cuerda entre el asco y el intenso deseo.

-¿Después no te sentirás humillada? -susurró Bird con una voz ronca y exprimida por el deseo.

Era la última demostración de renuencia.

-No me sentí humillada ni siquiera cuando quedé llena de sangre, barro y virutas de madera, en plena noche invernal en un depósito de madera.

-Pero me pregunto si experimentarás algún placer.

-De momento sólo me interesa hacer algo por ti -dijo ella. Y agregó gentilmente, como para que Bird dejara de preocuparse—: Como ya te he dicho, puedo descubrir algo verdaderamente genuino en cualquier forma imaginable de coito.

Bird permaneció en silencio y sin moverse. Vio que Himiko escogía algo de entre los numerosos frasquitos encima del tocador, se dirigía al cuarto de baño y extraía de un cajón una toalla grande y limpia. Las mareas de la angustia le subían poco a poco, intentando sumergirlo en sus profundidades. Bird se incorporó, alcanzó la botella de whisky que estaba en el borde de la cama y bebió ávidamente. Recordó que en la parada de autobús frente al hospital había deseado una clase

de sexo más malvado, un coito abyecto y vil, un coito basado en la ignominia. Y ahora sería posible. Bebió un poco más y volvió a tumbarse en la cama. Ahora su pene, dispuesto y erecto, latía acalorado. Himiko evitó su mirada cuando regresó a la cama con expresión adusta. ¿Ella también experimentaría algún deseo fuera de lo común? Bird notó con satisfacción que en sus labios se formaba una sonrisa irónica. Ya he saltado la valla más alta, ahora debería ser capaz de superar cualquier obstáculo, incluso la vergüenza.

—Bird, no te inquietes -dijo Himiko, advirtiendo un ánimo opuesto al que Bird percibía en sí mismo—. Verás que no pasa nada extraordinario.

... Al principio se mostró solícito con ella. Pero cuando falló una y otra vez, comenzó a sentir que los sonidos absurdos y el peculiar dolor que provocaban sus intentos fallidos se burlaban de él. La frustración y la rabia le privaron de todo sentimiento, y su ego se agigantó. Al cabo de un rato había olvidado por completo a Himiko, y cuando por fin lo consiguió sólo se concentró en sí mismo, excitado. Algunos pensamientos fragmentados (odio los pechos blandos y los genitales groseros, deseo un orgasmo sólo para mí, no quiero que los ojos de la mujer se fijen en mi cara) atravesaron su mente como metralla: era el preludio del placer. Preocuparse por el orgasmo de la mujer y por no dejarla embarazada, era como agitar en el aire el culo desnudo mientras te pones la soga al cuello. Bird lanzó un grito de guerra desde el fondo de su cabeza en llamas: ¡estoy humillando a una mujer de la forma más ignominiosa! Soy capaz de lo más bajo y ruin, soy la vergüenza misma, la masa de carne caliente que mi pene horada en este momento soy yo mismo en realidad, bramó, y llegó a un orgasmo tan fantástico que su cabeza comenzó a flotar.

Cada convulsión de placer de Bird hacía gritar de dolor a Himiko. Consciente sólo a medias, Bird escuchó sus quejidos. De pronto, como si el odio se le hiciera insoportable, mordió el cuello de la chica. Ella volvió a gritar. Bird abrió los ojos y vio una gota de sangre escurriéndose junto al lóbulo anémico de Himiko.

Bird sólo comprendió el horror de su comportamiento cuando pasó el orgasmo. Se quedó estupefacto. Dudaba que sus relaciones pudieran volver a ser normales tras un coito tan brutal. Acostado sobre su estómago, respirando entrecortadamente, deseó poder desaparecer. Pero Himiko le susurró con su voz apacible:

—Ven al cuarto de baño sin tocarte. Yo te arreglaré.

Himiko lo trató como a un inválido paralítico, mientras él miraba hacia otro lado, ruborizado. La sorpresa invadió a Bird poco a poco. No cabía duda de que se encontraba ante una experta en cuestiones sexuales. ¿Cómo habría recorrido el largo camino desde aquella noche invernal en el depósito de madera? Lo único que hizo Bird por corresponderle fue higienizar los mordiscos en el cuello y el hombro de la chica. Aliviado, comprobó que las mejillas y los párpados de Himiko recuperaban el color.

Himiko cambió las sábanas y ambos se acostaron nuevamente. Ahora respiraban regularmente. Ella tenía una mirada serena, aunque su silencio desconcertaba a Bird. Por su parte, él experimentaba una paz muy saludable, sin indagaciones psicológicas. Sin embargo, sabía que esa paz no durarla mucho, acorralado como estaba en el ojo de un huracán que giraba a su alrededor. De pronto comprendió que un obstáculo había desaparecido.

-¿Lo intentamos de la forma normal? -dijo Bird-. Me parece que he superado el miedo.

—Bird, Bird... ¿Por qué no tomas un somnífero? Dormiremos hasta la noche. Si cuando despiertes todavía te sientes con ganas...

Bird estuvo de acuerdo. Aunque rechazó lo de la píldora para dormir, innecesaria en su actual estado.

—Eres mi consuelo -dijo con sencillez.

-Ésa es mi intención. Seguro que no te has sentido bien ni un momento desde que empezó todo esto. Y eso es malo, Bird. En una encrucijada tan terrible, necesitas de alguien que te consuele. De lo contrario, acabarás como una piltrafa y no tendrás coraje para escapar del caos.

—¿Coraje? —preguntó Bird sin detenerse a pensar lo que decía Himiko—. ¿Cuándo necesitaré

mi coraje?

—Ya lo verás, Bird. Miles de veces a partir de ahora —dijo ella con tono despreocupado, aunque su voz denotaba sabiduría.

Bird empezó a considerar que Himiko era un guerrero experto en las batallas cotidianas, con una experiencia muy superior a la suya. No se trataba sólo de experiencia sexual, sino de experiencia en numerosos aspectos de la vida real de cada día. Gracias a su ayuda acababa de superar uno de sus miedos más arraigados. ¿Alguna vez había hablado tan espontáneamente con una mujer después del coito? Le parecía que no. Incluso con su mujer, tras la relación sexual, Bird sólo experimentaba autocompasión y repugnancia. Se lo dijo a Himiko, sin mencionar a su esposa.

-¿Autocompasión? ¿Repugnancia? Bird, todavía no has alcanzado la madurez sexual. Y probablemente las mujeres con las que has dormido también sintieron lo mismo. Seguro que nunca has quedado completamente satisfecho, ¿no es así, Bird?

Bird sintió envidia y celos. Estaba seguro de que el joven y el hombre de cabeza de huevo que se presentaron en casa de Himiko en plena noche también habían tenido con ella relaciones completamente satisfactorias. Como Bird se mantenía en silencio, Himiko agregó:

—No hay nada más arrogante que hacer el amor con alguien y luego sentir lástima de uno mismo. Es una mierda. Bird, hasta el asco es mejor que eso.

—Tienes razón. Pero quienes sienten eso generalmente no cuentan con la ayuda de una experta como tú, y ya han perdido la esperanza.

Bird tuvo la sensación de estar tumbado en el diván de un psicoanalista. Tras acabar la conversación, fue quedándose dormido al tiempo que se preguntaba cómo era posible que el esposo de esta mujer de oro acabara suicidándose. En su cabeza surgió una idea: ¿acaso Himiko compensaba a su marido muerto mediante relaciones con personas como el joven y el hombre de la cabeza de huevo e, incluso, el propio Bird? El marido se había ahorcado en esta misma habitación, saltando de esta cama, tan desnudo como lo estaba Bird ahora. Aquel día Himiko le había telefoneado y le había pedido que viniese. Fue Bird quien liberó el cuello del ahorcado y quien ayudó a bajarlo al suelo, como un carnicero en una cámara frigorífica descuelga media res de un gancho congelado. Casi dormido ya, Bird se vio a sí mismo y al joven ahorcado como siendo una sola persona. Con la parte de sí mismo que permanecía en la vigilia, sintió que Himiko lo frotaba suavemente para secarle el sudor, mientras que con la parte que se adentraba en el sueño sintió que las manos de Himiko purificaban el cuerpo de su marido muerto. El marido muerto soy yo, pensó Bird, y el verano que se avecina será fácil de soportar porque el cadáver de un marido muerto está tan helado como un árbol en invierno. Temblando, Bird susurró: «¡Pero yo no me suicidaré!», y se sumergió en las profundidades del sueño.

El sueño que tuvo fue áspero y angustiioso. Para Bird, dormir era como meterse en un embudo por la boca amplia y luego intentar salir por el cuello estrecho. Hinchado como un pequeño zeppelin, su cuerpo atraviesa lentamente el espacio infinito. Ha sido citado por el tribunal que se encuentra más allá de la oscuridad, y él busca algún modo de ocultar su culpabilidad en la muerte del bebé. En el fondo, sabe que no conseguirá embaucar al jurado, aunque al mismo tiempo presiente que le agradaría apelar a una instancia superior para que el veredicto de primera instancia sea revisado... ¡Los del hospital lo hicieron! ¿No puedo hacer nada para librarme del castigo? Pero sus sufrimientos se vuelven cada vez más insignificantes, mientras continúa flotando como un zeppelin diminuto.

Bird despertó. Tenía los músculos agarrotados y doloridos, como si hubiera dormido en la madriguera de una criatura de cuerpo totalmente diferente del suyo. Sentía el cuerpo como envuelto en varias capas de escayola.

-¡Qué diablos hago aquí en un momento crucial como éste! —susurró, pensando en su bebé y en la conversación sostenida con el médico en la sala de cuidados intensivos. Se avergonzó.

Estaba desnudo como un bebé, indefenso, y para peor alguien igualmente desnudo se acurrucaba a su lado. ¿Sería su esposa? ¿Acaso estaba durmiendo desnudo con su esposa, sin haberle contado

aún lo del bebé monstruo? ¡No! ¡No era posible! Temeroso, alargó una mano y tocó la cabeza de la mujer desnuda. Con la otra mano tocó un hombro y la deslizó hacia abajo (el cuerpo era grande, lleno, y tenía una suavidad animal; no, no era el cuerpo de su esposa). Ella entrelazó su cuerpo con el de Bird. Entonces se hizo la luz y lo recordó todo. Himiko. Y renació el deseo, ahora libre de los estigmas de la feminidad. Abrazó a la chica como el oso abraza a su enemigo. El cuerpo de Himiko, todavía dormida, era grande y pesado. Poco a poco, Bird la estrechó más y más mientras le miraba la cara, que surgía de la oscuridad con una blancura que la rejuvenecía dolorosamente. De pronto Himiko despertó, le sonrió y le besó apenas. Sin cambiar la posición de los cuerpos, empezaron a hacer el amor suavemente.

-Bird, no te corras hasta que yo lo consiga.

Himiko seguía teniendo voz de dormida. Debía de estar preparada contra el riesgo de embarazo, pues estaba dando los pasos irreversibles hacia su propio placer.

-No te preocupes -respondió Bird, poniéndose tenso como un navegante al que acaban de informarle que se aproxima una tempestad.

Se comportó con suma cautela. Tenía la esperanza de poder enmendar su lamentable actuación en el depósito de madera.

-¡Bird!

Himiko gritó lastimeramente. Como un soldado que acompaña a su camarada de armas a un duelo, Bird se convirtió en espectador pasivo, autocontrolándose estoicamente mientras Himiko obtenía del coito ese algo auténtico que le pertenecía por completo. Tras el momento culminante, el cuerpo de Himiko tembló durante un rato. Después se convirtió en algo delicado, indefenso, suave y femenino. Por último, suspiró como un animalito con el estómago lleno y se durmió. Bird se sintió como la gallina que observa a un polluelo. Permaneció absolutamente inmóvil, oliendo el saludable sudor que despedía la cabeza de Himiko bajo su pecho, aguantando su propio peso sobre los codos para no aplastar a la muchacha. Todavía sentía un exaltado deseo, pero no quiso interrumpir el sueño de Himiko. Había conseguido desterrar la maldición de lo femenino; tenía debajo de él a una Himiko más femenina que nunca y la aceptaba por completo.

Cuando al poco rato intentó bajarse de encima de la muchacha, sintió algo en el pene, algo como una mano cálida y delicada que lo sujetaba: era Himiko, que lo retenía mientras dormía. Bird sintió una apacible y completa satisfacción. Sonrió, feliz, y también se durmió.

Una vez más, el sueño fue como un embudo. Ingresó con una sonrisa pero en el camino de regreso tuvo problemas. Un sueño sofocante, claustrofóbico. Huyó de él llorando. Y cuando finalmente abrió los ojos, Himiko estaba mirando sus lágrimas con ansiedad.

CAPITULO VIII

Con los zapatos en una mano y una bolsa de pomelos en la otra, Bird comenzó a subir las escaleras en dirección a la habitación en que estaba su esposa. En ese momento el doctor del ojo de vidrio comenzaba a bajarlas. Se encontraron a mitad de trayecto y el doctor se detuvo varios escalones por encima de Bird. Cuando habló, a Bird le pareció sumamente arrogante, aunque sólo dijo:

—¿Cómo va todo?

—Está vivo —contestó Bird.

—¿Van a operarlo?

-Temen que se debilite y muera antes de que puedan operar -informó Bird, y se ruborizó.

-En fin; tal vez sea lo mejor.

El rubor de Bird se intensificó y las comisuras de sus labios se crisparon. El doctor también se sonrojó y, desviando la mirada por encima de Bird, continuó:

—Su esposa todavía no lo sabe. Le dije que el bebé tiene un órgano defectuoso. Evidentemente, el cerebro es un órgano, así que no la he engañado. Si uno miente para salir de un apuro, debe hacerlo de manera que no necesite mentir otra vez cuando se conozca la verdad. ¿Comprende?

—Sí -dijo Bird.

-Pues bien, llámeme si hay algo que yo pueda hacer.

Se saludaron con una inclinación de cabeza y prosiguieron sus respectivos caminos. En fin; tal vez eso sea lo mejor, había dicho el doctor. Que se debilite y muera antes de la operación. Eso significaba librarse de un bebé vegetal sin mancharse las manos con un asesinato. Sólo había que esperar a que se debilitase y muriese naturalmente en un reputado hospital. El único trabajo de Bird en el asunto sería intentar olvidarlo. En fin; tal vez eso sea lo mejor. La vergüenza, profunda y oscura, reapareció en su interior y sintió que su cuerpo se ponía rígido. Como las embarazadas y las parturientas que pasaban a su lado, como aquellas que llevaban en sus cuerpos una masa viva que se contorsionaba, Bird avanzaba con pasos cortos y precavidos. Él también estaba embarazado, en el vientre de su cerebro, y tenía una gran masa que se contorsionaba: la vergüenza que había concebido. Sin motivo, las mujeres que pasaban a su lado en el corredor le miraban con arrogancia, y Bird bajaba la cabeza humildemente. Eran las mismas mujeres que lo habían visto salir del hospital en una ambulancia y con un bebé monstruoso, la misma multitud de ángeles embarazados. Por un momento lo obsesionó el que supieran lo ocurrido con su bebé, y que tal vez murmuraran: «Ah, a ese bebé lo han puesto en un eficiente sistema de transporte hacia un matadero y en este momento se debilita hasta la muerte... En fin; tal vez eso sea lo mejor».

El llanto de los bebés rodeó a Bird como un remolino. Su mirada buscó enloquecida hasta dar con las cunas de la sala de recién nacidos. Huyó de allí casi corriendo; le parecía que varios bebés le habían mirado.

Frente a la puerta de la habitación de su esposa, se olió las manos, los brazos y los hombros, incluso el pecho. La situación, difícil de por sí, se complicaría mucho si ella llegara a descubrir el perfume de Himiko. Se dio la vuelta como para asegurarse de que había un camino para escapar: a lo largo del corredor en penumbra, varias mujeres de pie, enfundadas en batas, observaban a Bird. Tuvo la intención de devolverles una mirada altanera, pero se limitó a mover la cabeza y darles la espalda. Golpeó la puerta tímidamente. Estaba representando el papel del joven marido que acaba de sufrir una desgracia imprevista.

Cuando entró en la habitación, su suegra estaba de pie, de espaldas al frondoso follaje que se veía por la ventana. Su esposa miraba en dirección a la puerta, levantando la cabeza como una comadreja por encima del montículo que la manta formaba sobre sus rodillas dobladas. Ambas tenían una expresión de miedo. Bird comprobó que, en circunstancias de asombro y tristeza, el vínculo sanguíneo entre ambas mujeres se manifestaba intensamente en sus rasgos faciales y hasta en los gestos más insignificantes.

-No pretendía asustarte. Llamé, pero nadie...

Excusándose ante la suegra, se acercó a la cama de su mujer.

-Ah, Bird -suspiró ella, fijando en él sus ojos gastados y lagrimeantes. Sin maquillaje, su cara tenía el aspecto firme y varonil de la tenista que había sido cuando ambos se conocieron, varios años atrás. Bird se sintió horriblemente vulnerable a su mirada.

Dejó sobre la manta la bolsa de pomelos, se inclinó y puso los zapatos bajo la cama. Si al menos, pensó, pudiera hablar desde el suelo, arrastrándome como un cangrejo. Imposible. Bird se incorporó y se obligó a sonreír.

-¡Hola! -dijo procurando mantener un tono ligero-, ¿ya ha desaparecido por completo el dolor?

—Todavía duele de vez en cuando. Y a veces tengo una contracción como un espasmo. Pero aunque no duela, igual me siento mal. Reír me hace daño.

—Lo siento de veras.

-Es horrible, Bird. ¿Qué tiene el bebé?

-¿Que qué tiene?... El doctor del ojo de vidrio te lo ha explicado, ¿no es así?

Al hablar, procurando conservar el tono despreocupado, Bird miró fugazmente a su suegra, como el boxeador que no confía en sí mismo mira a su entrenador. Por detrás de la cabeza de su esposa, entre la cama y la ventana, la suegra le transmitía desesperadas señales en clave. Bird sólo entendía que no le dijera nada a su mujer.

-Si por lo menos me aclararan lo que tiene -dijo su mujer con tono solitario y hermético.

Bird comprendió que los demonios de la duda le habían hecho susurrar esas mismas palabras un centenar de veces, en el mismo tono lastimero y como para sí mismo.

-Hay un órgano defectuoso en alguna parte, ya sabes. El doctor no quiere entrar en detalles. Es probable que todavía esté haciendo pruebas y análisis. Además, los hospitales universitarios son el colmo de la burocracia.

Bird percibió el hedor de la mentira en el mismo momento que la decía.

—Presiento que es el corazón, por eso tienen que hacer tantas pruebas. Pero ¿por qué tuvo que pasarle a mi bebé?

El desaliento de su mujer hizo que Bird sintiera nuevamente ganas de escabullirse por el suelo, pero sólo dijo con aspereza y afectación:

—Ya que hay expertos en la materia, por qué no dejas que ellos diagnostiquen. ¡Especular no nos servirá de nada!

Poco seguro de sus palabras, Bird miró hacia la cama. Su mujer había cerrado los ojos. Viéndola así, se preguntó si lograría recuperar su aspecto normal y cotidiano; los párpados estaban demacrados, las aletas nasales hinchadas y los labios inmensos. Ella yacía inmóvil con los ojos cerrados, parecía estar quedándose dormida. Pero de pronto surgió un río de lágrimas por debajo de los párpados cerrados.

-En cuanto nació, oí que la enfermera exclamaba «¡Oh!». Así que sospeché que algo no iba bien. Pero entonces oí que el director se reía, o eso me pareció... Cuando volví en sí ya se habían llevado al bebé en una ambulancia. -Habló con los ojos cerrados

¡El director, aquel peludo hijoputa! La rabia se atoraba en la garganta de Bird. Había montado el numerito en la sala de partos, con su risita de gilipollas. ¡Le esperaré en la oscuridad y le aplastaré la cabeza! Pero la ira de Bird era como la de los niños: momentánea. Sabía que nunca atacaría a nadie en la oscuridad; había perdido la autoestima necesaria para ello.

—He traído algunos pomelos —dijo con voz que imploraba perdón.

-¡Pomelos! ¿Para qué? -dijo ella, desafiante.

Bird comprendió su error.

—¡Maldición! No recordaba que odias el olor de los pomelos. No entiendo cómo pudo pasar...

—Probablemente porque nunca has pensado en serio en mí ni en el bebé. ¿Alguna vez piensas en alguien aparte de en ti? ¿No recuerdas que hasta discutimos sobre los pomelos cuando decidíamos el postre en nuestra boda? ¿Cómo es posible que lo hayas olvidado?

Bird sacudió la cabeza en señal de impotencia y se volvió hacia su suegra, que seguía transmitiéndole mensajes en clave desde su posición entre la cama y la ventana. Los ojos de Bird imploraron ayuda.

-Quise comprarte algo de fruta y recordé que los pomelos tenían un significado especial para nosotros. No me paré a pensar qué era ese significado especial...

Bird había ido con Himiko a la frutería, y sin duda su presencia le había impedido pensar en los pomelos y sus consecuencias. A partir de ahora, pensó, la sombra de Himiko influirá en todos los detalles de mi vida.

—Tendrías que saber muy bien que no soporto los pomelos. El olor que despiden me irrita -dijo la esposa. Bird se preguntó si acaso habría detectado la sombra de Himiko-. Llévatelos a la oficina de las enfermeras. O a cualquier sitio, pero sácalos de aquí.

La suegra no paraba de enviarle mensajes cifrados. La luz que se filtraba por la ventana a sus espaldas rodeaba sus ojos, profundamente hundidos, y los laterales anchos y chatos de su nariz respingona, dándole un tono verdoso. Bird lo comprendió al fin: su suegra, como una aparición radiactiva, intentaba decirle que le esperaría en el corredor cuando él regresara de la oficina de las enfermeras.

—Enseguida vuelvo —dijo—. ¿La oficina está en la planta baja?

—Junto a la sala de espera de la clínica —contestó la suegra, mirándole.

Bird salió al corredor en penumbra llevando la bolsa de pomelos bajo el brazo. Mientras caminaba, olfateó el aroma típico de los pomelos. Podría provocar crisis a los asmáticos, reflexionó. Luego pensó en su mujer que yacía, obstinada, en cama. Y en esa mujer que tenía la nariz verdosa y le hacía señales como en una danza *kabukt*. Y en él mismo, especulando sobre las relaciones entre los pomelos y los asmáticos. Todo el mundo no hacía más que representaciones teatrales, todo era una comedia de segunda; menos el bebé con una protuberancia craneal: él era lo único real. El bebé que se debilitaba poco a poco con su dieta de agua azucarada en lugar de leche. Pero ¿para qué azucarar el agua? Una cosa era retirarle la leche, pero darle sabor al sustituto ¿no convertía el desagradable asunto en un truco aún más despreciable?

Bird entregó los pomelos a una enfermera fuera de servicio e intentó presentarse. Pero de pronto, como si recayera en su tartamudez infantil, no pudo pronunciar ni una palabra. Consternado, inclinó la cabeza y se alejó a toda prisa. A sus espaldas, resonó la risa de las enfermeras. Todo es una representación, todo es falso, ¿por qué ha de ser todo tan irreal? Con el ceño fruncido y respirando fuerte, Bird subió los escalones de tres en tres y pasó sin mirar ante la sala de recién nacidos. No quería mirar.

Frente a una cocina de servicio para uso de familiares y acompañantes estaba su suegra, de pie y sosteniendo una tetera, erguida en actitud orgullosa. Bird descubrió en sus ojos un vacío tan doloroso que le estremeció. Entonces se dio cuenta de que no estaba erguida por orgullo, sino por agotamiento y desesperación.

Hablaron sin dejar de vigilar la puerta de la habitación donde yacía la mujer de Bird. Cuando la suegra se enteró de que el bebé todavía no había muerto, dijo en tono de reproche:

—¿No puedes hacer que se solucione más rápido? Si mi hija llegase a verlo se volvería loca.

Bird permaneció en silencio.

—Si al menos hubiera un médico en la familia —agregó la mujer y suspiró con melancolía.

Somos un hato de canallas, pensó Bird, una despreciable liga de defensores de nosotros mismos. No obstante, presentó su informe en voz baja, temiendo que alguien más le escuchara:

—Le están reduciendo la medida de leche. En su lugar le dan agua azucarada. El doctor que lleva el asunto dijo que obtendría resultados en pocos días.

Mientras escuchaba a Bird, la suegra fue como perdiendo las fuerzas y finalmente hizo un lento gesto afirmativo con la cabeza. Como si tuviera sueño, dijo con un hilo de voz:

—Comprendo... Cuando todo haya acabado, lo del bebé será un secreto entre nosotros dos.

—Sí —prometió Bird, sin mencionar que ya había hablado con su suegra.

—Si mi pequeña se enterase no querría tener más bebés. ¿Lo entiendes, Bird?

Bird asintió. Pero la aversión que sentía por su suegra se incrementó. Ella entró a la cocina y Bird regresó a reunirse con su esposa. ¿Acaso no le resultaría muy fácil descubrir un engaño tan simple? Todo era teatro y los personajes de la obra sólo eran un hatajo de hipócritas.

Cuando entró en la habitación, su mujer le recibió con expresión tranquila. La histeria de los pomelos ya había pasado. Bird se sentó en el borde de la cama.

-Estás agotado -dijo ella, extendiendo de pronto una mano afectuosa y tocando la mejilla de su esposo.

—Lo estoy...

-Comienzas a parecerme a una rata de alcantarilla que pretende escurrirse por un agujero.

La bofetada lo cogió totalmente desprevenido.

-¿Sí? -preguntó para darse tiempo-. ¿Como una rata de alcantarilla?

-Mamá teme que empieces a beber de nuevo. Como antes, día y noche.

Bird recordó aquella borrachera interminable: la cabeza encendida y la garganta reseca, el estómago dolorido, el cuerpo de plomo, los dedos entumecidos y el cerebro atontado y lleno de whisky. Varias semanas viviendo como un cavernícola, encerrado entre grutas de whisky.

-Si lo hicieras, acabarías no sirviendo para nada, Bird. Y ahora nuestro bebé te necesita.

-Nunca volveré a beber de esa manera -aseguró Bird.

De la reciente resaca había podido escapar sin recurrir otra vez al alcohol. Pero ¿qué hubiera ocurrido si Himiko no le hubiese echado una mano? ¿Hubiera recaído en ese mar oscuro y agonizante, de una anchura equivalente a innumerables horas? No estaba seguro y, como no podía mencionar a Himiko, resultaba difícil convencer a su mujer sobre su supuesta entereza para resistir la tentación alcohólica.

—Realmente espero que estés bien, Bird. A veces pienso que en cada ocasión crucial que se presente, tú estarás borracho o dominado por algún sueño fantástico, y que te irás flotando por el cielo como un pájaro.

-Después de tanto tiempo casados, ¿todavía piensas eso de tu esposo?

Bird habló en tono jocosos, pero su esposa no picó el anzuelo. Por el contrario, le dio la vuelta y dijo:

-Ya sabes, a menudo sueñas con irte a África y gritas cosas en lengua swahili. No te lo había mencionado, pero yo sé que no tienes ninguna gana de llevar una vida tranquila y decorosa con tu mujer y tu hijo. ¿Verdad, Bird?

Contempló en silencio la mano de su esposa, sucia y débil, que descansaba sobre su rodilla. Entonces, como la protesta de un niño ante una reprimenda que considera justa, replicó:

-Dices que grito en swahili. ¿Y qué digo, si puede saberse?

-No lo recuerdo, Bird. Lo oigo sin despertar del todo. Además, no entiendo el swahili.

-¿Entonces cómo estás tan segura de que es swahili?

—Palabras tan similares a los aullidos de bestias salvajes no pueden proceder de un lenguaje civilizado.

Bird reflexionó sobre la falsa idea que su mujer tenía sobre el swahili.

—Cuando mamá me dijo que estabas en el otro hospital, sospeché que te habías emborrachado o te habías ido a cualquier sitio. Tuve mis dudas, Bird.

—¿Piensas que tenía ánimo para una cosa así?

—¡Pero te ruborizas!

—Porque me enfado —replicó Bird con brusquedad—. Con el bebé recién nacido, ¿por qué querría escapar a cualquier sitio?

—Pero cuando te dije que estaba embarazada, ¿acaso las hormigas de la paranoia no recorrieron tu cuerpo? Bird, ¿querías tener un hijo? Dime la verdad...

-Eso... eso puede esperar hasta que el bebé se reponga. Es lo único importante en estas circunstancias -dijo Bird, escabulléndose como mejor pudo.

-Por supuesto que es lo único importante. Y que se reponga o no dependerá de tus esfuerzos y del hospital que hayas elegido. Yo no puedo levantarme; ni siquiera sé qué parte del bebé está mala. Dependo de ti para todo, Bird.

—Muy bien. Entonces confía en mí.

-Precisamente intentaba pensar en ello, en si puedo confiar en que te ocupes del bebé y... creo que no te conozco tan bien como suponía, Bird. ¿Eres el tipo de persona que asumiría esa responsabilidad incluso a costa de sacrificios personales? —preguntó—. ¿Eres responsable y valiente?

Con frecuencia Bird pensaba que de haber ido a la guerra sabría con certeza si era valiente o no. Era una idea que albergaba desde antes de casarse. Y siempre lamentaba no poder dar una respuesta definitiva. Hasta su anhelo de ponerse a prueba en la selva africana, un medio totalmente opuesto al vivir cotidiano, surgía de la sensación de que al mismo tiempo podría descubrir y librar su propia guerra personal. Pero en este momento Bird tuvo la certeza, sin necesidad de guerras ni expediciones africanas, de que en verdad era un pusilánime, alguien en quien no se podía confiar.

La mujer apretó la mano sobre la rodilla de Bird, una mano que quemaba de tanta hostilidad que desprendía.

-Bird, me pregunto si no serás la clase de persona que abandona al débil cuando más te necesita... ¿No abandonaste así a Kikuhiko? —Abrió bien los ojos para observar la reacción de su esposo

¿Kikuhiko?, pensó Bird. Sí, lo recordaba muy bien. Un amigo suyo durante la etapa de joven pendenciero en una ciudad de provincias, más joven que Bird. Kikuhiko le seguía los pasos dondequiera que fuese Bird. En cierta ocasión tuvieron una experiencia extraña en una ciudad vecina. Habían aceptado el trabajo de atrapar a un loco fugado de un manicomio, y debían recorrer en bicicleta la ciudad toda la noche. Pero Kikuhiko se fatigó pronto, comenzó a hacer el payaso y acabó extraviando la bicicleta, que era del hospital. En cambio, la fascinación de Bird por el loco aumentaba y aumentaba, y prosiguió su búsqueda arduamente durante el resto de la noche. El loco creía que el mundo real era el Infierno y temía a los perros porque los consideraba demonios disfrazados. Al amanecer se proyectaba soltar una jauría de perros pastores tras el rastro del enfermo. Por ello Bird no cejaba en su búsqueda, antes del amanecer. Pero cuando Kikuhiko insistió en que abandonaran y retornaran a su ciudad, Bird, enfadado, le humilló recordándole que conocía la aventura que había tenido con un homosexual norteamericano. Más tarde, cuando Kikuhiko regresaba a casa en el último tren, vio a Bird pedaleando en medio de la noche y desde una ventanilla le gritó:

-¡Bird! ¡Tenía miedo! -La voz resonó a llanto.

Pero Bird no le hizo caso y prosiguió la búsqueda. Finalmente encontró al loco ahorcado en una colina en medio de la ciudad. Fue una etapa crucial en su vida. En efecto, en la siguiente primavera ingresó en la universidad de Tokio y se despidió de su vida de gamberro pueril. ¿Qué había sido de Kikuhiko después de aquella noche? El fantasma de su viejo amigo había surgido de la oscuridad para saludarlo.

—¿Por qué me atacas ahora con algo perteneciente a un pasado tan lejano? Ni siquiera lo recordaba.

—Si teníamos un niño pensaba llamarlo Kikuhiko —dijo ella.

Bird se estremeció. No se imaginaba al bebé monstruo con un nombre propio.

-Si abandonas a nuestro bebé me divorciaré de ti -remachó la mujer, mientras miraba el follaje

más allá de la ventana, en una aptitud sin duda previamente ensayada.

-¿Qué dices? No podríamos divorciarnos.

—Tal vez no, pero discutiríamos el asunto. Tenlo por seguro.

Y como final, pensó Bird, tras sentenciarlo como pusilánime en quien no se puede confiar, se lo tipificaba como hombre inservible para esposo. En este instante, en una sala brutalmente iluminada el bebé está debilitándose y a punto de morir. Y yo tan sólo espero a que ocurra. Y mi esposa apuesta el futuro de nuestro matrimonio a que yo asuma la responsabilidad de recuperar al bebé... El juego está perdido de antemano. Sin embargo, de momento no podía hacer más que cumplir con su obligación.

—El bebé no morirá —dijo confundido.

Entonces entró la suegra con el té. Como ninguno de los tres quería revelar las relaciones particulares entre ellos, durante el té hablaron intrascendencias. Bird incluso intentó dar un toque de humor negro y relató lo del hombrecillo y su bebé sin hígado.

Bird se dio la vuelta y comprobó que todas las ventanas del hospital quedaban ocultas tras los árboles. Luego se acercó al coche. Himiko dormía profundamente sobre un asiento. Bird se inclinó para despertarla y de pronto sintió que acababa de escapar de un círculo de extraños y ahora regresaba a casa. Echó un nuevo vistazo atrás.

-¡Hola, Bird!

Himiko lo saludó desde el MG como si fuera una estudiante. Luego se incorporó y le abrió la portezuela. Bird entró rápidamente.

—¿Te importaría pasar primero por mi apartamento y luego por el banco, antes de ir al hospital? Sólo será un momento —dijo.

Himiko encendió el motor y aceleró brutalmente. Bird perdió el equilibrio y apenas pudo darle las señas del apartamento. Himiko conducía endiabladamente.

—¿Seguro que estás despierta? ¿O crees que volamos en sueños por una autopista?

—¡Claro que estoy despierta! Hoy he soñado que follaba contigo.

-¿Nunca piensas en otra cosa? -preguntó Bird sorprendido.

-No, después de un viaje como el de anoche. No ocurre con frecuencia de esa manera, e incluso contigo no durará para siempre. ¿No sería fantástico saber cómo prolongar para siempre coitos tan maravillosos? En un santiamén ya no seremos capaces de reprimir los bostezos al vernos desnudos, pronto lo comprobarás.

¡Pero si acabamos de empezar!, iba a decir Bird, pero la frenética conducción de Himiko ya había alcanzado el acceso a la casa en donde Bird alquilaba un apartamento.

—Vuelvo en cinco minutos. Esta vez procura mantenerte despierta. ¡No lograrás soñar un buen coito en cinco minutos!

Arriba, en su habitación, Bird reunió lo poco que necesitaría para quedarse en casa de Himiko. Lo arregló dándole la espalda a la cuna del bebé, que parecía un pequeño ataúd blanco. Cogió una novela escrita en inglés por un profesor africano. Quitó de la pared sus mapas de África y, tras doblarlos cuidadosamente, se los metió en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Son mapas de carretera? —preguntó Himiko en cuanto los vio.

Ya estaban otra vez en camino, rumbo al banco.

-Sí, son mapas de carretera muy prácticos.

—Entonces veré si puedo encontrar un atajo para llegar al hospital mientras tú estás en el banco.

-Te costaría lo tuyo. Estos mapas son de África -dijo Bird-, los primeros mapas verdaderos que tengo en mi vida.

-¿Piensas usarlos alguna vez? -dijo Himiko con aire burlón.

Mientras Himiko esperaba sentada al volante, Bird fue a tramitar lo necesario para la hospitalización del bebé. Pero tuvo problemas porque el bebé carecía de nombre. Tras responder a las numerosas preguntas que le formuló una recepcionista, finalmente no pudo contenerse:

-Oiga, mi hijo se está muriendo. Tal vez en este momento ya esté muerto. ¿Le importaría

decirme por qué estoy obligado a ponerle un nombre?

Sorprendida por la reacción de Bird, la chica no puso más reparos. Pero en ese instante Bird tuvo la sensación de que el bebé había muerto. Incluso preguntó alguna cosa sobre la autopsia y la cremación.

En la sala de cuidados intensivos, el doctor que le recibió dijo:

-¿Por qué se impacienta tanto? La hospitalización no es muy cara, ¿sabe usted? Además, imagino que tendrá algún tipo de seguro médico. En cualquier caso, efectivamente su hijo se está debilitando, pero todavía vive. Así que, ¿por qué no se relaja y empieza a comportarse más normalmente?

Bird le anotó al médico el número telefónico de Himiko y le pidió que telefonara en caso de que ocurriese algo definitivo. Sentía que allí todos le trataban como a un ser despreciable y regresó directamente al coche, sin siquiera echar un vistazo a la incubadora donde estaba su bebé.

Esta vez Himiko también se había dormido. Ambos sudaban. La chica encendió el coche y partieron a toda velocidad. Iban a casa de Himiko, donde yacerían desnudos, en esa tarde calurosa, a la espera de la llamada que anunciara la muerte del bebé.

Y durante toda la tarde, su atención estuvo concentrada en el teléfono. Bird permaneció en casa incluso a la hora de ir a comprar la cena. Después de cenar, escucharon un programa radiofónico en el que tocaba un famoso pianista ruso, pero siempre atentos al teléfono, tensos, nerviosos. Finalmente, Bird se durmió. Una campanilla que sonaba en su sueño le despertó varias veces. Más de una vez el sueño se prolongaba hasta coger el auricular y oír la voz del médico anunciando la muerte del bebé. En medio de la noche, Bird sintió la misma incertidumbre del condenado a muerte durante el aplazamiento de la ejecución. Y fue consciente de que la compañía de Himiko le daba ánimos y fuerzas para sobreponerse. Nunca, siendo adulto, había necesitado tanto a otra persona. Era la primera vez.

CAPÍTULO IX

A la mañana siguiente, Bird fue a la academia conduciendo el coche de Himiko. Aparcado en el patio lleno de alumnos, el MG escarlata despedía un vago olor a escándalo, pero Bird no lo advirtió hasta que se guardó las llaves en el bolsillo. Desde que comenzara el problema del bebé, la agilidad de su conciencia se había ido deteriorando.

Bird se abrió paso entre la multitud de alumnos que daban vueltas en torno al coche. En la sala de profesores, el jefe de su departamento, un hombrecillo que vestía una chaqueta corta, ostentosa y estridente a la manera de un *nisei* [denominación aplicada a los japoneses nacidos en el extranjero, hijos de padres emigrantes. (N. de la T.)], le informó que el director quería verlo. Bird apenas le escuchó.

-Bird, realmente eres..., no se cómo expresarlo -dijo el jefe de departamento en tono afable y divertido, al mismo tiempo que examinaba a Bird con ojos perspicaces—. No sé si eres valiente o simplemente descarado; pero sin duda eres osado.

No pudo evitar sentirse intimidado cuando entró en la gran aula donde lo esperaban sus alumnos. Se trataba de otra clase, por lo que era muy probable que la mayoría desconociera el vergonzoso incidente del día anterior, pensó para darse ánimos. En el transcurso de la clase, sin embargo, advirtió que algunos chicos parecían estar al tanto de lo ocurrido, pero procedían de colegios secundarios de la ciudad, cosmopolitas y frívolos. Para ellos, el suceso no era más que un hecho ridículo y hasta un poco heroico. Cuando sus miradas encontraban la de Bird, incluso le sonreían burlona y afectuosamente. Desde luego, Bird los ignoraba por completo.

Cuando la clase terminó, un joven estaba esperando a Bird en lo alto de la escalera de caracol. Era el mismo del día anterior, el alumno que lo había defendido durante el incidente en clase. Le esperaba a pleno sol y tenía la cara sudorosa.

-Hola.

-Hola -respondió Bird.

-Apuesto a que el director lo ha llamado. Ese imbécil le fue con el cuento. Incluso tomó la fotografía del vómito, ¡con una cámara en miniatura! —Sonrió con afectación, dejando al descubierto una dentadura grande y cuidada.

Bird también sonrió. ¿Era posible que aquel alumno llevara consigo una cámara en miniatura para coger a Bird en falta, y luego llevarlo a los tribunales?

-Dijo que usted vino a clase con resaca, pero cinco o seis de nosotros estamos dispuestos a testificar que usted sufrió una indigestión. Pensamos que lo mejor sería ponernos de acuerdo con usted para que luego las versiones coincidan —dijo astutamente.

—En realidad, era una resaca. De modo que sois vosotros los que estáis equivocados. Según ese chico puritano, soy culpable. Y es cierto.

Bird comenzó a descender por la escalera.

-Pero, profesor —insistió el chico y comenzó a bajar detrás de Bird-, si lo confiesa lo despedirán. El director es el presidente de la liga local antialcohólica, ¿no lo sabía?

-¿Liga antialcohólica?

-Hágalo pasar por indigestión... Está de moda culpar de todo a los alimentos en mal estado.

-Una resaca no es algo tan grave como para mentir. Y no quiero que nadie mienta por mí.

Bird decidió olvidarse de todo esto. No tenía ganas de involucrarse en ningún otro complot. Su ánimo estaba bastante decaído.

—Probablemente usted no necesite trabajar en una academia de tres al cuarto. Menudo tonto se sentirá el director cuando despida a un profesor que conduce un M G escarlata.

Bird se alejó de la risa divertida de su alumno y entró en la sala de profesores. En el armario donde guardaba el libro de lectura y la caja de tizas, encontró un sobre. Se trataba de una carta del amigo que patrocinaba el grupo de estudio; seguramente ya habían decidido qué hacer en el asunto del señor Delchef. Iba a leerla cuando de pronto recordó una máxima de su época de estudiante: si uno se enfrenta a dos acontecimientos desconocidos al mismo tiempo, uno resultará calamitoso y otro afortunado. Entonces se metió la carta en el bolsillo sin leerla. Si la entrevista con el director salía muy mal, tendría motivos para esperar lo mejor de esa carta.

Apenas vio la cara del director, en cuanto éste levantó la mirada de su escritorio, Bird supo que la entrevista sería desastrosa. Se resignó.

—Tenemos un pequeño problema, Bird. A decir verdad, también es una situación delicada para mí.

El director parecía un magnate entusiasta, pragmático y austero, en un novelón sobre imperios comerciales. Este hombre, de no más de treinta y cinco años, había transformado un servicio normal de tutoría en toda una academia preuniversitaria, y ahora planeaba organizar una escuela universitaria. Se rasuraba por completo la cabeza voluminosa y malformada, llevaba gafas gruesas que ocultaban sus ojos culpables y, pese a todo, tenía algo que nunca dejaba de inspirar cierto afecto hacia él.

—Sé a lo que se refiere. Fue por mi culpa.

—El alumno que se ha quejado es colaborador habitual en una revista estudiantil. Un joven desagradable, por cierto. Al acecho de pruebas para montar un escándalo...

-Comprendo. Recibiré mi renuncia inmediatamente -dijo Bird, tomando la iniciativa y aliviando al director.

-Naturalmente, al profesor habrá que darle explicaciones... —dijo como insinuando que de ese engorro se encargase Bird. Al fin y al cabo, el profesor era su suegro.

Bird asintió. Pensó que comenzaría a irritarse si no abandonaba el despacho enseguida.

—Una cosa más, Bird. Algunos alumnos insisten en que sólo fue una indigestión, pero el chico que le ha denunciado afirma que usted les instiga. Supongo que no será así...

Bird se puso serio y sacudió la cabeza.

-Comprendo. Ahora debo irme -dijo.

-Siento mucho todo esto, Bird -dijo el director con bastante sinceridad—. Usted siempre me ha caído bien. Tiene carácter. ¿Fue de verdad una resaca?

-Sí, una resaca -contestó Bird y abandonó el despacho.

Sin pasar por la sala de profesores, Bird decidió cortar camino por la habitación del conserje y atravesar el patio hasta el coche. Ahora sentía cierta melancolía, como si se le hubiera humillado sin ningún motivo.

—Profesor, ¿nos abandona? Lamento mucho lo sucedido -dijo el conserje.

De modo que la noticia ya había corrido. Lo sabía incluso el viejo conserje.

-Todavía pasaré por aquí hasta fin de curso -contestó.

El indomable aliado de Bird esperaba junto al MG, a pleno sol. La inesperada aparición de Bird por la puerta trasera de la habitación del conserje le cogió desprevenido. Se puso en pie torpemente. Bird subió al coche.

-¿Cómo ha ido? ¿Defendió sus derechos, profesor?

-Ya te he dicho que fue una resaca.

-¡Fantástico! ¡Eso es fantástico! —se burló el joven-. ¡Está despedido!

Bird encendió el motor. La atmósfera dentro del coche era como un baño de vapor. Incluso el volante estaba tan caliente que realmente quemaba.

-¿Qué hará a partir de ahora, profesor?

¿Que qué haré? ¡Dios, todavía quedan facturas por pagar en dos hospitales!, pensó. Pero su

cabeza se freía al sol y era incapaz de trazar ningún plan viable. Sudaba a chorros. Nuevamente se hallaba al borde de la apatía.

-¿Por qué no lo intenta de guía? ¡Podría ganar muchos dólares exprimiendo a los turistas! -dijo el muchacho, riendo jovialmente.

-¿Sabes dónde hay una agencia de guías?

-Eh... Preguntaré. ¿Dónde puedo contactar con usted?

-Tal vez será mejor que nos reunamos después de clase, la próxima semana.

-¡Déjelo de mi cuenta! -exclamó el alumno, entusiasmado.

Bird condujo el coche lentamente hasta la calle. Había querido librarse del muchacho para leer la carta. Pero, mientras aceleraba, sintió cierto agradecimiento hacia él. De no ser por su espontaneidad juvenil, qué mal se hubiera sentido Bird en aquellos momentos. Era verdad: estaba destinado a sortear situaciones difíciles con ayuda de jóvenes admiradores.

Mientras aguardaba que le llenaran el depósito en una gasolinera, extrajo la carta del bolsillo. Delchef había ignorado la llamada de su legación diplomática y continuaba viviendo en Shinjuku con una joven depravada. No era que abominara de su propio país, ni que planeara actividades de espionaje o simplemente asilarse. Sólo ocurría que se sentía incapaz de abandonar a esa chica japonesa. Por supuesto, las autoridades de su país temían que el asunto Delchef pudiera utilizarse políticamente. Si los gobiernos occidentales lanzaran una campaña de propaganda basada en la fuga de Delchef, tendría amplias repercusiones políticas. Sin embargo, pese a que querían recuperar a Delchef y enviarlo a casa, no deseaban que interviniera la policía japonesa por temor a la publicidad que el incidente adquiriría. Y si la legación intentaba utilizar la fuerza por su cuenta y riesgo, seguramente Delchef, un experimentado partisano durante la última guerra, presentaría dura batalla, y la policía japonesa acabaría interviniendo. Así las cosas, la legación había pedido a los miembros del grupo de estudio de lenguas eslavas, que gozaban de la confianza de Delchef, que intentaran con el mayor sigilo disuadirlo de su insensatez. El sábado por la tarde, a la una, se llevaría a cabo otra reunión en el restaurante situado frente a la universidad. Como Bird era el más allegado al señor Delchef, todos tenían interés en que asistiera.

Sábado, pasado mañana. Desde luego que asistiría. Bird pagó la gasolina. Suponiendo que la llamada telefónica anunciando la muerte del bebé se postergara, el hecho de ocupar la angustiada espera en un quehacer externo era, sin duda, un golpe de suerte. Después de todo, había resultado una buena carta.

Camino de casa, Bird compró cerveza y salmón enlatado. Cuando por fin llegó, aparcó y se dirigió a la puerta principal. Pero estaba cerrada. ¿Himiko habría salido? La ira le invadió: casi podía oír el teléfono sonando, sin que nadie cogiera el auricular. Sin embargo, cuando se asomó por la ventana de la habitación, Himiko estaba tras las cortinas mirándole. Suspiró y, sudando en abundancia, regresó a la puerta principal.

—¿Alguna noticia del hospital? —preguntó, todavía tenso.

-Nada, Bird.

Tuvo la sensación de haber despilfarrado energías a lo largo de un enorme perímetro, dando vueltas por Tokio en un coche escarlata a pleno sol. Sintió una demoledora fatiga. Con voz áspera, dijo:

—¿Por qué cierras la puerta con llave durante el día?

—Supongo que por miedo. Tengo la extraña, sensación de que afuera acecha un repugnante gnomo de la desgracia.

—¿Que hay un gnomo? —dijo Bird perplejo—. Me parece que en este momento no hay ninguna desgracia que te aceche.

—No hace mucho del suicidio de mi esposo. Bird, ¿acaso eres tan arrogante que te crees el único ser acechado por los gnomos de la desgracia?

Bird acusó el impacto. Y tuvo la suerte de que Himiko se dirigiera enseguida al dormitorio, sin propinarle un segundo puñetazo.

Mirando los hombros desnudos de Himiko, Bird atravesó cansinamente la sala de estar en penumbra y, al entrar en la habitación, quedó paralizado: una muchacha voluminosa, más o menos de la edad de Himiko, estaba repantigada a sus anchas sobre la cama, bajo la niebla de humo que flotaba en la atmósfera del dormitorio. Tenía los brazos y los hombros desnudos.

-¿Qué tal te va, Bird? -La muchacha habló lenta y ásperamente.

-Hola -contestó Bird desconcertado.

-Le he pedido que viniera, Bird. No me agradaba estar sola cuando sonara el teléfono.

-¿Hoy no trabajas en la emisora? -preguntó Bird.

Era una ex compañera de estudios de Bird, del departamento de inglés. Después de graduarse había pasado dos años divirtiéndose y, al igual que las demás graduadas, rechazó todas las ofertas de trabajo por considerarlas poca cosa para su capacidad. Luego había aceptado trabajar como productora en una emisora de radio de tercera que sólo emitía a nivel local.

-Mis programas se radian después de medianoche, Bird. Seguro que has oído esos susurros que suenan como si las chicas estuvieran mamándose a todos los oyentes —dijo ella con voz almibarada.

Bird recordó los diversos escándalos en que ella había metido a la emisora donde trabajaba. Y la repugnancia que sentía por ella en la época de estudiantes. En aquellos años la chica era gorda, y su imagen recordaba a la de un tejón.

—¿No os parece que el humo pasa de la raya? —preguntó Bird a las dos fumadoras, a la vez que dejaba la cerveza y el salmón sobre el televisor.

Himiko fue a poner en funcionamiento el ventilador de la cocina, pero su amiga encendió despreocupadamente otro pitillo. Tenía dedos robustos y las uñas pintadas en tono plateado. Profundas arrugas le surcaban la frente ancha. Bird adoptó una actitud de cautela.

-¿No os molesta el calor?

-¡Y que lo digas! Estoy a punto de desmayarme -exclamó la amiga de Himiko-. Pero peor son las corrientes de aire, y más cuando una está departiendo con un amigo íntimo.

La chica observaba a Himiko en la cocina, que se ocupaba de la cerveza y la comida, y en su mirada había cierta desaprobación. Probablemente esta cretina irá por ahí contando lo nuestro, pensó Bird. No me extrañaría que cualquier noche lo comentara en su maldito programa.

Himiko había fijado a la pared del dormitorio el mapa de Bird. La novela africana también estaba por allí. Seguramente Himiko estaba leyéndola cuando llegó su amiga. En todo ello vio un mal presagio. Supongo que nunca llegaré a ver el cielo de África, pensó. Y que nunca podré ahorrar dinero para el viaje. Acaban de despedirme del trabajo que me permitía ir tirando día a día.

-Me han despedido -le dijo a Himiko-. Lo he perdido todo.

—¿Cómo! ¿Qué ha ocurrido?

Bird tuvo que referirse a la resaca, al vómito, al soplo del alumno gilipollas y, poco a poco, la historia fue convirtiéndose en algo húmedo, desagradable.

—¿Podrías haber estado más firme con el director! Si algunos estudiantes estaban de tu parte, ¿qué había de malo en aceptar su ayuda? Bird, ¡cómo te has dejado despedir así! -dijo Himiko exaltada.

—Ésa es la cuestión: ¿por qué me dejé despedir tan fácilmente?

Por primera vez Bird sintió apego por el puesto de profesor que acababa de perder. ¿Y cómo explicárselo a su suegro? ¿Se atrevería a confesar que había bebido hasta perder el conocimiento el mismo día en que su bebé había nacido? ¿Y que por ello había perdido su trabajo? ¿Y, peor todavía, con el Johnny Walker regalo del profesor...?

—Tuve la sensación de que en el mundo no quedaba nada a lo que yo tuviera derecho. Además, estaba ansioso por finalizar la entrevista con el director. Lo acepté todo sin razonar y precipitadamente.

-Bird -interrumpió la productora-, ¿te refieres a que lo has perdido todo por el mero hecho de esperar la muerte de tu hijo?

De modo que lo sabía. Seguro que Himiko se lo había contado con todos los detalles.

-Puede ser -dijo Bird, molesto con ambas mujeres. Incluso consideraba probable verse metido en un escándalo público.

—Las personas que sienten eso... se suicidan. Bird, por favor, no lo hagas -dijo Himiko.

—¡Pero qué tonterías son éstas! —replicó Bird, aunque un escalofrío le recorrió la espalda.

—Mi marido se mató en cuanto comenzó a sentirse de esa manera. Si tú... Bird, a veces pienso que soy una bruja.

-Jamás he pensado en el suicidio.

-Pero tu padre se suicidó, ¿no es cierto?

-¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijiste cuando murió mi esposo; intentabas consolarme. Según decías, el suicidio era de lo más común, algo de todos los días.

—Supongo que estaría consternado —alegó Bird débilmente.

-Incluso dijiste que tu padre, antes de suicidarse, te había pegado.

—¿Cómo es eso? —intervino la productora de radio.

Bird se mantuvo en silencio mientras Himiko lo contaba.

Cuando tenía seis años, Bird había preguntado a su padre: «¿Dónde estaba yo cien años antes de nacer? ¿Dónde estaré cien años después de morir? Padre, ¿qué será de mí cuando muera?». Sin pronunciar palabra, su padre le dio un puñetazo en la boca y le llenó la cara de sangre. Bird olvidó su miedo a la muerte. Tres meses más tarde, su padre se disparó en la cabeza con una pistola alemana de la Primera Guerra Mundial.

-Si el bebé muere de desnutrición -dijo Bird recordando a su padre—, al menos tendré un temor menos. No sabría qué hacer si mi hijo me preguntara lo mismo cuando tuviera seis años. Sería incapaz de golpearlo en la boca con la suficiente fuerza para que olvidase por un tiempo el miedo a la muerte.

-No te suicidarás, Bird. ¿De acuerdo?

-Déjalo ya -dijo Bird, apartando la mirada de los ojos de Himiko, inyectados e hinchados.

La productora de radio se dirigió a Bird, como si hubiese estado esperando a que Himiko concluyera.

—Bird, ¿acaso esta agonizante espera no es lo peor que te puede ocurrir? Engañándote a ti mismo, inseguro, ansioso. ¿Y acaso no es por este motivo que te sientes tan deprimido? No sólo tú, incluso Himiko parece demacrada y exhausta.

—¿Quieres que lo lleve a casa y lo mate con mis manos? -replicó Bird.

—Al menos de ese modo no te engañarías. Admitirías que tienes las manos en el fango. Bird, es demasiado tarde para huir del miserable que llevas dentro. Ese miserable que te obliga a proteger tu hogar de un bebé anormal. Como ves, hay cierta lógica egoísta en todo el asunto. Sin embargo, le dejas el trabajo sucio a un anónimo médico de hospital y te compadeces de ti mismo, te consideras la víctima indefensa de una desgracia repentina. Bird, te engañas.

-¿Que me engañó? Soy perfectamente consciente de mi responsabilidad en la muerte del bebé.

-No me lo creo —dijo la productora de radio-. Al contrario, cuando el bebé muera te encontrarás con muchas dificultades. Ése será tu castigo por engañarte a ti mismo. Himiko tendrá que vigilarte atentamente para impedir que te suicides. Aunque, desde luego, para entonces es probable que hayas regresado con tu sufrida esposa.

—Mi esposa se divorciará si el bebé muere —dijo Bird como burlándose de sí mismo.

—Cuando alguien es minado por el veneno de la autocompasión, ya no puede tomar decisiones sobre lo que le concierne —dijo Himiko—. No te divorciarás, Bird. Intentarás justificarte y salvar tu matrimonio a expensas de distorsionar la realidad. Al final, ni tu mujer confiará en ti, y un buen día serás consciente de que toda tu vida se levanta a la sombra de un gigantesco engaño. Y acabarás destruyéndote. Bird, los primeros síntomas de la autodestrucción ya se han manifestado.

-Ciertamente me metes en un callejón sin salida -dijo Bird intentando aligerar la conversación.

Pero su ex compañera de estudios era lo suficientemente perspicaz para responder a eso.

—Desde luego, ahora mismo estás en un callejón sin salida.

—Si mi esposa ha tenido un bebé anormal, no es culpa nuestra. Sólo ha sido un accidente. Y yo no soy tan malvado como para estrangularlo ni tan bueno como para remover cielo y tierra en pos de que viva. Lo único a mi alcance es dejarlo en un hospital universitario, donde morirá de forma natural. Si cuando todo haya terminado me siento como una rata de alcantarilla, pues bien, así será.

—Te equivocas, Bird. Tendrías que haberte decidido a ser malvado o bueno a fondo, lo uno o lo otro.

Bird percibió un vago tufo alcohólico en el aire. El rostro de la productora de radio estaba crispado y sonrosado, como aquejado de neuritis facial.

—Estás borracha, ¿no?

—Eso no te habilita a zafarte sano y salvo de todo lo que he dicho hasta ahora —dijo la muchacha, exhalando su aliento alcohólico. Y agregó—: Aunque quieras ignorarlo, Bird, después de la muerte del bebé tendrás problemas serios debido a tu autoengaño. ¿Puedes negar que lo que más te preocupa ahora mismo es que el bebé siga vivo y crezca como una mala hierba?

El corazón de Bird dio un vuelco. Volvió a sudar. Permaneció sentado en silencio, sintiéndose como un perro apaleado. Luego fue en busca de cerveza a la nevera. El fondo de la botella estaba congelado, pero el resto aún mantenía la temperatura ambiente, lo que quitó a Bird las ganas de cerveza. No obstante, cogió la botella y tres vasos. Regresó a la habitación. La amiga de Himiko estaba en la sala de estar, arreglándose el cabello y el maquillaje. Bird sirvió un vaso para Himiko y otro para él.

-Estamos tomando cerveza -llamó Himiko a su amiga.

—No, gracias. Tengo que ir a la radio.

-Pero todavía es temprano -dijo Himiko.

—Seguro que ya no me necesitas, estando aquí Bird —replicó ambiguamente. Y dirigiéndose a éste agregó—: Soy el hada madrina de todas las chicas de mi promoción universitaria. Me necesitan porque no saben lo que quieren. Cuando tienen problemas, me llaman y yo las consuelo. Procura no enredar a Himiko en tus líos familiares. Pese a todo, te compadezco...

Himiko acompañó a su amiga a por un taxi. Mientras, Bird se duchó. El agua fría le recordó una excursión en su época de colegial, cuando un aguacero lo había empapado tras haberse perdido del resto del grupo. En ese momento, igual que un cangrejo que acabara de mudar de caparazón, flaqueaba ante los enemigos más insignificantes. Nunca había estado en peores condiciones, pensó. Haberse enfrentado a la pandilla de adolescentes, la noche en que nació su bebé, le parecía ahora un milagro casi imposible.

Algo excitado después de la ducha, Bird se acostó desnudo en la cama. El olor de la intrusa había desaparecido; la casa despedía otra vez su característico y vetusto olor. La madriguera de Himiko, pensó Bird. Se parece a un animalillo que necesitara frotar su olor por todos los rincones para delimitar su territorio. De lo contrario, no consigue liberarse de la angustia. Bird estaba tan acostumbrado al olor de la casa que a veces lo confundía con el suyo propio. Himiko tardaba en regresar. Fue a la cocina y probó con otra botella de cerveza, esta vez más fresca.

Cuando Himiko regresó al fin, una hora después, halló a Bird malhumorado.

-Estaba celosa -dijo ella refiriéndose a su amiga.

-¿Celosa?

-¿Puedes creer que es el miembro más patético de nuestro grupo? De tanto en tanto, alguna de nosotras se va a la cama con ella. Eso la hace sentirse mejor. Le dejamos creer que es una especie de hada madrina. No te preocupes, es inofensiva.

Las barreras morales de Bird estaban muy debilitadas, así que las relaciones de Himiko con su amiga no le sorprendieron. Pensando en sí mismo, dijo:

—Tal vez hablara así impulsada por los celos, pero eso no implica que pueda librarme sano y salvo de todo lo que dijo.

CAPÍTULO X

Estaban mirando las noticias de medianoche en la televisión. Bird permanecía echado en la cama boca abajo, la cabeza apenas levantada como un pequeño cocodrilo. Himiko estaba en el suelo, abrazándose las rodillas. Disfrutaban desnudos de la frescura del aire nocturno. Previendo la llamada telefónica, habían bajado el sonido del aparato, por lo que sólo se oía una especie de murmullo continuo, tan débil como el zumbido de una abeja. Bird no quería escuchar ninguna voz dotada de significado y emoción, ni se preocupaba por distinguir las formas que se sucedían en la pequeña pantalla. Quería evitar que todo lo procedente del mundo exterior se proyectara con nitidez en su conciencia. Tan sólo esperaba una señal, una única señal. De pronto, Himiko dejó en el suelo el libro que leía, *Mi vida en el bosque de los fantasmas*, del escritor africano Amos Tutuola, se inclinó hacia delante y subió el volumen del televisor. Bird, ajeno a todo, continuaba esperando como atontado. Al cabo de pocos minutos, Himiko apagó el televisor. El punto de mercurio resplandeció y desapareció: una abstracción pura de la forma de la muerte. Bird, impresionado, casi dejó escapar un grito. ¡Quizá el bebé acaba de morir!, pensó. Todo el día había estado esperando la noticia, no había hecho otra cosa que comer algo de pan con jamón, beber cerveza y penetrar a Himiko varias veces. Ni siquiera había mirado sus mapas de África ni leído su novela africana (en cambio, Himiko, como contagiada de aquella fiebre, se había enfrascado en el mapa y el libro). Sólo había pensado en la muerte del bebé.

Hitniko se dio la vuelta y dijo algo, con un brillo ardiente en la mirada.

—¿Qué? -preguntó él, sin entender las palabras de Himiko.

—¡Que éste puede ser el comienzo de la guerra atómica! ¡El fin del mundo!

—¿A qué te refieres? -dijo sorprendido.

-Pero ¿no has escuchado la noticia?

-¿Noticia? ¿Qué noticia?

Himiko contempló a Bird con incredulidad, pero comprendió que realmente no entendía nada. Con los ojos brillantes de excitación, exclamó:

—¡Prepárate, Bird!

—¿Qué diablos ocurre?

—Jruschov ha reanudado las pruebas nucleares. Al parecer, han probado una nueva bomba mucho más potente que la de hidrógeno.

—¿De veras?

—No pareces muy impresionado.

-Supongo que no...

—Pues me resulta extraño.

Sí que era extraño. Bird fue consciente de que la noticia no le impresionaba lo más mínimo. Pensó que tampoco se sorprendería al enterarse del estallido de la Tercera Guerra Mundial...

-De verdad que no siento nada -dijo.

-¿Por qué te has vuelto tan indiferente a la política?

Bird caviló en silencio durante unos segundos.

-Mis días de estudiante han pasado. Ya no soy tan sensible a la situación internacional ni a la política. Sin embargo, las armas atómicas siempre me han preocupado. Nuestro grupo de estudio de lenguas eslavas participó en una campaña antinuclear. Con respecto a lo de Jruschov, no sé qué me ha pasado...

-Bird...

-Parece como si mi sistema nervioso sólo fuera sensible al problema del bebé -afirmó Bird, vagamente ansioso.

-Lo sé. Durante todo el día no has hablado más que del bebé y su posible muerte.

-Su fantasma ocupa mi cabeza. Es como estar sumergido en un lago que fuera el bebé mismo.

—Eso no es normal. Si esto se prolongara, digamos, cien días, te volverías loco, Bird.

Bird la miró con el ceño fruncido, como si el eco de sus palabras pudiese otorgar al bebé la energía que Popeye encontraba en un bote de espinacas. ¡Cien días! ¡Dos mil cuatrocientas horas!

—Si permites que el fantasma del bebé se adueñe de ti, no creo que puedas escapar ni siquiera después de su muerte. Por favor, reflexiona. —Y a continuación, citó en inglés un pasaje de *Macbeth*—: *These deeds must not be thought after these ways, so it will make us mad* [«No puede pensarse así sobre esos hechos. Nos enloquecerá,» (*N. de la T.*)].

—No puedo evitar pensar en el bebé. Y probablemente me suceda lo mismo después de su muerte. No puedo evitarlo -murmuró—. Quizá tengas razón, lo peor vendrá tras su muerte.

-Todavía estás a tiempo de llamar al hospital...

-¿De qué serviría exigir que vuelvan a darle leche? -interrumpió Bird con voz quejumbrosa y agitada-. ¡Si hubieras visto el bulto que tiene en la cabeza!

Evitaron mirarse a los ojos. Luego, Himiko apagó la luz y se metió en la cama junto a Bird. Durante un rato permanecieron en silencio, inmóviles. Hasta que ella se apretó contra su cuerpo como una novata en relaciones sexuales. Bird sintió el vello púbico contra su muslo. Experimentó una fugaz sensación de repugnancia. Deseaba que Himiko se durmiera y al mismo tiempo que permaneciera despierta hasta que él se rindiera al sueño. Transcurrieron varios minutos en que ambos percibían que el otro estaba despierto e inmóvil. Cuando Himiko no soportó más esa situación, dijo:

-Anoche soñaste con el bebé, ¿no? -Su voz sonaba extrañamente aguda.

-Sí. ¿Por qué lo preguntas?

-¿Cómo fue?

-Había una base de misiles en la luna y la cuna del bebé estaba allí, completamente sola en los desiertos lunares. Un sueño sencillo.

-Pues te encogiste, cerraste los puños y lloraste como un recién nacido. Lo presencié todo.

—No me lo creo —dijo Bird, un poco avergonzado.

—Tuve miedo, pensé que tal vez seguirías siempre así, sin retornar jamás a la vigilia.

Bird permaneció en silencio, con las mejillas ardiendo en la oscuridad. Himiko se quedó inmóvil.

-Bird..., si se tratase de algo que también me afectara a mí, que pudiese compartir contigo, entonces podría ayudarte mejor. —Su tono era afectuoso.

-Tienes razón. Es una cuestión personal. Cuando estás solo dentro de una cueva privada, al final llegas a una salida lateral que conduce a una verdad que te concierne a ti y a todo el mundo. Eso recompensa los sufrimientos padecidos. ¿No le ocurrió así a Tom Sawyer? Tuvo que sufrir en una cueva oscura, pero al mismo tiempo encontró el camino hacia la luz y un saco de oro. Sin embargo, lo que experimento ahora es como cavar en solitario el pozo vertical de una mina, recto hacia abajo, hacia una profundidad sin esperanzas y que nunca se abrirá al mundo de nadie más. Así que, aunque sude y sufra en mi cueva privada, mi experiencia jamás le importará o concernirá a nadie. Lo único que hago es cavar y cavar, algo estéril y vergonzoso. ¡Esta vez Tom Sawyer está en el fondo de un pozo sin salida y no me sorprendería que enloqueciera!

—Según mi experiencia, ningún sufrimiento es totalmente estéril. Poco después de que mi esposo se quitara la vida, me fui a la cama sin tomar precauciones con un hombre que podría haber tenido la sífilis. Y estuve un tiempo desquiciada pensando en ello, por miedo al contagio. Sufrí mucho, y mientras sufría pensaba que era un sufrimiento infructuoso e improductivo. Pero ¿sabes?, cuando lo superé había ganado algo. A partir de entonces soy capaz de irme a la cama con cualquier cosa, no importa lo letal o enfermizo que sea. Y la sífilis ya casi no me preocupa.

Himiko lo contó como si fuera algo divertido, incluso concluyó con una risita ahogada. Pero Bird notó que todo era fingido: Himiko sólo intentaba levantarle el ánimo. Entonces se permitió un toque de cinismo:

—En pocas palabras, la próxima vez que mi mujer tenga un bebé monstruo no sufriré por mucho tiempo.

-Yo no he dicho tal cosa —dijo Himiko-. Bird, si al menos pudieras convertir ese pozo vertical sin fondo en una cueva con un túnel de salida...

La conversación tocaba a su fin.

—Voy por una cerveza y algunas píldoras para dormir —concluyó Himiko—. ¿Quieres también?

-No -contestó ásperamente-. Odio despertarme por las mañanas con resaca a píldoras de dormir.

«No» hubiese sido suficiente. El resto de palabras sólo habían servido para acallar la necesidad de cerveza y píldoras que ardía en su garganta.

-¿De veras? -dijo Himiko sin contemplaciones, mientras tragaba las píldoras con un trago de cerveza—. Ahora que lo mencionas, saben a diente roto.

Himiko se durmió pero Bird continuó despierto con el cuerpo rígido, como padeciendo elefantiasis desde los hombros al estómago. Estar acostado en una cama con otra persona le resultaba un gran sacrificio para su cuerpo. Bird intentó recordar cómo había sido durante su primer año de matrimonio, cuando él y su esposa dormían en la misma cama, pero no lo consiguió. Finalmente decidió dormir en el suelo, aunque Himiko, moviéndose en sueños, le abrazó el cuerpo con piernas y brazos y lo inmovilizó. Bird sintió otra vez el vello púbico sobre su muslo. Desde la oscuridad, más allá de los labios de Himiko, le llegaba un olor a metal oxidado.

Inmóvil y dolorido, Bird permaneció despierto sin remedio. Al poco tiempo tuvo una sospecha sofocante: ¿y si el doctor y las enfermeras atiboraban al bebé con leche entera? Bird vio al bebé atragantándose de leche, con dos bocas rojas abiertas, una en cada cabeza roja. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y se sintió más víctima que nunca: el bebé monstruo le haría la vida imposible. Sudaba, zarandeado por una tempestad de egoísmo. Cortó todos los lazos con el entorno perceptible y sólo se percibió a sí mismo, sudando e inmóvil. Rezumaba una secreción verde, como una oruga de jardín espolvoreada con insecticida.

El doctor y las enfermeras atiborran al bebé con leche entera...

El amanecer estaba cerca, pero Bird sabía que ni siquiera entonces sería capaz de revelarle a Himiko sus temores: los mismos temores vaticinados por la productora de radio en su ataque de celos. Tal vez iría al hospital a echar un vistazo si la agonía de la espera se tornaba insoportable.

Amaneció sin que el teléfono sonara. Cuando la luz de la mañana empezó a filtrarse por las cortinas. Bird seguía sumergido en una tina de alquitrán de angustia, sin dormir, sudando. Y en sus oídos sonaba y sonaba un teléfono inexistente.

En silencio, Bird y el doctor miraron a través del cristal como si examinaran un pulpo en el estanque de un acuario.

Habían trasladado al bebé a una cama normal. Nada indicaba que se tomaran precauciones especiales debido a su anormalidad. Rojo brillante como un langostino hervido, a Bird no le pareció una criatura debilitada y al borde de la muerte. Incluso había aumentado de tamaño. Y la protuberancia de la cabeza parecía haber crecido también. El bebé intentaba tocarse el bulto infructuosamente y mantenía los ojos cerrados con fuerza.

—¿Cree usted que la protuberancia le da comezón?

—¿Cómo? —preguntó el doctor, pero enseguida comprendió-. En realidad, no lo sé. La piel del lado inferior de la protuberancia está muy inflamada. Quizá le dé comezón, sí. Le hemos inyectado antibióticos. Con todo, es probable que la protuberancia se abra muy pronto. En ese caso, el bebé tendrá dificultades respiratorias.

Bird observó al médico y se contuvo. Quería verificar si el doctor recordaba que él, el padre, deseaba la muerte del bebé. Tragó saliva.

-La crisis debería producirse entre hoy y mañana -dijo el doctor.

Bird contempló al bebé: se frotaba la cabeza con sus manos grandes y rojas por encima de las orejas. Eran orejas idénticas a las de Bird, pegadas a la cabeza.

-Agradezco su colaboración -susurró Bird, como si temiese que el bebé lo oyera.

Después saludó al doctor con una inclinación y, con las mejillas ardiendo, se marchó de la sala a toda prisa.

En cuanto estuvo fuera, Bird lamentó no haberle reiterado su deseo al doctor. Mientras avanzaba por el corredor se puso las manos detrás de las orejas y comenzó a frotarse la cabeza. Poco a poco fue inclinándose hacia atrás, como si llevara un gran peso sujeto a la cabeza. Momentos más tarde, se detuvo en seco. Estaba imitando los gestos del bebé. Miró a su alrededor con nerviosismo. En una esquina del corredor, de pie ante un surtidor de agua, dos mujeres embarazadas le observaban con caras inexpresivas. Bird sintió náuseas. Giró hacia el ala principal y echó a correr frenéticamente.

El amigo de Bird le vio conducir con lentitud, buscando sitio donde aparcar, y salió del restaurante a su encuentro. Cuando Bird logró aparcar, miró el reloj. Media hora de retraso. La cara de su amigo mostraba signos de aburrimiento e impaciencia, como si estuviera cubierta de moho.

-El coche es de una amiga -dijo Bird para justificar el MG-. Lamento llegar tarde. ¿Ya están todos aquí?

—Sólo nosotros. Los demás fueron a una concentración en Hibiya Park contra la reanudación soviética de las pruebas nucleares.

—Comprendo —dijo Bird.

Recordaba que durante el desayuno Himiko había leído algo en el periódico sobre la nueva bomba soviética. A Bird le importaba poco: en ese momento su única preocupación era el bebé monstruo. Está muy bien que ellos participen en el destino del mundo con sus concentraciones de protesta, pueden hacerlo mientras no les caiga encima un bebé con dos cabezas, pensó.

—Nadie quiere mezclarse en el asunto Delchef, por eso se han ido al parque.

Su amigo le observó como desaprobando que a Bird no le importara la ausencia de los demás.

-¡Ninguno de los que protestan en Hibiya Park tendrá problemas personales con Jruschov! —dijo irritado.

Bird pensó en cada uno de los miembros del grupo de estudio. No cabía duda de que si se veían involucrados en el caso Delchef tendrían problemas. Varios trabajaban en importantes empresas dedicadas al comercio exterior, otros en el Ministerio de Asuntos Exteriores, o eran profesores auxiliares en la universidad. En caso de que los periódicos montaran un escándalo con el asunto Delchef, se verían en aprietos en sus respectivos trabajos. Ninguno de ellos era tan libre como Bird, profesor de una mediocre academia y con un pie en la calle.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bird.

—Nada. Creo que tendremos que denegar la solicitud de ayuda que ha hecho la legación.

~¿Tú tampoco quieres verte involucrado en el asunto? —preguntó Bird sin otro interés que la curiosidad.

Los ojos de su amigo se encendieron y miró a Bird con evidente enfado. Bird comprendió que su amigo había esperado que él estuviera de acuerdo en denegar la solicitud de ayuda.

-Míralo desde el punto de vista del señor Delchef -intentó explicarse Bird-. Tal vez su última oportunidad es dejarse persuadir por nosotros. ¿No han dicho los de la legación que recurrirían a la policía si nuestro intento fracasaba? Siendo así, no me parece correcto rehusarnos a colaborar.

-Si Delchef aceptara nuestros planteamientos, ¡fantástico! Pero en caso contrario, si estalla un escándalo, nos veríamos metidos en un incidente internacional.

Sin mirar a Bird a la cara, su amigo habló con la mirada puesta en el vientre de oveja destripado que constituía el asiento del conductor del MG.

Era evidente que su amigo intentaba convencerle. Pero palabras tan imponentes como «escándalo» o «incidente internacional» no le impresionaban en absoluto. El incidente doméstico en que estaba hasta el cuello sobrepasaba con creces a cualquier otro. Bird no temía a ninguna de las

trampas que, al parecer, rodeaban al señor Delchef. Por primera vez comprendió que el agigantamiento de su vida cotidiana y los problemas más inmediatos le permitía una amplitud mental y de comportamiento mucho más generosa que a los demás. Lo irónico de todo el asunto incluso le resultó divertido.

-Si el grupo de estudio rechaza la solicitud de ayuda, me gustaría ver al señor Delchef por mi cuenta y riesgo. Soy su amigo, y si el asunto saliera a luz y me viese involucrado en un escándalo, no me importaría demasiado.

Bird buscaba algo que lo mantuviera ocupado hoy y mañana, el nuevo plazo de espera dictaminado por el doctor. Además, era verdad que tenía deseos de conocer la nueva vida de Delchef.

Su amigo recobró el ánimo enseguida.

-Si lo quieres, adelante. No se me ocurre nada mejor -dijo con entusiasmo febril-. A decir verdad, esperaba esto de ti. Los demás se acobardaron nada más oír hablar de Delchef, pero tú manifestaste una actitud tan sosegada e imparcial que, de verdad, me provocaste admiración y respeto.

Bird sonrió. De momento, en todo lo ajeno al bebé se sentía con una infinita capacidad sosegada e imparcial. Pero ello no alcanzaba para que los habitantes de Tokio que no llevaban al cuello las cadenas de un bebé monstruo lo miraran con envidia, pensó Bird.

-Te invito a comer —propuso su amigo, entusiasmado-. Primero tomaremos una cerveza. Venga, hombre.

Bird asintió y regresaron juntos al restaurante. Cuando ya estaban sentados a la mesa y habían pedido cerveza, el alborozado amigo de Bird dijo:

-Esa costumbre de frotarte las orejas, ¿la tenías ya en nuestra etapa universitaria?

Mientras avanzaba por un callejón estrecho y semejante a una grieta, que se abría entre un restaurante coreano y un bar, Bird se preguntaba si ese laberinto tendría una salida secreta. Según el mapa que le dibujara su amigo, acababa de entrar en un callejón sin salida y en forma de estómago, un estómago con el duodeno obstruido. ¿Cómo un hombre que vivía una vida de fugitivo podía enclaustrarse en un sitio tan cerrado sin sentir una angustia insoportable? ¿Tan acosado se sentiría Delchef como para elegir aquel horroroso lugar? Probablemente ya no estaría oculto en ese callejón. Bird llegó a la última casa y se detuvo a la entrada de lo que podría haber sido un sendero secreto que llevase a una fortaleza en la montaña. Se secó el sudor de la cara, cerró los ojos y se frotó tras las orejas. De pronto escuchó el grito desquiciado de una muchacha.

Zapatos en mano, Bird subió una escalera corta y entró en el edificio. A la izquierda del vestíbulo había numerosas puertas que parecían calabozos. Siguió adelante, mirando los números de las puertas, todas cerradas aunque se percibía presencia humana tras ellas. ¿Qué harían los habitantes de ese edificio para evitar el calor? ¿Tal vez Himiko era la precursora de una secta que se propagaba por toda la ciudad y cuyos adeptos se encerraban bajo llave en sus respectivas habitaciones incluso en pleno día? Bird llegó a unas escaleras empinadas y estrechas, ocultas como un bolsillo interior. Entonces miró hacia atrás: una mujer inmensa plantada en la entrada le observaba. Su espalda impedía la entrada de luz y todo estaba en penumbra.

—¿Qué diablos busca? —gritó la mujer, moviéndose como para ahuyentar un perro.

—Busco a un amigo extranjero —respondió Bird con voz temblorosa.

-¿Norteamericano?

-Vive con una chica japonesa.

—Sé a quién se refiere. Primera habitación, segundo piso -dijo, y se escabulló ágilmente.

Suponiendo que el «norteamericano» fuese Delchef, estaba claro que se había ganado la estima de la gigante. Bird todavía dudaba mientras subía la escalera de madera sin pulir. Pero al llegar al estrecho rellano descubrió al señor Delchef: estaba delante de él, con los brazos abiertos en señal de bienvenida. Bird sintió una gran alegría: el señor Delchef era el único inquilino con el suficiente sentido común como para combatir el calor dejando la puerta abierta. Se estrecharon la mano

sonrientes. Delchef llevaba pantalones cortos y una camisa; tenía el cabello pelirrojo muy corto, pero el bigote abundante. Bird no percibió nada que le indicara que ese hombre era un fugitivo, excepto el intenso olor que desprendía su cuerpo. Probablemente no se bañaba desde que había llegado a ese lugar.

Intercambiaron saludos en el limitado inglés de ambos. Delchef explicó que su amiga acababa de marchar a la peluquería e invitó a pasar dentro a Bird. Éste se excusó alegando que tenía los pies sucios -la habitación estaba recubierta de *tatami*- [estera de junco, de un tamaño aproximado a los 180 centímetros de largo, por 90 centímetros de ancho y 5 centímetros de alto, que se utiliza para cubrir el suelo de madera en el interior de las casas japonesas, y sobre la cual se camina descalzo. (N. de la T.)]. En realidad, quería conversar de pie en el corredor, pues tenía un vago temor a quedar atrapado en la habitación de Delchef. Bird alcanzó a ver que la estancia no tenía muebles y que la única ventana estaba tapiada con madera por el lado de afuera.

—Señor Delchef, la legación de su país exige que usted regrese inmediatamente —dijo Bird yendo derecho al grano.

—No regresaré. Mi amiga quiere que permanezca aquí —sonrió Delchef. La pobreza del inglés que manejaban determinó que el diálogo pareciese un juego. Pero también les permitió una franqueza descarnada.

-Yo soy el último mensajero. Luego vendrán de la legación, o incluso de la policía.

—La policía japonesa no tiene nada que hacer. Sigo siendo un funcionario diplomático.

—De acuerdo. Pero cuando le atrapen le devolverán a su país.

—Sí, lo sé. Como he provocado problemas, perderé mi puesto o me asignarán otro de menor importancia.

—Señor Delchef, será mejor que vuelva. Esto puede acabar en un escándalo.

-No volveré. Mi amiga quiere que permanezca aquí -dijo Delchef esbozando una amplia sonrisa.

-¿No se debe a motivos políticos? ¿Está aquí simplemente por relaciones sentimentales con esa chica?

-Sí, exactamente.

—Señor Delchef, es usted un hombre peculiar.

—¿Peculiar? ¿Por qué?

—Su amiga no habla inglés, ¿es correcto?

—No, no lo habla. Nos entendemos en silencio, sin palabras.

El tubérculo de una tristeza insoportable comenzó a brotar poco a poco dentro de Bird.

—Pues, lo siento, señor Delchef... Espero que lo entienda, pero debo hacer un informe de esta entrevista y remitirlo a la legación. Luego vendrán por usted...

-No se preocupe, Bird. Lo comprendo. Me llevarán contra mi voluntad, no podré impedirlo. Supongo que mi amiga lo entenderá.

Bird sacudió débilmente la cabeza en señal de derrota. Delchef tenía todo el cuerpo cubierto de sudor.

-Les diré lo que usted piensa -concluyó Bird y se inclinó para recoger sus zapatos.

-Bird, ¿ha nacido su bebé?

—Sí, pero... Ha nacido enfermo; esperamos su muerte de un momento a otro. —Bird no entendía por qué lo había expresado tan derechamente—. Tiene una hernia cerebral, una deformación espantosa...

—¿Por qué espera su muerte? Lo que necesita es una intervención quirúrgica. —Delchef lo miró con franqueza.

—No hay oportunidad de que crezca normalmente, ni siquiera tras una intervención -dijo Bird consternado.

—Kafka, ya sabe, le escribió a su padre que lo único que puede hacer un padre por su hijo es acogerlo con satisfacción cuando llega. Usted, en cambio, parece rechazarlo. ¿Puede excusarse el egoísmo que rechaza a otro ser, basándose en un derecho de padre?

Bird permaneció en silencio. Delchef había dejado de ser el extranjero excéntrico de bigote rojo, que mantenía el humor pese a lo apurado de su situación. Bird sentía como si un francotirador le hubiese dado de lleno. Reunió ánimo para replicar, pero de pronto se dio cuenta que no tenía nada que alegar. Bajó la cabeza.

—*Ah, this poor little thing!* [«Esa pobre criatura.» (N. de la T.)] —susurró Delchef.

Bird levantó la mirada estremecido y comprendió que esas palabras iban dirigidas a él. En silencio, esperó a que Delchef decidiera dejarle en libertad.

Cuando por fin pudo despedirse, Delchef le regaló un pequeño diccionario de su lengua natal. Bird le rogó que lo firmara. Delchef escribió una sola palabra en alguna lengua eslava, firmó debajo y explicó:

—En mi país, esto quiere decir «esperanza».

En la parte más estrecha del callejón, Bird se cruzó con una chica japonesa. Olfateó la fragancia del cabello recién peinado y vio la palidez enfermiza de su cuello. Se abstuvo de dirigirle la palabra.

Cuando abandonó el callejón, la luz brillante del sol le dio en plena cara. Corrió como un fugitivo sudando a chorros hacia el coche que estaba en el aparcamiento de una tienda. A la hora más calurosa del día, Bird era el único hombre que corría en toda la ciudad.

CAPÍTULO XI

El domingo por la mañana, cuando Bird despertó, la habitación rebosaba de luz y aire fresco. La ventana estaba abierta por completo y corría una brisa agradable. Desde la sala de estar llegaba el zumbido de una aspiradora. Habitado a la penumbra de la casa, Bird se sintió incómodo. A toda prisa, antes de que apareciera Himiko y se burlara de su desnudez, se vistió y fue a la sala de estar.

—Buenos días, Bird —lo saludó Himiko con vivacidad.

Tenía la cabeza envuelta en una toalla a modo de turbante y esgrimía la aspiradora como si fuera un palo con el que quisiera aplastar un ratón escurridizo. Su rostro había recuperado el aire juvenil.

—Ha venido mi suegro. Está dando un paseo mientras termino con la limpieza —dijo alegremente.

—¿Tu suegro?... Será mejor que me vaya.

-No tienes por qué huir, Bird.

—Últimamente me siento como un convicto. Resulta difícil conocer a alguien cuando se vive en un escondrijo.

—Mi suegro sabe que a menudo hay hombres aquí. No le importa ni le molesta. Pero creo que sí le molestaría que mis amigos escapasen a todo correr cuando le vieran aparecer.

El rostro de Himiko se puso serio de pronto.

-De acuerdo. Entonces me afeitaré.

Regresó al dormitorio. La expresión seria de Himiko le había sorprendido. Desde que vivía en su casa sólo pensaba en si mismo, y a Himiko la consideraba un apéndice de su personalidad y sus problemas. No dudaba de sus prerrogativas, pero ella acababa de recordarle que en esa casa no era monarca absoluto.

Bird terminó de afeitarse y se miró en el espejo: un rostro pálido y marchito, no sólo a causa de que había perdido peso sino también por la desgracia personal que él dimensionaba al infinito.

-Desde que irrumpí en tu vida me he comportado como un egoísta -afirmó Bird cuando regresó a la sala de estar-. Incluso empiezo a sentir como si ésa fuera la única manera de actuar.

-¿Estás disculpándote? -dijo Himiko burlona. Su rostro había recuperado la dulzura habitual.

—He dormido en tu cama, he comido de tu comida y hasta te he hecho participar de mis problemas. No tengo derecho a todo ello y sin embargo me he sentido como en casa.

—Bird, ¿piensas marcharte? —preguntó ella preocupada.

Bird la miró y experimentó la sensación de algo ineluctable: nunca encontraría a otra persona tan adecuada para él.

-Aunque acabes marchándote, todavía no lo hagas. Por favor, Bird.

Él volvió al dormitorio, se acostó boca arriba y cerró los ojos. Sentía una profunda gratitud hacia Himiko.

Más tarde, los tres se sentaron a la mesa y hablaron sobre los gobernantes de los nuevos estados africanos y sobre la gramática del swahili. Himiko descolgó el mapa de África de la pared de su habitación y lo extendió sobre la mesa para mostrárselo a su suegro.

—¿Por qué no hacéis un viaje a África? —propuso de pronto el anciano—. Si vendieras esta casa y algo más, tendrías el dinero suficiente.

—Pues... no es mala idea —dijo Himiko, y miró a Bird—. Tú podrías olvidar al bebé y yo a mi esposo.

—Sí, así es. Y eso es lo más importante -afirmó el suegro de Himiko con entusiasmo-. ¡Haced el

viaje juntos!

El proyecto sacudió las fibras íntimas de Bird.

—Yo... no podría. Simplemente no podría -dijo inseguro.

—¿Por qué no? -le desafió Himiko.

—Porque... es un truco. Olvidarlo todo durante un viaje a África... Yo... -balbuceó y se ruborizó.
¡No podría hacerlo!

—Bird tiene principios muy firmes -bromeó Himiko.

Bird se sonrojó e hizo un gesto de reproche hacia Himiko. En realidad, hubiese aceptado gustoso un viaje con el objetivo de liberar a Himiko del fantasma de su marido ahorcado. Sin embargo, la idea de que el anciano pudiese sugerir el viaje de ese modo le aterrorizó, y al mismo tiempo ansiaba oír esas palabras.

—Más o menos dentro de una semana Bird regresará junto a su esposa -añadió Himiko.

—Comprendo... —dijo el suegro-. Sólo he sugerido la posibilidad del viaje porque es la primera vez que encuentro a Himiko tan vital tras la muerte de mi hijo. Espero no haberle molestado.

Bird miró perplejo al anciano. Tenía una cabeza maciza y calva, y no se sabía con certeza dónde acababa pues el cráneo se prolongaba en una sola pieza hasta el cuello y de allí hasta los hombros. Una cabeza que recordaba a un león marino, y dos ojos tranquilos, ligeramente nublados. Bird buscó algún indicio sobre la naturaleza de aquel hombre, pero no encontró ninguno. De modo que se mantuvo en silencio y sonrió vagamente, ocultando la desilusión que le subía desde el pecho hasta la garganta.

Bien entrada la noche, Bird e Himiko hicieron el amor largamente en la oscuridad. Lo hicieron en silencio, sin interrupciones, como dos animales perfectamente acoplados. Para ellos, el sexo ya formaba parte de la vida cotidiana. Bird tenía la sensación de llevar casi un siglo haciendo el amor con Himiko, y ella alcanzaba varios orgasmos cada vez. Los genitales de Himiko ya no representaban ningún peligro para Bird, su vagina ya no era algo inescrutable, sino la simplicidad misma, una bolsa de suave resina sintética de donde no podía surgir ninguna bruja para atormentarle. Se sentía en paz. Con su esposa, por el contrario, todo había sido timidez mutua, miedo al riesgo de embarazo, bajones psicológicos. Incluso ahora, tras años de matrimonio, las piernas y brazos largos y torpes de Bird solían hacer daño al cuerpo de su mujer, marchito y rígido en su afán por superar la repugnancia; y a ella siempre le daba la sensación de que Bird pretendía golpearla. Y trataba de vengarse, golpeándole a él. Al final siempre acababan igual: una discusión sin salida y la retirada de Bird, o una conclusión a toda prisa con la horrible sensación de estar recibiendo caridad. Bird había cifrado esperanzas de una revolución en su vida sexual a partir del nacimiento del bebé...

Himiko apretaba una y otra vez el pene de Bird, como si lo estuviese ordeñando, mientras flotaba en sus orgasmos. Bird contenía el suyo por miedo a la larga noche que vendría. E Himiko seguía flotando de orgasmo en orgasmo, aterrizando de tanto en tanto para descansar. Fue en uno de estos aterrizajes cuando Bird oyó que el teléfono sonaba. Intentó ponerse en pie pero Himiko lo retuvo unos instantes.

-Ve ahora, Bird -le dijo luego.

Bird saltó en dirección al teléfono que seguía sonando en la sala de estar. La voz de un hombre joven preguntó por el padre del bebé en cuidados intensivos. Bird se puso rígido y respondió con un gemido de mosquito. Era un interno que llamaba para dar un mensaje del médico encargado del caso.

—Disculpe que llame tan tarde, pero hemos estado algo atareados por aquí. He de rogarle que venga a la cátedra de cirugía cerebral mañana a las once; es la oficina del director adjunto. El doctor hubiese querido llamar personalmente, pero estaba agotado. Hemos trabajado hasta muy tarde...

Bird respiró hondo y pensó: el bebé ha muerto y proyectan practicarle la autopsia.

—Comprendo. Estaré allí a las once.

El bebé ha muerto, se dijo Bird cuando colgó el auricular. Pero ¿qué habría sucedido para que el

doctor estuviera tan fatigado? Sintió el gusto amargo de la bilis que le subía desde el estómago. Algo colosal y terrible le observaba desde la oscuridad, justo frente a sus ojos. Bird regresó a la cama a hurtadillas, como un entomólogo que hubiese caído en un hoyo lleno de escorpiones, temblando de pies a cabeza. Entonces, como queriendo hundirse más en el hoyo, intentó penetrar a Himiko. Sólo lo consiguió con ayuda de los dedos de la chica, y enseguida empezó a moverse frenéticamente. Himiko le correspondió. Pero en el momento culminante, Bird se retiró y eyaculó en solitario. Luego se acurrucó junto a ella y se le ocurrió que un día moriría de un ataque al corazón.

—Bird, sí que sabes ser un mamarracho -dijo Himiko mirándole con ironía y tal vez lamentándose del orgasmo perdido.

-Lo siento.

-¿El bebé?

-Quieren que vaya al hospital. Al parecer les ha dado mucho trabajo -dijo Bird estremeciéndose.

-Será mejor que tomes algunos somníferos y te duermas. Ya no habrá llamadas telefónicas. -La voz de Himiko era dulce.

Mientras la chica iba a la cocina, Bird se tapó los ojos con ambas manos e intentó analizar lo que le preocupaba: ¿por qué el bebé había mantenido tan ocupado al doctor? Pero Himiko regresó muy pronto con las píldoras y algo de whisky. Bird lo ingirió todo de una sola vez.

-¡Eh, algunas eran para mí!

-Lo siento -dijo él como atontado.

—¿Bird? -Himiko se acostó a su lado.

-¿Sí?

-Te contaré una historia hasta que te duermas..., un episodio de esa novela africana. ¿Has leído el capítulo sobre los demonios piratas?

Bird negó.

—Cuando una mujer concibe, los demonios piratas eligen a uno de los suyos para que se cuele en casa de la mujer. Durante la noche, este diablo quita el feto y se mete él mismo en el vientre de la mujer. Y así, el día del parto, nace el demonio pirata en lugar del bebé...

Bird escuchaba en silencio. Este demonio recién nacido enfermaba indefectiblemente, y las ofrendas y ruegos de la madre eran frustrados por el resto de diablos. Muerto el supuesto bebé, en el momento del entierro el demonio pirata recuperaba su forma verdadera y regresaba a la ciudad...

—... al parecer, el diablo nace con un aspecto de bebé muy hermoso para así conquistar el corazón de su madre, que luego, cuando su hijo enferma, no duda en ofrecer todo lo que tiene con tal que su hijo se salve. Según los africanos, estos bebés «llegan al mundo para morir». ¿No te parece que han de ser muy hermosos cuando nacen?

Bird pensó en contarle esa historia a su mujer, a ver si ella lograba imaginar que su hijo era un bebé hermosísimo, ya que había nacido para morir. Sería el engaño más grande de toda mi vida, supuso Bird. Mi bebé monstruo ha muerto con una cabeza horrible, mi bebé tendrá dos cabezas por toda la eternidad... Bird cayó en las profundidades de un sueño hermético. Himiko le miró dormir y se preguntó si él no habría entendido mal la llamada del hospital. Quizá el bebé no había muerto y volvían a darle leche normal, quizá se estaba recuperando. Tal vez querían que fuese al hospital para hablar sobre la operación... Observó a Bird y le pareció un ser patético, digno de compasión. Bajó de la cama para dejarle todo el sitio y se dirigió a la sala de estar envuelta en una sábana. Tenía intención de estudiar los mapas de África hasta el amanecer.

Bird se sonrojó, como si lo hubiesen puesto en ridículo a plena conciencia: acababa de llegar a la oficina del director adjunto, donde le esperaban varios doctores jóvenes, incluido el pediatra a cargo del caso, y ya sabía que el bebé no había muerto. Se sentó en medio del círculo que formaban los médicos, sintiéndose como un convicto recién capturado. Su fuga del bebé monstruo había fallado.

El pediatra lo presentó:

—Este señor es el padre del bebé. -Sonrió y se retiró.

—He examinado a su hijo ayer y hoy. Creo que podremos operar si se fortalece un poco más — dijo el cirujano de cerebro.

¡No cedas!, se ordenó Bird antes de que le dominara el pánico. Debes resistirte a estos bastardos, protegerte de esa monstruosidad. Rechaza que lo operen, no permitas que el bebé irrumpa en tu mundo como un ejército de ocupación.

-¿Hay posibilidad de que crezca con normalidad si lo operan? -preguntó Bird fingiendo indiferencia.

—Todavía no lo sabemos con certeza —contestó el director adjunto.

Bird hizo un gesto para dar a entender que a él no se le engañaba fácilmente. En su cerebro se encendió el fuego de la vergüenza y se preparó para hacerle frente.

—¿Qué es más probable, que crezca con normalidad o no?

—Tampoco lo sabemos con certeza, al menos antes de operar.

Sin ruborizarse siquiera, Bird se desembarazó del fuego de la vergüenza.

—Creo que será preferible que no lo operen —dijo con decisión.

Le pareció que todos los médicos le observaban y contenían el aliento. Bird ya era capaz de hacer las afirmaciones más desvergonzadas a voz en cuello. El cirujano de cerebro intervino para decir que Bird se había expresado con suficiente claridad.

-En tal caso, ¿se llevará usted al bebé? —preguntó bruscamente el pediatra.

—Sí, eso haré —respondió Bird casi sin darse cuenta,

Bird se puso de pie y los doctores le imitaron. He vencido al monstruo, he librado la última batalla, pensó.

—¿Está seguro de su decisión? —le preguntó el pediatra cuando llegaron al corredor.

-Vendré por él esta tarde.

El doctor apartó la mirada y se alejó por el corredor.

Bird salió a toda prisa a la plaza que había frente al hospital, donde le esperaba Himiko en el coche. Se acercó a grandes zancadas y dijo con claro resentimiento:

-No ha sido más que un malentendido. Se han reído a mi costa.

-Me lo temía.

—¿Por qué? —dijo Bird, furioso.

—Lo supuse... —respondió Himiko tranquilamente.

-He decidido llevarme al bebé.

-¿Adonde? ¿A otro hospital? ¿Con tu mujer? ¿A tu apartamento?

Bird se paró en seco. Ni siquiera se había detenido a pensar en eso, sólo había querido librarse de esos médicos que pretendían probar sus conocimientos en el bebé y luego cargárselo a él por el resto de sus días. El otro hospital jamás aceptaría que le devolvieran «la cosa». Y en su apartamento no podría quitarse de encima a la curiosa de la casera, aparte de que los berridos del bebé serían insoportables. Y si moría tras algunos días de berrear, ¿qué doctor le extendería un certificado de defunción? Bird se vio a sí mismo arrestado por infanticidio y no quiso ni imaginar las historias que aparecerían en la prensa.

-Mierda, tienes razón. No puedo llevarle a ningún sitio. —Se dejó caer en el asiento completamente abatido.

—Pues a mí se me ocurre algo...

-¿Qué?

-Conozco a un doctor que estaría dispuesto a echar una mano... Hace un tiempo me hice un aborto en su consulta... Creo que comprendería tus motivos, Bird.

Bird se sobresaltó y le invadió el pánico. Se sentía como el último soldado de un pelotón aniquilado por el ataque del bebé monstruo. Entonces doblegó aún más el fuego de la vergüenza:

-De acuerdo. Si él está dispuesto...

-Naturalmente, comprendes las implicaciones... Seremos cómplices de un delito muy grave.

—¿Seremos? ¡No! ¡Yo seré el único cómplice! —Esas palabras eran como descender un escalón

más hacia el calabozo.

—Seremos cómplices... Ya lo verás... ¿Te importa... conducir? —Himiko hablaba lentamente a causa de la tensión.

Bird se sentó en el asiento del conductor y vio que el rostro de Himiko tenía un color ceniciento y pálido. Su propia cara debía de tener un aspecto igualmente lastimoso. Encendió el motor y partieron a toda velocidad.

-Bird, ese doctor es aquel hombre que viste por mi ventana, el de la cabeza de huevo. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —dijo, y pensó que en algún momento le había parecido posible vivir toda su vida sin relacionarse con esa clase de personas.

-Primero le telefonearemos. Luego nos ocuparemos del bebé y de lo que necesita para salir del hospital.

-El doctor me dijo que llevase ropa.

-Vayamos a tu apartamento. Ahí tendrás ropa de bebé, supongo.

-Mejor no, a mi apartamento no.

Bird recordaba claramente los preparativos en su apartamento: la cuna blanca, el tocador de marfil blanco, la ropa.

-No puedo coger esa ropa...

—Sí, lo entiendo. Tu mujer no te lo perdonaría nunca...

Aunque no cogiera nada del apartamento, pensó Bird, su esposa no le perdonaría la muerte del bebé. Ya no le sería posible prolongar su vida matrimonial, por más engaños que intentara.

El coche se aproximaba a la intersección con una avenida de varios carriles. El semáforo los detuvo. El cielo encapotado estaba muy bajo, soplabla viento y la lluvia era inminente. Bird se sintió atraído por ese cielo nublado y gris, a la vez que lo desconcertaba estar detenido frente a un semáforo junto a muchos coches cuyos conductores nunca habían planeado un infanticidio.

-¿Desde dónde quieres telefonar? -preguntó, sintiéndose como un delincuente que huye.

—Desde una tienda de comestibles. Así también podremos comprar algo de comida. Salchichas.

—De acuerdo —dijo sumiso, pese a la desagradable resistencia que sentía crecer en su interior.— Pero ¿crees de verdad que tu amigo estará dispuesto a colaborar?

-No te dejes engañar por su benigna cabeza de huevo. Ha hecho cosas verdaderamente espantosas... Por ejemplo...

Himiko se interrumpió y se pasó la lengua por los labios. De modo que el hombrecillo se las traía. ¿Tan horribles serían sus actividades que Himiko no se atrevía a mencionarlas? Bird sintió náuseas. Descartó por completo una comida a base de salchichas.

—Después de telefonar deberíamos comprar algo para el bebé -dijo-. Ropa, una cesta, cosas así. Oye, mejor olvidemos esas salchichas. Lo más rápido será ir a unos grandes almacenes, aunque no me entusiasma comprar cosas de bebé.

-Yo compraré lo necesario. Tú puedes esperar en el coche.

-Poco después de que mi mujer quedara embarazada, fuimos de compras. El lugar estaba lleno de futuras madres y de niños... La atmósfera tenía algo de animal. -Bird miró a Himiko y la vio ponerse pálida; también debía de sentir náuseas.

Continuaron avanzando, pálidos y silenciosos. Cuando él volvió a hablar, lo hizo llevado por la necesidad de humillarse:

—Cuando todo haya pasado, imagino que nos divorciaremos. Entonces seré realmente libre. Ni siquiera tendré que ir a la academia pues me han despedido. Durante años he soñado con esto. Sin embargo, no me siento entusiasmado.

—Bird, cuando realmente seas libre, podremos vender la casa e irnos juntos a África —casi gritó Himiko, debido al viento que apagaba las palabras.

¡África! Pero el continente que Bird podía imaginar ahora era desolado e insípido. Por primera vez, desde que siendo muchacho se apasionara por ella, África perdía todo atractivo. Un hombre

libre se detenía, desolado, en medio del Sahara. Había asesinado a un bebé en la isla con forma de libélula a ciento cuarenta grados longitud este. Después había huido a África, la había recorrido de punta a punta sin lograr atrapar ni una musaraña. Y ahora estaba de pie, como un imbécil, en medio del Sahara.

-¿África? —dijo casi sin fuerzas.

—Ahora te sientes retraído, como un caracol en su concha. Pero una vez pises suelo africano recuperarás tu vieja pasión.

Bird permaneció en silencio, melancólico.

—Tus mapas me fascinan. Quiero viajar a África con un Bird divorciado y libre. Usar tus mapas sobre el terreno. Anoche los estuve estudiando, durante horas, sabes, durante horas. Bird, te necesito como hombre libre, de veras. Por eso *seremos* cómplices en todo, incluso en el viaje a África, ya lo verás.

Como vomitando una dolorosa flema, Bird dijo:

-Como quieras.

—En principio nuestra relación se limitaba a lo sexual. He sido un refugio sexual contra tu angustia y vergüenza, ésa es la verdad. Pero anoche surgió en mí la pasión por África. Ahora hay una nueva relación entre nosotros, Bird, ahora tenemos un mapa de África entre nosotros. Siempre esperé que esto ocurriese, ¿lo comprendes? Nos hemos elevado sobre lo meramente sexual. Siento una intensa pasión por África. ¡Por eso te llevo a ver a mi amigo el doctor! ¡Por eso seré tu cómplice!

Una fina lluvia comenzó a caer y el cielo se oscureció por completo, como si de pronto hubiera llegado el crepúsculo.

-¿Este trasto tiene algún techo que se le pueda poner? -preguntó Bird como un pobre idiota-. De lo contrario el bebé se empapará.

CAPITULO XII

Cuando Bird terminó de instalar la capota negra del coche, el viento soplaba a ráfagas por todo el callejón, trayendo olor a salchicha y ajo quemado. Recordó una receta que le había enseñado el señor Delchef: fríase en mantequilla ajo bien picado, añádase la salchicha y agua suficiente para que se cueza al vapor. Bird se preguntó qué le habría ocurrido a Delchef. Probablemente ya lo habían apartado de la chica japonesa y ahora permanecía en la legación, o en su país. ¿Se habría resistido, haciendo uso de la violencia incluso, en la guarida de su amante al final del callejón? ¿La muchacha habría gritado cosas en japonés, incomprensibles para Delchef y los miembros de su legación? Al fin y al cabo, no les quedaba otra cosa que capitular, rendirse.

Bird miró el coche deportivo. Con el techo negro sobre su carrocería escarlata parecía una herida abierta en carne viva y sus costras alledañas. Sintió un asco inexpresable. El cielo continuaba oscuro, y la atmósfera húmeda y agobiante. La lluvia descendía como una neblina hasta que el viento la arremolinaba, y así sucesivamente. Los árboles estaban cargados de agua y el follaje tenía un verde sombrío e intenso. Quizá, pensó, desde su lecho de muerte volvería a ver esa clase de verde. Le pareció que era él, y no el bebé, quien estaba a punto de morir a manos de un abortista inescrupuloso.

Puso la cesta y la ropa del bebé dentro del coche. Ropa interior, calcetines, una chaquetilla de lana, pantalones y hasta una gorra diminuta. Éstas eran las cosas que Himiko había tardado más de una hora en comprar, mientras él aguardaba en el coche, intranquilo por la tardanza. Incluso llegó a pensar que Himiko le había abandonado, tanto se demoraba.

—Bird, la comida está lista —dijo la chica cuando Bird entró.

Himiko estaba comiendo una salchicha de pie en la cocina. A Bird le asqueó el olor a ajo que desprendía la sartén y sacudió la cabeza. Himiko tomó un sorbo de agua y, con el vaso en la mano y expeliendo un fuerte olor a ajo, dijo:

-Si no tienes hambre, dúchate.

—Eso haré —dijo Bird, aliviado.

Generalmente cuando se duchaba sentía deseos sexuales, pero hoy sólo sentía un doloroso martilleo en el corazón. Cerró los ojos bajo la lluvia tibia, inclinó la cabeza hacia atrás e intentó frotarse detrás de las orejas. Poco después, Himiko se metió con él bajo la ducha y comenzó a lavarse rascándose enérgicamente en todo el cuerpo. Bird salió del cuarto de baño. Mientras se secaba oyó un golpe seco, como el golpe de algo pesado contra el suelo, fuera de la casa. Se asomó a la ventana y vio que el MG escoraba peligrosamente, semejante a un barco naufragando: el neumático delantero derecho había desaparecido. Se vistió en un santiamén y salió: las pisadas se alejaban por el callejón pero Bird se entretuvo examinando el coche. Alguien lo había levantado con un gato, había quitado el neumático y desaparecido en un momento. El gato estaba bajo el coche, como un brazo fracturado. Un faro delantero se había roto.

-¡Han robado un neumático! -gritó a Himiko, que aún seguía en la ducha-. ¿Tienes repuesto?

-Al fondo del trastero.

-Pero ¿a quién se le ocurriría robar sólo un neumático?

-¿Recuerdas el chico joven que viste por la ventana aquella noche, antes de que llegara el doctor de cabeza de huevo? Pues ha sido él. Es uno de sus numeritos. Seguro que nos está observando desde algún sitio -explicó Himiko a gritos, como si no hubiera sucedido nada—. Si no le damos importancia y nos ve partir, seguro que llorará en su escondite como un niño. Intentémoslo.

-Si, muy bien, pero antes hay que ver si el coche funciona.

Bird puso el neumático de recambio y encendió el motor. Funcionaba, pero él estaba sucio de barro y grasa, y sudaba a mares. Tuvo ganas de darse otra ducha, pero Himiko ya estaba lista. Partieron como estaban y al salir del callejón alguien les arrojó guijarros al techo.

—Ven tú también —instó a Himiko cuando ella no hizo nada por salir del coche.

Avanzaron juntos y de prisa por el corredor que conducía a la sala de cuidados intensivos. Bird sujetaba la cesta e Himiko la ropa del bebé. En el hospital había una atmósfera extraña, ningún paciente les prestaba atención. Tal vez se debía a la lluvia y el viento, y a los truenos que retumbaban a lo lejos. Bird buscaba las palabras para hacer entender a las enfermeras que se llevaría al bebé. Pero en la sala ya se sabía que venían por el bebé, lo que alivió a Bird. Igual se mantuvo inexpresivo, con la mirada fija en el suelo, y respondió lo imprescindible a las preguntas rutinarias. No deseaba que ninguna enfermera se pusiera a hacer preguntas inoportunas.

-Sólo tiene que llevar esta tarjeta a la oficina y pagar -dijo una enfermera-. Mientras llamaré al pediatra.

Bird cogió la tarjeta. Tenía un color rosa lujurioso.

-He traído algo de ropa para el bebé...

—Muy bien, será de utilidad. Yo la llevaré.

Mientras hablaba, los ojos de la mujer evidenciaban que desaprobaba la conducta de Bird. Le entregó la ropa y ella examinó prenda por prenda; finalmente le devolvió la gorra. Bird se la metió en el bolsillo y miró malhumorado a Himiko, que no se había percatado de lo que sucedía.

-¿Qué?

—Nada. Tengo que ir a la oficina.

—Te acompaño —dijo Himiko como si temiese que la abandonara.

En tanto hablaron con las enfermeras de la sala, ambos habían permanecido de pie y dando la espalda a los bebés tras la mampara de cristal.

La muchacha que estaba en la ventanilla cogió la tarjeta, le pidió a Bird su sello [En Japón es habitual el uso de sellos personales, en lugar de firmas manuscritas. (*N. de la T.*)] y dijo:

-Veo que el bebé vuelve a casa... Enhorabuena.

Bird asintió con la cabeza, sin afirmar ni negar.

—¿Qué nombre le ha puesto a su hijo?

—Todavía no lo hemos decidido...

—De momento está registrado como su primer hijo, pero necesitaríamos un nombre para nuestros archivos.

Un nombre, pensó Bird. La idea le turbaba. Si le proporcionaba un nombre al monstruo, desde ese instante parecería más humano y era probable que poco a poco se afirmara como ser humano. Una cosa era que muriese sin nombre pero otra muy distinta que lo hiciera con un nombre.

-Puede dejarnos un nombre provisional, aunque luego se lo cambie por otro -dijo la chica con amabilidad.

-Ponle un nombre, Bird -intervino Himiko impaciente.

-... Kikuhiko -dijo, recordando las palabras de su mujer. Y le enseñó a la chica qué caracteres tenía que emplear.

Una vez saldadas las cuentas, recuperó casi todo el dinero dejado en garantía. El bebé sólo había consumido leche diluida y agua azucarada. Su estancia en el hospital había resultado más barata de lo previsible.

Bird e Himiko retornaron a la sala de cuidados intensivos.

—Este dinero lo cogí de los ahorros para un viaje a África. Y ahora, cuando he decidido librarme del bebé e irme contigo a África, lo tengo de nuevo en mi poder...

Al hablar, Bird fue asaltado por sentimientos confusos y no tuvo claro qué quería decir con esas cosas.

-Entonces ese dinero será realmente para África -afirmó Himiko entusiasmada, y agregó-: Bird,

ese nombre, Kikuhiko... Conozco un bar gay con ese nombre, se escribe con los mismos caracteres. La *mama-san* se llama Kikuhiko.

—¿Qué edad tiene?

-Mmmm... Es difícil de calcular en maricas como ése; unos cuatro o cinco años menos que tú.

-Apuesto a que es el mismo Kikuhiko que conocí en provincias antes de venir a Tokio. Durante la ocupación tuvo una aventura con un funcionario norteamericano, después huyó a Tokio.

—¿Lo dices en serio? ¿Qué tal si luego nos dejamos caer por allí para que lo compruebes? Será divertido, ¿no crees?

Luego, pensó Bird, luego de abandonar el bebé en manos de un abortista corrupto.

Recordó cómo había abandonado a su amigo Kikuhiko en una ciudad de provincias desconocida y en plena noche. Y ahora el bebé que estaba a punto de abandonar se llamaría Kikuhiko. Durante un instante Bird consideró la posibilidad de regresar y cambiarle el nombre. Pero en vez de hacerlo, dijo como necesitado de castigarse:

-¡Despediremos la noche en ese bar gay Kikuhiko! ¡Será un auténtico velatorio!

El bebé Kikuhiko ya estaba de este lado del cristal, en su cesta y con la ropa escogida por Himiko. El pediatra esperaba junto a la cesta. Bird percibió la sorpresa de Himiko cuando vio al bebé. Había crecido un poco y tenía los ojos abiertos como grietas en su piel, y la mirada bizca. La protuberancia craneal también se había hecho mayor, más roja y brillante. Con los ojos abiertos el bebé parecía un anciano ermitaño salido de un *Nang*. Con todo, no tenía aspecto demasiado humano: la parte frontal del cráneo todavía estaba muy contraída y no equilibraba la monstruosa protuberancia posterior. Agitaba los puños cerrados como si quisiera salirse de la cesta.

—No se parece a ti —susurró Himiko con voz nerviosa.

-No se parece a nadie. Ni siquiera a un ser humano.

-Yo no diría eso... -intervino el pediatra.

Bird echó una mirada súbita al otro lado de la mampara de cristal: todos los bebés se movían frenéticamente. Parecían muy excitados. Imaginó que estaban cotilleando acerca del camarada a punto de ser deportado a un sitio desconocido. ¿Qué habría sido del bebé de ojos pensativos? ¿Y del hombrecillo cuyo hijo no tenía hígado?

—¿Ha hecho los trámites en la oficina? —preguntó la enfermera.

-Sí.

—Muy bien, ya puede llevárselo.

-¿Seguro que no cambiará de opinión? -preguntó el pediatra.

-Completamente seguro -dijo Bird, inflexible-. Gracias por todo.

-No tiene nada que agradecerme...

-Pues bien, entonces adiós.

—Adiós, y cuídese -dijo el doctor con voz muy suave.

Cuando salieron de la sala, los pacientes que haraganeaban en el corredor se dieron la vuelta como a una señal, y avanzaron hacia ellos. Bird avanzó mirándoles furiosamente y sujetando con firmeza la cesta. Himiko le seguía a toda prisa. Los enfermos se hicieron a un lado.

-Bird -dijo Himiko volviéndose para mirar atrás-, tal vez ese doctor o alguna enfermera avise a la policía.

-No lo creo -dijo Bird con firmeza-. No olvides que ellos mismos hicieron un intento por acabar con el bebé.

Se acercaban a la puerta principal y a lo que parecía una multitud de pacientes. Esta vez, defender al bebé de su malsana curiosidad le pareció tarea casi imposible. Bird se sintió como un jugador de rugby que corre en solitario hacia la portería defendida por todo el equipo contrario. De pronto se le ocurrió algo:

—El gorro está en el bolsillo de mis pantalones. ¿Puedes cogerlo y taparle la parte posterior de la cabeza?

Himiko lo hizo. Y juntos avanzaron hacia los pacientes que se les acercaban furtivamente y

sonriendo como idiotas.

—¡Qué hermoso bebé! ¡Parece un ángel! —exclamó una mujer de mediana edad, pero ellos prosiguieron sin titubear hasta lograr zafar a la multitud.

Afuera llovía otra vez. Subieron al coche y se acomodaron, Bird con la cesta sobre su regazo.

-¿Listo?

-Sí, todo listo.

El coche salió disparado como dando inicio a una carrera.

-¿Qué hora es, Bird?

El reloj indicaba una hora imposible. Estaba estropeado. Bird lo llevaba por hábito, pero desde hacía varios días no lo miraba ni lo ponía en hora. Le pareció que había estado viviendo fuera del tiempo que regía las vidas apacibles de todos aquellos que no se sentían amenazados por un bebé monstruo.

-Mi reloj no funciona.

Himiko encendió la radio del coche. Un locutor comentaba las repercusiones de la reanudación de las pruebas nucleares por parte soviética. La Liga Japonesa contra la Guerra Nuclear aprobaba la decisión soviética. Sin embargo, las luchas internas entre las distintas facciones de la Liga hacían prever que la próxima conferencia mundial para el desarme nuclear se hundiría en un pantano de discordia. Luego pasaron unas declaraciones de algunas víctimas de Hiroshima contrarias a las tesis de la Liga: ¿podía existir un arma nuclear limpia? Aunque las pruebas se efectuasen en las estepas siberianas, ¿podía existir una bomba nuclear que no perjudicase al hombre y su entorno?

Himiko cambió de emisora. Música popular..., un tango. Bird era incapaz de distinguir un tango de otro. El que sonaba era interminable. Al final apagaron la radio sin haber podido enterarse de la hora.

-Parece que la Liga se ha sometido al criterio soviético -dijo Himiko, inexpresiva.

-Así parece.

En un mundo que compartían todos los demás, el tiempo de la humanidad transcurría como un gigantesco destino maligno. Bird sólo era responsable del bebé que llevaba en su regazo, el monstruo que regía su destino personal.

—Bird, ¿crees que pueden existir personas que quieran una guerra nuclear, no porque se beneficien en ningún sentido, sino porque simplemente lo quieran así? La mayor parte de la gente cree, sin ningún motivo en particular, que el mundo se perpetuará y así lo esperan. Pero es probable que una minoría crea y aguarde, sin ningún motivo consciente, que la humanidad sea aniquilada. En el norte de Europa existe un animalillo similar a una rata, el *lemming*; a veces los *lemmings* se suicidan en masa. ¿No te parece que pueden existir personas como los *lemmings*?

-¿Personas como los *lemmings*? La ONU tendría que organizar su caza y captura —bromeó Bird, aunque no tenía intenciones de salir en persecución de esas personas.

-Hace calor, ¿no? -dijo Himiko cambiando bruscamente de tema.

—Sí, es verdad.

EL calor del motor se transmitía al interior del coche a través de las delgadas placas metálicas de la carrocería, y como el techo de lona no dejaba que corriera el aire, comenzaron a sentirse como atrapados en un invernadero. Bird pensó en abrir un poco la lona, aunque entonces se mojarían por la lluvia.

—Detengámonos de vez en cuando para abrir las puertas -opinó Bird.

Enseguida vieron un gorrión empapado y muerto delante del coche. Al intentar esquivarlo, Himiko metió un neumático en un bache oculto bajo un charco. Bird se golpeó contra el tablero pero no soltó la cesta. Pensó que cuando llegasen a la clínica del médico abortista estarían llenos de magulladuras. Ninguno de los dos mencionó al gorrión muerto.

Bird volvió a acomodar la cesta sobre su regazo y por primera vez miró al bebé. Su rostro estaba enrojecido, pero no se sabía con certeza si respiraba o no. Asustado, Bird movió la cesta. Y de pronto el bebé, abriendo la boca al máximo, comenzó a berrear a todo pulmón. Lloraba a gritos,

pero sus ojos cerrados estaban completamente secos. Bird tragó saliva y se calmó.

—Siempre he creído que el llanto de un bebé está lleno de significado —dijo Himiko, alzando la voz por encima del llanto que no cesaba-. Por lo que se sabe, puede significar lo que las palabras para los adultos.

El bebé continuaba llorando a todo volumen.

—Es una suerte que no comprendamos lo que dice -afirmó Bird con inquietud.

El coche siguió avanzando a toda velocidad, llevando consigo el llanto del bebé. Era como transportar una carga de cinco mil cigarras chillonas, o como si Bird e Himilco se hubiesen metido dentro de una cigarra chillona. Poco después, la atmósfera sofocante y el llanto se volvieron insoportables... Himiko paró y abrieron las puertas. El aire recalentado y húmedo del interior salió hacia, afuera como el eructo de un inválido enfebrecido. Tiritaron de frío ante la ola de aire fresco y lluvia que invadió el coche. El llanto del bebé se fue haciendo intermitente y en su lugar empezó a toser espasmódicamente. Bird se preguntó si no habría cogido alguna enfermedad del aparato respiratorio y protegió la cesta de la lluvia.

—Es peligroso exponerlo así al aire frío. Ha vivido en una incubadora..., podría coger una pulmonía.

—Ya lo sé —dijo Bird, de pronto fatigado.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Qué se supone que uno debe hacer para que un bebé deje de llorar en estas circunstancias? - Bird nunca se había sentido tan inútil.

—He visto que les dan el pecho para que se calmen... -Himiko se detuvo como horrorizada y luego agregó-. Debimos haber traído un poco de leche.

—¿Leche con agua? ¿O agua azucarada? —La fatiga le volvía cínico.

—Iré hasta una farmacia. Quizá tengan uno de esos juguetes con forma de pezón.

Himiko se apeó y corrió bajo la lluvia. Bird la vio alejarse y pensó que ninguna mujer de su edad tenía mejor educación que ella, pero hasta ahora esa inmejorable condición se estropeaba sin aplicarse en nada. Además, desconocía las cosas más elementales de la vida cotidiana. Probablemente nunca tuviera hijos. La recordó durante su primer año de universidad: la más activa del grupo. Y sintió pena de que ahora estuviera corriendo entre el barro y la lluvia. ¿Quién hubiera podido vaticinar este futuro para aquella compañera de estudios tan llena de juventud, tan pretenciosa y confiada en sí misma? Algunos camiones pasaron rugiendo como una manada de rinocerontes, y a Bird le pareció que eran como una llamada aguda y apremiante, pero ambigua. Durante un instante permaneció escuchando con atención.

Himiko luchaba contra las ráfagas de viento y lluvia en tanto se afanaba por regresar al coche. Bird advirtió en su cuerpo una fatiga tan grande como la suya propia. Sin embargo, cuando por fin llegó junto al coche, dijo alegremente:

-Les llaman chupetes. Mira. Son para succionar. He traído de dos clases,

Himiko parecía contenta del éxito, pero los chupetes no daban la impresión de ser útiles para un recién nacido.

—Mira, éste tiene dentro una sustancia azul; es para la dentición, para niños de más edad. Pero este otro más blando debe de ser el adecuado para él. —Mientras hablaba, se lo puso al bebé en la boca.

¿Por qué has tenido que comprar uno para la dentición?, estuvo a punto de preguntar Bird. Pero se distrajo viendo que el bebé no paraba de llorar y movía la boca como queriendo librarse del chupete.

—No parece gustarle. Todavía es demasiado pequeño para usar chupete, ¿no te parece? —dijo Himiko, desilusionada.

Bird se abstuvo de responder.

—No conozco otra manera de calmar un bebé.

—Entonces tendremos que continuar así... Vamonos —dijo Bird y cerró la puerta de su lado.

—El reloj de la farmacia marcaba las cuatro en punto. Llegaremos a la clínica alrededor de las cinco.

Himiko encendió el motor. Se la veía al borde de la irritación.

-No puede pasarse toda una hora llorando -dijo Bird.

Eran las cinco y media. El bebé había llorado hasta quedarse dormido, pero todavía no llegaban a destino. Hacía cincuenta minutos que recorrían la misma hondonada. Subían y bajaban colinas, cruzaron varias veces el mismo río sinuoso y lleno de barro, se metían por callejones sin salida, desembocaban en el lado incorrecto de la ladera que subía desde el valle. Cuando llegaban a la parte más alta de los repechos eran capaces de localizar la zona que buscaban, pero cuando descendían a la hondonada atestada de casas y callejones estrechos, se extraviaban una y otra vez. En cierta ocasión en que al parecer iban por la dirección correcta, se toparon con un camión que bloqueaba la calle y no les cedió el paso. Tuvieron que dar un giro de más de cien metros y luego ya no supieron cómo seguir.

Bird se mantenía silencioso. Ambos estaban molestos y preferían no abrir la boca para evitar enfados y discusiones. Pasaron varias veces delante de la misma caseta de policía, pero allí era imposible preguntar por la dirección de un médico abortista. Los ocupantes de un coche deportivo, llevando un bebé con dos cabezas, preguntan por una clínica de reputación más que dudosa. Una cosa así hubiera levantado polvareda en toda la barriada. De hecho, el mismo doctor había advertido a Himiko que no se detuviera en el vecindario, ni siquiera a comprar tabaco. Y así prosiguieron lo que parecía un recorrido interminable. Poco a poco, la angustia se apoderó de Bird: era probable que continuaran dando vueltas toda la noche sin encontrar nunca el lugar que buscaban, era probable que no existiera ninguna clínica para el exterminio de bebés anormales. Y luego de la angustia le vino sueño. ¿Y si se dormía y la cesta caía al suelo?: la protuberancia craneal estallarían, el bebé moriría lentamente en el suelo embarrado del coche... Bird luchó por mantenerse despierto. La voz de Himiko le ayudó:

-Por el amor de Dios, Bird, no te duermas.

La cesta se le deslizaba del regazo. Estremecido, la sujetó con ambas manos.

-Bird, despierta. Yo también tengo sueño. Temo que no podré conducir mucho más.

El aura oscura del atardecer descendía sobre la hondonada. El viento había cesado, pero la lluvia continuaba y se había convertido en una niebla que desdibujaba el campo visual. Himiko encendió el único faro delantero en condiciones: la iracundia de la joven comenzaba a hacerse sentir. Al acercarse nuevamente a la caseta de policía, un oficial con aspecto de campesino les hizo señas de que se detuvieran.

Pálidos, sudorosos y con aspecto francamente sospechoso, Bird e Himiko quedaron expuestos a la mirada del policía que, agachándose, echó un vistazo al interior del coche.

—Su permiso de conducir, por favor. —Su voz sonó como si fuera la del policía más experimentado del planeta, aunque en realidad tenía la misma edad que los alumnos de Bird. Pero sabía que los intimidaba y disfrutaba con ello.

—¿Sabe que tiene un faro delantero estropeado? Lo he visto la primera vez que pasaron por aquí e hice la vista gorda. Pero si continúan pasando una y otra vez, me obligan a detenerles...

—Naturalmente -dijo Himiko inexpresiva.

—¿Qué lleva ahí? ¿Un bebé o qué? -Parecía enfadado por la respuesta de Himiko—. Quizá sea mejor que deje el coche aquí y se lleve al bebé.

La cara del bebé se le había puesto morada y respiraba irregularmente por la boca. Bird se olvidó del policía y pensó si no habría cogido una pulmonía. Le tocó la frente. Sin duda tenía fiebre. Bird emitió un grito.

—¿Qué sucede? —exclamó el oficial, sobresaltado.

-El bebé está enfermo -dijo Himiko-. Por eso estamos aquí, aunque un faro esté estropeado. —Himiko intentaba sacar ventaja de la sorpresa del policía-. Nos hemos extraviado, no sabemos por dónde seguir.

—¿Adonde quiere ir? ¿Cómo se llama el médico?

Himiko vaciló pero finalmente dio el nombre de la clínica. El oficial dijo que la encontrarían al final de la callejuela en que estaban. Pero no cedió:

—Está muy cerca. Quizá convenga que vayan andando y el coche se quede aquí.

Decidida, Himiko extendió la mano y quitó la gorra de la cabeza del bebé. Fue un golpe decisivo.

—¿Le parece que podemos sacudirle mucho? —remachó Himiko.

Abrumado, el policía le devolvió el permiso de conducir.

—Ocúpese de ese faro en cuanto deje al bebé —dijo estúpidamente, con los ojos fijos en el cráneo del bebé—. Pero... ¿qué diablos es eso? ¿Fiebre cerebral?

El coche avanzó por la calle indicada y aparcaron frente a la clínica. Himiko ya había recuperado la compostura.

-No tomó el número del permiso de conducir, ni mi nombre ni nada... ¡Qué tío tan despistado!

La clínica era de madera y argamasa. Entraron al vestíbulo. No había indicios de enfermeras ni pacientes. En cuanto Himiko llamó, apareció el hombre de la cabeza de huevo. Esta vez no llevaba esmoquin sino una bata corta y salpicada de manchas sanguinolentas.

Ignoró por completo a Bird y, sin dejar de mirar la cesta, como si estuviera comprándole pescado a un vendedor ambulante, regañó a Himiko:

—Llegas tarde, Himi. Ya comenzaba a pensar que me habías gastado una broma.

Bird tuvo la impresión de que el vestíbulo estaba en ruinas. Se sintió abrumado y amenazado.

—Tuvimos problemas para encontrar el lugar -respondió Himiko con frialdad.

—Temí que por el camino se les hubiera ocurrido lo peor. Hay personas radicales, sabes. Una vez que han tomado una decisión les da igual que el bebé muera de debilidad o estrangularlo... ¡Dios mio! —exclamó el doctor alzando la cesta—, como si no tuviera bastante, ha cogido una pulmonía. Al igual que antes, el médico habló con voz tranquila.

CAPITULO XIII

Dejaron el coche en un aparcamiento y se dirigieron en taxi al bar Kikuhiko. Estaban agotados y necesitaban dormir, pero tenían la boca seca y, secretamente, les inquietaba regresar solos a la casa.

El taxi se detuvo frente a un farol de gas que tenía la palabra KIKUHIKO pintada en azul sobre el globo de cristal. Bird empujó una precaria puerta de madera y accedió a una habitación desolada y estrecha como un cobertizo para ganado. No había más que una barra corta y al otro lado dos grupos de sillas rústicas con respaldos excesivamente altos. El bar estaba vacío, a excepción de un hombrecillo detrás de la barra. Sus labios parecían de jovencuela y sus ojos de oveja los observaban con cautela. Bird permaneció de pie junto a la puerta y a su vez miró al hombrecillo. Poco a poco, la imagen de su joven amigo Kikuhiko se sobrepuso a la ambigua cara tras la barra.

-¡Increíble! ¡Pero si es Himi! -Habló con los labios fruncidos, sin apartar la mirada de Bird-. A éste lo conozco. Ha pasado mucho tiempo, pero ¿no es Bird?

—Será mejor que nos sentemos —dijo Himiko.

El dramatismo de este reencuentro no lograba despertar las emociones internas de ninguno de ellos. Bird se sentó un poco alejado de Himiko.

—¿Cómo le llaman ahora, Himi?

-Bird.

-No me lo creo. ¿Todavía? Han pasado siete años. ¿Qué bebes, Bird? —preguntó Kikuhiko.

—Whisky solo.

-¿Y tú, Himi?

—Lo mismo.

—Tenéis aspecto cansado. Aún es temprano, la noche acaba de comenzar.

—Venga, Kikuhiko, no hay nada sexual. Sólo hemos estado por ahí en el coche... —dijo Himiko.

Bird se acercó el vaso de whisky y vaciló. Kikuhiko... no puede tener más de veintidós años y parece tan mayor, aunque conserva mucho de lo que tenía a los quince... Kikuhiko, un híbrido navegando entre dos edades.

Kikuhiko también bebía whisky solo. Sirvió más para él e Himiko, que se había bebido el primer vaso de un trago. Bird y Kikuhiko se miraban de vez en cuando. Por último, le dijo:

-Bird, ¿me recuerdas?

—Por supuesto.

Le resultaba extraño, pero le parecía estar hablando con el propietario de un bar gay y no con un antiguo amigo al que no veía desde hacía años.

—Han pasado siglos, ¿no es cierto, Bird? Desde aquel día en que fuimos al pueblo vecino y vimos aquel soldado americano asomado a la ventanilla de un tren, con la mitad de la cara destrozada.

-¿A qué te refieres? -preguntó Himiko.

—Fue durante la guerra de Corea. Volvían a Japón tras haber sido heridos como obedientes soldaditos. Los trenes pasaban repletos de heridos, y ese día vimos uno de ellos. Bird, ¿crees que pasarían a menudo por nuestra provincia?

—No lo creo.

—Corrían rumores acerca de unos mañosos que cogían estudiantes japoneses y los vendían como soldados. Incluso se rumoreó que el gobierno pensaba embarcarnos rumbo a Corea... En esa época vivía aterrado.

Kikuhiko había sentido un miedo demencial. La noche en que riñeron y se separaron, le había gritado: «Bird, ¡tenía miedo!». Pensó en su bebé y supuso que era incapaz de sentir miedo. Sintió alivio, un alivio poco claro y frágil.

—Sin duda eran rumores infundados —dijo, intentando olvidarse del bebé.

—Eso te lo crees tú, pero yo hice toda clase de cosas a causa de esos rumores. Ahora que lo pienso, Bird, ¿atrapaste finalmente al loco que perseguíamos?

—Lo encontré ahorcado en Shiroyama... Fue en vano. —Sintió en la punta de la lengua el sabor agrio de aquel recuerdo—. Lo hallamos al amanecer, los perros y yo al mismo tiempo. Fue una de las cosas más absurdas que he hecho en mi vida.

—Yo no diría eso. Tú continuaste la búsqueda hasta el amanecer y yo deserté en medio de la noche. Desde entonces nuestras vidas han sido completamente diferentes. Dejaste de relacionarte conmigo y con la gente como yo y marchaste a la universidad de Tokio. En cambio yo caí sin interrupción. Mírame ahora..., oculto en este antro de maricas. Bird, si no me hubieras abandonado aquella noche... tal vez estaría mejor de lo que estoy.

—Si Bird no te hubiese abandonado, ¿no te habrías vuelto homosexual? —preguntó Himiko con audacia.

Incómodo, Bird eludió la mirada de Kikuhiko.

—Homosexual es alguien que ha escogido atreverse a amar a una persona de su mismo sexo —repuso Kikuhiko—. Yo tomé esa decisión por mi cuenta y riesgo. La responsabilidad es sólo mía.

—Veo que conoces la terminología existencialista francesa —dijo Himiko.

—Cuando manejas un bar de maricas tienes que enterarte de todo. —Mirando a Bird, añadió: Estoy seguro de que desde aquella noche tú has ido hacia arriba y yo hacia abajo. ¿Qué haces ahora, Bird?

—He dado algunas clases en una academia preuniversitaria, pero resulta que me han despedido. De modo que «ir hacia arriba» no me parece la expresión adecuada. Y eso no es todo: continuamente me meto en líos de todas clases.

—Comprendo. El Bird que conocí a los veinte años no se mostraba tan deprimido... Parece como si huyeras de algo que te aterroriza.

Kikuhiko se había vuelto sagaz y observador. Ya no era el muchacho sencillo que conociera Bird. Su vida de descenso a los infiernos debía de haberle resultado muy difícil.

—Así es —reconoció Bird—. Estoy acabado. Estoy aterrorizado, intento escapar.

—A los veinte años, Bird era inmune al miedo —dijo Kikuhiko a Himiko. Y volviéndose hacia Bird: Esta noche pareces especialmente aquejado. ¡Si tuvieras rabo echarías a correr con él entre las piernas!

—Ya no tengo veinte años.

La expresión de Kikuhiko se congeló inexpresiva.

—La vieja yegua gris ya no es lo que era —dijo, y se sentó junto a Himiko.

Después ambos comenzaron una partida de dados y Bird quedó en libertad. Aliviado, alzó su vaso de whisky. Tras siete años sin verse, apenas habían tardado siete minutos en ponerse al día. ¡Ya no tengo veinte años! Y de todo lo que tenía en aquella época sólo he conseguido conservar el apodo... Bird bebió su primer whisky de un día interminable. Enseguida sintió una convulsión interior y vomitó. Kikuhiko limpió el mostrador y le dio un vaso con agua. Bird permaneció con la mirada perdida y expresión aturdida. ¿Qué cosa intentaba defender del peligro que representaba el bebé monstruo? ¿Qué había de valioso en su propio interior para defender con tanto ahínco? La respuesta que halló lo dejó estupefacto: nada, menos que nada. Cero.

Bird se incorporó lentamente de la silla. Le dijo a Himiko:

—He decidido llevar al bebé nuevamente al hospital para que lo operen. No volveré a intentar huir por todos los resquicios.

—¿Qué dices? —dijo Himiko con recelo—. Bird, ¿qué te sucede? Ya no hay tiempo para eso.

—Desde que nació el bebé estoy intentando huir.

-Pero ahora resulta que has encargado que acaben con el bebé. Somos cómplices, ¿no lo recuerdas? No estamos huyendo. Además, piensa en el viaje a África.

—He dejado al bebé en manos de ese carnicero abortista y he escapado. He estado huyendo todo el tiempo, huyendo y huyendo. He imaginado África como el final de toda la fuga, el punto límite... ¿Sabes?, tú también huyes. No eres más que una cabaretera que huye con un estafador.

—Yo participo. Estoy contigo en esto, soy tu cómplice. *¡No digas que estoy huyendo!* -El grito de Himiko sonó histérico.

—Hoy te has metido en un bache por no atropellar a un gorrión muerto. ¿Te parece ése el comportamiento de alguien que luego participa en que le corten el cuello a un bebé?

Himiko se ruborizó y le invadió la rabia y la desesperación. Miró indignada a Bird. Quería rebatirlo pero no le salían las palabras.

—Si quiero enfrentar mi responsabilidad, sólo tengo dos caminos: o le estrangulo con mis propias manos o lo acepto y lo crío. Lo sé desde el principio, pero no he tenido valor para aceptarlo...

—Bird —lo interrumpió Himiko—, ¡el bebé ha cogido pulmonía! Si intentaras llevarlo al hospital se moriría a medio camino. Entonces sería mucho peor...

—Eso significaría que lo he matado con mis propias manos. Y merecería el castigo que me impusieran. Lo asumiré.

Habló con calma. Sentía que se estaba liberando de la última trampa del engaño. Eso le daba confianza en sí mismo. Himiko le miró encolerizada, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Se le ocurrió una nueva estrategia:

—Supongamos que lo operan y le salvan la vida, ¿Qué tendrías, entonces? Sólo un vegetal. No sólo fomentará tu propia desgracia sino que alimentará una vida inservible. ¿Crees que es justo? Dímelo.

-Es por mi propio bien. Para dejar de huir de una vez.

Himiko se negaba a comprender. Le miraba desconfiada. Por fin pudo sobreponerse a su abatimiento y dijo con sorna:

-De manera que forzarás a un bebé vegetal a seguir viviendo para tranquilizar tu propia conciencia... ¿Es parte de tu reciente humanismo?

—Lo único que deseo es dejar de ser alguien que huye de todas sus responsabilidades.

—Pero, Bird... —sollozó Himiko—. ¿Y nuestro viaje a África? *¿Qué hay de nuestra promesa?*

—¡Por Dios, Himi! Contrólate. Una vez que Bird empieza a preocuparse por sí mismo ya no oye a nadie más —dijo Kikuhiko.

Bird atisbo en los ojos de Kikuhiko algo similar a un odio reconcentrado. Pero Himiko se repuso y volvió a ser la misma que días antes acogiera a Bird con su botella de Johnny Walker, una chica ya no tan joven pero sí infinitamente generosa: la tierna y plácida Himiko.

-De acuerdo, Bird. Aun sin ti, me iré a África. Lo venderé todo y me llevaré como compañía al joven que robó el neumático. Ahora que lo pienso, lo he hecho sufrir bastante.

—La señorita Himi se pondrá bien enseguida —distendió la atmósfera Kikuhiko.

—Gracias —dijo Bird sinceramente, dirigiéndose a ambos.

—Bird, tendrás que soportar muchos sufrimientos —dijo Himiko con la intención de alentarlo-. Adiós, Bird. Cuídate.

Bird hizo un gesto afirmativo con la cabeza y salió del bar.

El taxi se precipitaba por las calles húmedas a toda velocidad. Si muriera ahora en un accidente, antes de salvar al bebé, mis veintisiete años de vida no habrían servido de nada. Bird sintió el terror más profundo que jamás había experimentado.

CAPÍTULO XIV

Era el final del otoño. Cuando Bird descendió las escaleras tras despedirse del cirujano, sus suegros le recibieron con una sonrisa frente a la unidad de cuidados intensivos. Su esposa estaba de pie en medio de ellos, con el bebé en brazos.

-¡Enhorabuena, Bird! -exclamó su suegro-. Se parece a ti, ¿sabes?

—En cierto modo —dijo Bird con reserva.

Una semana después de la operación, el bebé había adquirido un aspecto casi humano. Y a la semana siguiente había comenzado a parecerse a Bird.

-La anomalía en el cráneo no tenía más que unos centímetros hacia dentro. Ahora parece estar cerrando definitivamente. Se lo enseñaré cuando lleguemos a casa; me han dejado las radiografías. Resultó que el cerebro no sobresalía de la cavidad craneal, así que, a fin de cuentas, no era una hernia cerebral sino un tumor benigno. En la protuberancia que extirparon había dos granos duros y blancos como pelotas de ping pong.

-Realmente hay que agradecer el éxito de la operación.

El profesor había esperado a que se produjera una pausa en la charla de Bird.

-Bird, has dado tanta sangre para las transfusiones que pareces una doncella tras encontrarse con Drácula -intervino la suegra, con buen humor-. En serio, Bird. Has estado tan valiente e incansable como un león joven.

Atemorizado por el cambio repentino de ambiente, el bebé permanecía en silencio e inmóvil, observando a los adultos con unos ojos que seguramente apenas distinguían las formas. Bird y el profesor se fueron adelantando a las dos mujeres que se retrasaban haciéndole gracias al bebé.

-Esta vez sí que hiciste frente a los problemas -dijo el profesor.

-En realidad intenté zafarme varias veces. Y casi lo logro. Pero parecía que la realidad lo obligara a uno a vivir adecuadamente cuando se es parte del mundo real. Quiero decir que, aunque uno intente permanecer en la red del engaño, al final descubre que la única alternativa es salirse de ella. -Bird se sorprendió de la amargura contenida en su tono de voz-. Al menos, eso es lo que he aprendido.

—Hay personas que toda la vida van saltando de un engaño a otro, e igualmente viven en el mundo real.

Bird volvió a recordar el carguero que unos días antes había partido con destino a Zanzíbar, con Himiko a bordo. Se imaginó a sí mismo, después de matar al bebé, de pie a su lado en lugar de aquel hombre de aspecto juvenil,.. Una perspectiva del Infierno bastante tentadora. Tal vez esa posibilidad se cumpliera en alguno de los universos de Himiko. Abrió los ojos y regresó al universo en el que había escogido permanecer.

—Existen probabilidades de que crezca con normalidad —dijo—, pero existe un alto riesgo de que su coeficiente intelectual sea muy bajo. Eso significa que tendré que ahorrar todo lo que pueda para su futuro. Desde luego que no le pediré que me ayude a encontrar un trabajo, después de lo sucedido con el anterior. He decidido abandonar mi carrera docente... He pensado en trabajar como guía de turistas extranjeros. Siempre soñé con viajar a África y contratar un guía, de modo que sólo invertiré la fantasía: yo seré el guía local para quienes visiten Japón.

El profesor iba a replicarle pero tuvieron que hacerse a un lado para dejar paso a una pandilla de chicos. Todos llevaban chaquetas con un dragón bordado en la espalda. Bird se dio cuenta de quiénes eran: los gamberros con los que había peleado la noche en que nació el bebé.

—Conozco a esos muchachos pero ellos no me han reconocido.

—En pocas semanas te has convertido en otra persona. Tal vez se deba a ello.

—¿De verdad lo cree así?

-Has cambiado mucho. -La voz del profesor sonaba cálida y afectuosa—. Un apodo infantil como Bird ya no te va.

Se detuvieron a esperar a las mujeres y entonces Bird miró a su hijo, acunado en brazos de su esposa. Intentó reflejar su imagen en las pupilas del bebé, pero fue tan minúscula que Bird no pudo confirmar su nuevo rostro. En cuanto llegara a casa se echaría un vistazo en el espejo. Y luego estrenaría el diccionario que le regalara Delchef, en cuya solapa interior había escrito una palabra que significaba «esperanza». La primera palabra que Bird quería buscar en el diccionario de aquel pequeño país balcánico era «perseverancia».

Título de la edición original: *Kojinteki na Taiken*
Traducción del japonés: Yoonah Kim con la colaboración de Roberto
Fernández Sastre, cedida por Editorial Anagrama, S.A.
Diseño de la sobrecubierta: g + a disseny gràfic

© Kenzaburo Oé, 1964
© Editorial Anagrama, S.A., 1989

Depósito legal: B. 35805-1992
Fotocomposición: gama, s.a., Barcelona
Impresión y encuadernación: Printer industria gráfica, s.a.
N. II, Cuatro caminos s/n, 08620 Sant Vicenc dels Horts
Barcelona, 1992. Printed in Spain
ISBN 84-220-4318-9
N.º 33704